

CIO  
CR863.4B  
M828e

Juan Rafael Morales

scriba

P A R A  
RECORDAR



ESCRIBO  
PARA  
RECORDAR



*Juan Rafael Morales*

# ESCRIBO PARA RECORDAR



ASEPROLA  
ASOCIACIÓN SERVICIOS  
DE PROMOCIÓN LABORAL



UNIVERSIDAD  
ESTATAL A DISTANCIA



EDITORIAL UNIVERSIDAD ESTATAL A DISTANCIA

Diagramación y artes finales:

*Libia Madriz Obando*

Corrección de pruebas:

*Ana Rojas y Joaquín Bernardo Calvo*

Diseño de portada:

*Georgina García Herrera utilizando una lámina de san Crispín y san Crispiniano, santos patrones de los zapateros.*  
*Reproducción vietata, impresa en italia.*

Edición técnica y coordinación  
de producción editorial:

*Carlos Fco. Zamora-Murillo*

Fotografías propiedad del autor



LA EDITORIAL UNIVERSIDAD  
ESTATAL A DISTANCIA SE ENCUENTRA  
AFILIADA A LAS SIGUIENTES ASOCIACIONES



CÁMARA COSTARRICENSE DEL LIBRO



ASOCIAÇÃO DE EDITORIAIS UNIVERSITÁRIAS  
DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE - EULAC-



ASOCIACIÓN DE LA INDUSTRIA GRÁFICA  
ASOCIACIÓN DE LA INDUSTRIA GRÁFICA

BIBLIOTECA OCCIDENTE-UCR



0128729

PRIMERA EDICIÓN

Primera edición:

Coedición UNED-ASEPROLA  
Editorial Universidad Estatal a Distancia  
San José , Costa Rica, 2000.

010  
CR863.4B  
M828e

128729

ISBN: 9968-31-087-5

398.358

M828e

Morales Alfaro, Juan Rafael

Escríbo para recordar. -- San José, C.R. : ASE-  
PROLA-UNED, 2000.  
158 p.

ISBN 9968 31 087-5

1. Cuentos populares. 2. Zapateros. 3. ASEPRO-  
LA. 4. Clase trabajadora - Costa Rica. I. Título.

Impreso en Costa Rica  
en los Talleres Gráficos de la Editorial EUNED.  
Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción no autorizada  
por cualquier medio, mecánico o electrónico  
del contenido total o parcial de esta publicación  
Hecho el depósito que dicta la ley.

*DEDICO ESTE LIBRO A MIS ESPOSAS  
TERESA ROJAS RODRÍGUEZ (Q.E.P.D.)  
Y BERTA LIDIA SOTO RIVERA,  
Y A MIS HIJOS JUAN RAFAEL, ORLANDO  
Y OLMAN, EN QUIENES SIEMPRE ENCONTRÉ  
EL APOYO NECESARIO PARA SALIR ADELANTE.*

*ADEMÁS A LA JOVEN HISTORIADORA  
YENDRY VARGAS TREJOS, QUIEN ESCRIBIÓ  
SU TESIS SOBRE EL APORTE DE GRECIA  
AL MOVIMIENTO OBRERO COSTARRICENSE.  
AL HISTORIADOR, LICENCIADO CARLOS ALBERTO  
ABARCA VÁSQUEZ, POR SU ENTUSIASMO  
Y COMPROMISO EN LA INVESTIGACIÓN SOBRE  
LA VIDA DE JUAN RAFAEL MORALES ALFARO.  
AL LICENCIADO JOAQUÍN BERNARDO CALVO  
GONZÁLEZ, DE LA UNIVERSIDAD ESTATAL  
A DISTANCIA (UNED), POR SU APOYO  
Y TRABAJO EN EL PRESENTE ESFUERZO  
DE RESCATE DE LA MEMORIA  
HISTÓRICA DE LOS TRABAJADORES.*

*ASOCIACIÓN SERVICIOS DE PROMOCIÓN  
LABORAL (ASEPROLA)*

*ESTE ESFUERZO, CONVERTIDO EN LIBRO,  
NO HABRÍA SIDO POSIBLE SIN EL APORTE  
DE LAS SIGUIENTES PERSONAS:*

*LIC. JOAQUÍN BERNARDO CALVO GONZÁLEZ,  
DE LA CÁTEDRA MANUEL MORA VALVERDE,  
DE LA UNIVERSIDAD ESTATAL A DISTANCIA (UNED),  
QUIEN DESDE EL PRINCIPIO APoyÓ LA IDEA  
Y ENTREGÓ MUCHAS HORAS DE SU TIEMPO  
A LAS TAREAS DE SU PUBLICACIÓN.*

*LIC. CARLOS ALBERTO ABARCA VÁSQUEZ,  
HISTORIADOR, QUIEN TRABAJÓ CON GRAN DEDICACIÓN  
EN LA GRABACIÓN Y TRANSCRIPCIÓN DE ESTAS MEMORIAS.*

*Sr. ALVARO Rojas VALVERDE,  
DE LA ASOCIACIÓN SERVICIOS DE PROMOCIÓN LABORAL  
(ASEPROLA), QUIEN ME ANIMÓ EN LA IDEA  
DE ESCRIBIR Y PARTICIPÓ EN LA REVISIÓN  
Y CORRECCIÓN DE ESTE MATERIAL.*

*A TODOS ELLOS, MI MÁS PROFUNDO AGRADECIMIENTO.*

# *PRESENTACIÓN*

*Si hay una obra que es fruto del esfuerzo colectivo de todo un pueblo, y resultado de un estado elevado de conciencia social organizada y actuante, era la reforma social de los años cuarenta. En la raíz de este esfuerzo y en el núcleo central de esta conciencia estuvo la labor desinteresada y llena de mística, de todos nosotros. Negarlo sería tapar el sol con un dedo, probablemente con el mismo dedo que no fue capaz de combatir cuando hubo que defender las leyes sociales con las armas en la mano*

JAIME CERDAS  
***La otra vanguardia.***  
San José, EUNED,  
1994, p. 150.

**L**a cita anterior recoge, resume y rescata el trabajo y el esfuerzo lleno de mística de muchos y verdaderos luchadores con un alto contenido de conciencia social organizada. Entre ellos, una figura comprometida con su época y con su pueblo, luchador incansable, inclaudicable, de humilde procedencia pero visionario a pesar de su extracto de artesano zapatero y dirigente de su gremio.

Por lo tanto, destacar la figura de un luchador social costarricense como lo es Juan Rafael Morales Alfaro, abre la posibilidad de determinar su aporte y de retrotraer las vivencias de un protagonista de los anhelos de nuestro pueblo por alcanzar una vida más digna, y cuyos aspectos esenciales quedan reflejados en aquella historia que transcurre entre los años 1930 y 1995.

*Referirse a Juan Rafael Morales Alfaro es resaltar la figura de aquel dirigente obrero, que siempre dijo ¡presente! durante más de 60 años, en la historia de lucha de nuestra nación, asumiendo un compromiso de verdadero dirigente de artesanos desde aquellas trincheras que fueron los talleres de zapatería tanto en la ciudad de Grecia como en San José.*

*En esta publicación de sus memorias, se encuentra un pasado poco conocido del costarricense, es el pasado de mujeres y hombres cuya lucha fue por alcanzar nobles ideales sociales, logrando con ello importantes conquistas de las que disfrutamos hoy aún cuando se ignoren los hechos que les dieron origen.*

*Rara vez pueden los luchadores sociales de los sectores más humildes escribir sobre aquellos hechos en los que fueron protagonistas, y en aquellos donde su participación fue fundamental.*

*De ahí que la Cátedra Manuel Mora Valverde de la Universidad Estatal a Distancia (UNED), fiel a sus objetivos de creación, haya valorado junto con la Asociación Servicios de Promoción Laboral (ASEPROLA), entregar un aporte sustancial sobre el conocimiento de la historia de la clase trabajadora a través de la difusión de este material escrito.*

JOAQUÍN B. CALVO G.  
COORDINADOR CÁTEDRA  
MANUEL MORA VALVERDE

## *PRÓLOGO*

### I

**E**n la academia costarricense se ensayan desde hace unos veinte años varias opciones de investigación, de escritura y de divulgación del pasado. El interés y atención que reciben las historias de vida y de familias; de los cantones y regiones; las autobiografías, genealogías, memorias personales y los museos, son evidencia de ello. Es como una búsqueda de alternativas para preservar la memoria del pasado y el presente de todos, y no sólo de aquellos que exalta el discurso político oficial.

El ciudadano promedio conoce muy poco de la historia de los asalariados directos, de los artesanos y trabajadores por cuenta propia, del campesinado, de los gremios profesionales, y en general, de las llamadas clases medias. Se queda corto cuando trata de comprender y valorar cómo satisfacen estas mayorías sus necesidades e intereses en la historia. En sus actitudes políticas, rechaza, ignora, disimula u olvida que la conciliación y el conflicto han sido una constante en la lucha de estos actores sociales por darse a respetar en la escena del poder privado y público. En la educación de la conciencia social, se tiende a deformar que la dominación se despliega en un clima multiforme de represión, coacción, conciliación, cooptación, consensos transitarios, corrupción moral y enajenación mental y eclesial religiosa de los dominados.

*La memoria histórica individual, en particular, es uno de esos escritos sobre el pasado que resguarda un nutrido inventario de hechos, anécdotas, pasajes, experiencias, recuerdos y valoraciones. Es un documento a través del cual se conoce el desempeño de las individualidades en el juego de las fuerzas sociales y políticas que exhibe el movimiento de la sociedad civil. Por lo tanto, preservar esa experiencia es, en sí, un aporte a la producción de conocimiento sobre la historia nacional.*

*¿Cuál es el cuerpo de saberes que ofrece ese documento? ¿Cómo se elabora? ¿Cuál es su relación con la historia de la sociedad?*

*Con la expresión memoria histórica individual me refiero al documento escrito por alguna persona acerca de su vida, en la época que le ha correspondido vivir. Es un relato personal desde la perspectiva que el autor crea de sí mismo. En ella, la persona re-vive la experiencia del pasado y el presente. Predomina la descripción de hechos. Es una narración, aunque no es sólo un cuento, porque ahí hay una propuesta de explicación e interpretación de lo vivido. También, es una valoración del pasado que puede ser crítica o contemplativa y pasiva. Estos escritos son, pues, una fuente para el conocimiento de la historia. En sí mismos, no son la historia de la sociedad.*

*El sujeto de ese fragmento de la historia social es el individuo corriente, en contraste con el gran hombre que aparece en los libros de historia nacional. Pero, en los hechos que él expone, aparecen involucrados otros seres. Juntos constituyen el sujeto social; el colectivo de la trama de hechos vividos por el autor. El más cercano son sus padres y la mujer en relación con la reproducción y la familia; el dueño de la empresa o centro de trabajo y las personas que crean las relaciones laborales; las vecindades; el líder o el dirigente de las actividades cívicas, educativas, recreativas y religiosas; los amigos íntimos o más lejanos que conviven con él en los sitios y puntos de encuentro y socialización, efervescentes en anécdotas, creencias y significados, que dan cuenta de las tradiciones y cambios de la cultura nacional.*

*El tiempo en el cual transcurre esa historia personal es el corto plazo. Son los lapsos pequeños de temporalidad, –de pasado, presente y futuro– percibidos entre el nacimiento y el presente. A veces se contempla ese pasado en relación con los orígenes y cambios de mayor alcance en el tiempo de la historia general, en la cual transcurre la vida individual. Se habla del corto plazo, también, en el sentido de que los hechos se piensan en términos de la inmediatez de los aconteceres. Por ello, la memoria se escribe en el tiempo evolutivo y progresivo. Incluye los orígenes familiares, la formación adolescente y las primeras experiencias de educación formal y convivencia social, la constitución del individuo como ser y sujeto reproductivo en el nivel biológico y laboral del campo económico; la interiorización y puesta en práctica de los derechos y valores familiares, ciudadanos y políticos. En fin, la memoria trata de recoger los resultados clímax de la vida individual en el entorno cultural local y nacional. Más o menos en eso consiste, la aprehensión del objeto de conocimiento que se expone en un texto histórico de esa naturaleza.*

*¿Cuáles son las fuentes para la elaboración de una memoria personal? Son casi siempre documentos individuales. Los diarios de vida, árboles genealógicos, archivos personales y familiares, correspondencia, fotografías, videos, certificaciones oficiales sobre la vida personal, documentos privados y la palabra. Puede ser que el autor conserve y recurra a las crónicas de los periódicos cuando tuvo presencia o realizó acciones que trascendieron a la opinión pública. En cuanto sujeto y protagonista histórico, el autor es en sí mismo la principal fuente oral. Con ello quiero decir, que la memoria puede reconstruirse a partir de información que suministra él mismo a terceras personas, por medio de técnicas como la entrevista magnetofónica o la historia contada. No necesariamente el individuo investiga y escribe de su puño y letra, su memoria.*

*La redacción es el cierre de la investigación autobiográfica. La memoria es un texto que no se elabora necesariamente con la erudición y el lenguaje especializado que es condición en la academia. Tampoco se indaga ni escribe con las pre-*

*tensiones de objetividad que ésta reclama. La memoria es casi un ensayo literario. Es la obra-imagen por la cual desfilan muestras de personas, hechos y acontecimientos; de la naturaleza y de la sociedad. Estas observaciones han sido seleccionadas con alguna intención caprichosa aunque no arbitraria, por parte del autor de su propia vida.*

*De ahí que, el autor de la memoria expone el contenido histórico con el colorido y la vivacidad de la experiencia íntima; con los juicios y significados atribuidos individualmente a sus hechos; con los acentos subjetivos, sentimentales, emotivos, con los giros cambiantes de la lengua materna; con la exaltación de unas creencias, valores y prácticas de vida cotidiana.*

*En el estilo autobiográfico, el acontecer transcurre en una sucesión de acciones cuyo significado histórico radica precisamente, en la unidad e interrelación de los múltiples hechos vividos. El individuo tiende a no dividir, fragmentar, ni clasificar sus actuaciones. Casi todas tienen un sentido para sí. De esa manera le da una riqueza sin igual al texto. Todo ello, sin embargo, con criterio de veracidad histórica. La crítica y la autocrítica ataña pues, tanto al historiador como al memorialista. Es un asunto de ética y de validez cognoscitiva del documento.*

## II

*La obra que tiene el lector ante sí, es entonces de descripciones, relatos, búsquedas de significados a la existencia, interpretaciones y valores, de una persona que ofició la historia en la estancia, el taburete y la mesa del zapatero. Es la autobiografía de un trabajador del calzado, pero también, de un lujador del pasado y del presente de una familia, de una comunidad y de una clase social. Son preguntas y respuestas al proyecto de creación de sí mismo: de Juan Rafael Morales Alfaro, en la horma flexible y dúctil de la convivencia y el cambio de la sociedad costarricense durante este siglo XX; no sólo hasta el período de la desaparición de la manufactura del calzado.*

*Invito al lector a comprender estas páginas de valor histórico. Las escribe un hombre de la clase trabajadora. Son renglones con vida; renglones que recogen obras realizadas con la conciencia de estar inmerso en la sociedad, y en movimiento. Es un escrito de quien se advierte sujeto, no objeto. Son líneas que plasman el acto desafiante de construir un destino para no ser pieza en engranaje ajeno. Son letras y signos de quien se estima mediador en la evolución del mundo físico y no un ser impotente ante la naturaleza; de quien se percibe transformador de la materia prima de la cultura. La cultura del trabajo directo y la cultura general de la nación costarricense.*

*El autor escribió para recordar, leemos en el último capítulo. Para recordar el pasado y el presente, agrego. Pienso que son válidas las expresiones que se hayan en ese apartado último. Dice Juan Rafael: "Lo que sucede con la historia del movimiento obrero es que no hubo hombres interesados (en escribirla) o que no encontraron el campo para que se habla- ra de ello". Afirma además, que "la historia de la clase tra- bajadora es muy interesante porque la historia de Costa Ri- ca, yo creo, no enseña mucho propiamente de ese pasado".*

Pero, acierta también cuando recupera que quienes leyeron su biografía publicada en la Revista de Historia No. 27 di- cén que "ellos quisieran tenerla porque ahí hay otros escri- tos sobre aspectos de la clase obrera costarricense, pero los que escriben lo hacen como para otra gente, no para el obre- ro, a quien le gusta la cosa clara y simple". Como ciudada- no y ex-profesor de historia de la Universidad Nacional, de-claro estar en deuda con él y con la clase trabajadora en esa responsabilidad profesional.

En Costa Rica, hace veinticinco años se inició la investiga- ción profesional del pasado de las clases trabajadoras. Fue iniciativa personal de una generación de estudiosos univer- sitarios. Con las tesis de grado, hicimos los primeros oficios en el conocimiento de esas vetas de la historia de la socie- dad. La mayoría teníamos alguna cercanía orgánica con el Partido Vanguardia Popular o con otras organizaciones polí- ticas de izquierda. En aquellos trabajos expusimos las ve-

*nas profundas de una sensibilidad con el destino histórico de las clases trabajadoras de Costa Rica y de América Latina.*

*¿Los autores de esas obras de historia? Antes de citarlos, pido disculpas a esos historiadores. Escribo sus nombres en este texto y contexto, porque considero un deber educativo orientar el interés por el conocimiento de la historia del movimiento obrero que, estoy seguro, va a despertar en los lectores esta memoria que estoy presentando. Ellos fueron: Vladimir de la Cruz, Carlos Luis Fallas Monge, Mario Samper, Gerardo Contreras, Víctor Hugo Acuña, Mario Oliva, Ana María Botey, Marielos Aguilar, José Manuel Cerdas, Emel Sibaja, Rodolfo Cisneros, Trino Barrantes, Carlos Hernández R. y este servidor, entre otros.*

*Pero –declara el autor–, que escribe su autobiografía, además, para "dar alguna enseñanza, siempre que sea cierta." Tal intención está avalada por la opinión de su esposa Lili. Una mujer costarricense que, en analogía con las luchas de los zapateros en 1936, contra la destrucción de la manufactura, porque no era aún el tiempo de Costa Rica para que el calzado se fabricara en forma mecanizada, entregó su compañía permanente al obrero zapatero, en el tiempo oportuno. Ella hoy y Teresa con anterioridad, dieron unidad humana a esta experiencia de vida. Según Juan Rafael, Lili le decía: "...Yo veo que a usted hasta los maestros le hacen preguntas sobre los hechos de la historia de los trabajadores y usted les contesta muy bien, y como que les insinúa el hecho de la agrupación fuerte".*

*En ese testimonio se anuncia, pues, que este relato se refiere a una experiencia de vida, en el cual, conocimiento, verdad y acción concertada, fueron inseparables en el desafío de construirse como sujeto social activo en las luchas de los trabajadores costarricenses.*

*La historia, recordemos, es un bien de consumo espiritual. Conocerla es alimentar la comprensión de uno mismo en conjunción con otros seres vivos de la naturaleza y de la sociedad, para poder atribuirle significados a lo que han hecho los sujetos humanos, y a lo que hacemos, hoy, nosotros.*

*Es, por lo tanto, valorar las relaciones de convivencia y de cambio para transitar, -como dice Juan Rafael- "con alguna seguridad desde el punto de vista de personas, de las necesidades que tienen, no desde el punto de vista de creencias, sino del porqué han sucedido los grandes cambios."*

*Y con esa conclusión, el autor de esta autobiografía acierta una vez más. Los seres humanos creamos los acontecimientos históricos en el acto de resolver necesidades; pero esas luchas que desplegamos con ese objetivo son, a la vez, la materia misma del devenir histórico, incluyendo aquellas que atañen a las ideas y creencias. Como seres racionales nos corresponde entonces explicarnos el pasado y el presente de la sociedad; comprender, es decir analizar y valorar, a los sujetos de los cambios históricos y sus creaciones para poder insertarnos, con identidad propia, en las relaciones sociales y en la historia de la nación en que nos correspondió vivir.*

*Sin lugar a dudas, pocas y "raras" han sido las personas de la clase trabajadora, cuya iniciativa ha podido captar y diseñar por escrito ese horizonte; lentamente, "sin carnaval, ni comparsa". Ese es otro mérito de la obra de educación y de enseñanza que Juan Rafael Morales obsequia a la cultura costarricense en tanto hombre trabajador, dirigente de la clase obrera, funcionario sindical, ciudadano y miembro de un partido político: el Partido Vanguardia Popular.*

*Dejo constancia finalmente, de que este documento sobre la vida laboral y social de Juan Rafael Morales Alfaro, ha sido elaborado mediante un proceso de análisis bibliográfico de algunas obras previamente escritas. En primer lugar los escritos de su autor. Estos fueron: Cincuenta años de luchas del Sindicato de Zapateros; los Estatutos del Sindicato de Zapateros; la biografía publicada en la Revista No. 27, edición conjunta de las Escuelas de Historia de la Universidad Nacional y de la Universidad de Costa Rica; apuntes autobiográficos del autor, originalmente manuscritos y luego transcritos a mecanografía; hojas sueltas y papelitos que*

*me facilitó, a la manera de pequeñas luchas contra el olvido, y la biografía que él escribió sobre Víctor Mora Mora, otro dirigente sindical del calzado.*

*Finalmente, el análisis de las conversaciones con él, organizadas mediante cinco cuartillas de preguntas, cuyas respuestas están contenidas en cinco cintas magnetofónicas obtenidas durante no menos de 15 horas no consecutivas de trabajo. Ambos recursos se conservan en ASEPROLA.*

CARLOS A. ABARCA V.

## *EL AYER VIVE EN LAS LUCHAS DE HOY*

**L**a ASOCIACIÓN SERVICIOS DE PROMOCIÓN LABORAL (ASEPROLA) es una Organización No Gubernamental vinculada desde hace varios años a diversos procesos de capacitación con sectores laborales. En ese transitar hemos aprendido a valorar la gran importancia que tiene para los trabajadores y trabajadoras conocer el pasado, los hechos y personas que han contribuido con sus luchas y esfuerzos a hacer más habitable este país, dejándonos una herencia y un compromiso en la defensa y desarrollo de nuestros mejores valores.

Celebramos los esfuerzos que se realizan, desde diversos sectores, para rescatar la memoria histórica de los trabajadores y trabajadoras y sus organizaciones, como una contribución al enriquecimiento de la historia costarricense, dándole voz y vida a sectores que han sido tradicionalmente marginados, pese a su gran aporte a la construcción de nuestro país.

Un primer paso en esta dirección se dio en 1996, cuando ASEPROLA organizó un concurso de historias de vida en la Zona Atlántica. Los trabajos premiados fueron presentados en un libro, editado en 1997, –también en asocio con la UNED–.

Con el presente trabajo aspiramos a entregar una nueva contribución al enriquecimiento de la historia costarricense, desde una perspectiva mucho más amplia e integradora que la aplicada hasta ahora por la historia oficial.

*Ojalá veamos crecer y multiplicarse otros esfuerzos para rescatar del olvido las historias de tantas luchas libradas por el pueblo costarricense, que desde el ayer nos llaman a actuar en la defensa de las conquistas que abrieron la posibilidad de un presente y futuro mejores para Costa Rica.*

*Esa es nuestra firme esperanza.*

ASOCIACIÓN SERVICIOS  
DE PROMOCIÓN LABORAL  
ASEPROLA

ESCRIBO  
PARA  
RECORDAR



I

*Mis padres,  
la escuela  
y los primeros trabajos*



**N**aci en San Rafael de Poás el 20 de abril del año 1913. Fui bautizado en San Pedro de Poás. Mi padre se llamó José Gabriel Morales Rodríguez y mi mamá María Alfaro Ulate. Fuimos nueve hijos, cinco mujeres y cuatro hombres. La familia de mi papá se ubicaba entre Zarcero y Naranjo. En Zarcero estaba don Alfonso Morales; en Naranjo, don Casimiro Morales que era mi abuelo y Pedro Morales, mi tío abuelo. Hay una escuela que lleva el nombre de don Casimiro Morales.

A mi papá le gustaba mucho leer y de las cosas que leía nos contaba, que ellos tenían un origen viniendo de Guatemala, pero de un grupo que había llegado de la India y que con las relaciones con los guatemaltecos resultó esa familia de la que él tenía parte del origen. Decía que sus antepasados formaban parte de grupos artísticos. De mi mamá también tengo buenos recuerdos. La familia de ella eran, algunos, de Sarchí. Era de apellido Alfaro Ulate, con cierto parentesco con don Otilio Ulate. Era una mujer que no terminó la escuela, pero de mucha inteligencia. Comprendía bien a mi padre y colaboraba con él en forma, no digamos obediente, sino en forma comprensiva. Era una mujer bajita. Pero, mi mamá, también tenía, por el lado del papá de ella, un origen asiático, japonés. De ahí que tenía los ojos casi cerrados y caminaba rapidito, sin bulla, deslizándose.

Mis padres eran personas llenas de fe religiosa y devotos de los principios cristianos. En la familia de mi padre

hubo varios sacerdotes como el padre Vargas Morales, párroco durante mucho tiempo en Guanacaste. Murió en el Hospital Monseñor Sanabria. Hay otro sacerdote, de Naranjo. Entonces yo llegué a comprender que la familia de mi papá eran personas de cierta educación, pero llenos de una gran humildad; no demostraban, ni sentían así como un orgullo de que somos tal. Mi madre era también de familia muy humilde. Eran muy católicos.

Mi padrino fue Maurilio Murillo que era el Alcalde de San Pedro de Poás. Ese señor tenía muy buenas relaciones con mi padre y por eso fue mi padrino. A mi papá lo habían nombrado Tesorero Municipal; pero era un hombre que realizaba todo oficio: era agricultor, carpintero y comerciante. También era sastre y tenía una tiendita donde vendía pantalones y camisas que él hacía. En la casa había otro medio para vivir. Era un terreno pequeño en el lugar conocido como Chilamate.

De mi vida en San Pedro de Poás, recuerdo cuando estábamos propiamente en la Primera Guerra Mundial y la situación se había puesto muy difícil, –eso lo oía yo–. Con las amistades que él tenía, conversaba de la situación económica del país, oía hablar de personas que morían a causa del dengue, siendo sepultadas en tablas porque no había dinero ni recursos para comprar cajas mortuorias. Por esos años, la Municipalidad había creado unos cupones que se pusieron a circular con cierto carácter de valor, de moneda. También recuerdo cuando el hijo mayor, mi hermano Gilberto, se fue a Limón a trabajar en el oficio de la zapatería. En una ocasión llegó un telegrama que decía que él se había ahogado. Mi papá se fue a traerlo, pero lo que había pasado era, que le había dado una congelación en el mar y cuando estaba flotando, una mujer negra lo sacó y lo salvó. Mi papá se lo trajo.

La situación en San Pedro de Poás se vivió muy crítica. En este lugar había personas que tenían fincas por esos lados de San Carlos, fincas que habían conseguido en los territorios baldíos y ahí mantenían ganado en partes ya limpias. Uno de los dueños de ganado era el Presidente

Municipal, de nombre Santiago . Yo recuerdo un aparato que mi papá hizo, de madera, el cual al abrirlo con la llave sonaba una campanita y ahí era donde él tenía dineros que pertenecían a la Municipalidad, porque era dificultoso venir a San José a dejar una cantidad de cien pesos, que era mucha plata. Don Santiago, como Presidente Municipal le había solicitado a mi papá, quien era el Tesorero, una cantidad de dinero para comprar ganado que se trasladaba de Nicaragua a Costa Rica. Mi papá se negó. Yo oí cuando mi papá le decía a mi mamá: "Mariquita tengo un problema". Y, ella le decía: José, ¿cuál es el problema? Mi papá le contaba. El Presidente Municipal me pide una cantidad de dinero para la compra de una partida de ganado que se trasladará de Nicaragua a Costa Rica y no puedo dársela porque no es dinero mío; es dinero del pueblo y yo respeto lo que es del pueblo. Pero hija, -a veces él le decía hija- no se la voy a dar, pero tendremos que irnos de Poás". Venderé el terreno de Chilamate. Este hecho penetró mucho en mi ser.

Mi papá tenía un campo en el mercado de Grecia donde los sábados y domingos vendía ropa de la que él hacía y a veces me llevaba, íbamos a pie. En el camino él siempre conversaba conmigo. Me decía los nombres de los árboles que encontrábamos en los diferentes lugares, el de los ríos; veía donde pastaban bestias y ganado, en fin, como maestro que fue me despertaba mucho interés por todo lo que se le va presentando a uno en la vida.

Ya a la edad de los siete años fui a la Escuela de Poás ubicada al costado norte de la plaza. Recuerdo que se usaba para escribir una pizarra, el pizarrín y el silabario; esos eran los útiles para escribir y leer. Mi papá tenía un carácter político liberal. El contaba que los liberales actuaban en un campo político que pretendía mejorar la situación de sus países. El fue partidario de Ricardo Jiménez la primera vez que don Ricardo se lanzó para la presidencia de la República. Mi papá le formó al puro frente de la casa, en San Rafael de Poás, un arco. Yo le oí decir a él, que

había que luchar por mejorar las condiciones del pueblo costarricense. Eso de la política como que penetraba también en mi ser.

Pero la situación en Poás se volvió muy crítica y mi papá decidió trasladarse a Grecia. Era el año 1923. En Grecia, mi padre había comprado una casita de adobe. Yo vivo ahora exactamente en la misma esquina que él compró. La casa era esquinera formando una escuadra. La llamábamos La Casona. Por dentro, frente al patio había anchos corredores; el patio empedrado, se usaba también para el ordeño de vacas. Era muy oscura y sin luz. Decían que ahí asustaban porque había una botija enterrada. Hasta alguna vez la buscaron. Mi papá alquilaba un puesto de ventas en el mercado. Además, instaló una pequeña zapatería para vender el calzado que hacía mi hermano mayor, Gilberto. Ya en Grecia, yo tengo diferentes impresiones. La conversación, el murmullo de la gente en el mercado los sábados y los domingos, era para mí una cosa curiosa. La gente decía mercar el diario; había que hacer el cambio de la moneda de centavos a reales. En el negocio mi padre comentaba con los clientes las calamidades de la crisis. Todo eso eran impresiones muy gratas para mí. Entonces, mi padre me iba formando a través de su mismo trabajo y de la forma como hacia frente a las penurias de la crisis; me iba dando como una capacidad que en los años siguientes, escolares, tuvo algunos éxitos, por ejemplo, al entrar a segundo grado.

Terminé mi año de estudio en San Pedro de Poás y entré al segundo grado en la ciudad de Grecia, a la Escuela "Eulogia Ruiz". Mi maestra de ese grado fue Dora Suárez. Se me enseñó a participar en presentaciones y a cómo cantar el Himno Nacional; nos pedían que hicieramos composiciones, cosa que no era difícil porque con facilidad podía describir. Ella quería que los alumnos hicieran algunos actos llamativos para ella y para el público en algunas épocas como la fecha de la Independencia o en la festividad del Cantón de Grecia.

Recuerdo que una vez me llamó y me dice: "Morales, quiero que usted sea una semilla de un árbol mostrando su tallo, en un acto que vamos a celebrar". Yo participé en formar la semilla de mango, en cartón pintado de amarillo. Yo tenía que estar dentro de la semilla de mango, pero en la cabeza llevaba algunas figuras como hojas para demostrar las ramas del árbol cuando está naciendo. Y ante ese árbol, las niñas y alumnos decían los versos escogidos para enseñar lo que son los árboles, mientras, poco a poco, yo iba saliendo de la semilla y se iba viendo el tallo. Eso fue muy aplaudido por las personas que habían llegado a los festejos de esa fecha. Todo eso llenaba mi corazón de deseos de participar en diferentes actividades en la escuela.

En la escuela y después de clases participaba también en los juegos. Jugábamos en la calle con trompos y bolitas. En Grecia comencé a jugar fútbol. Hacíamos también unos juegos que ahora no se ven, por ejemplo "serenos y bandidos". Son dos grupos de muchachos que defienden cada uno su propio cuartel. Con sólo tocar el lugar que se determine como el cuartel del sereno, que puede ser un poste o un árbol, el grupo de bandidos se convierte en serenos y los serenos, en bandidos. Es un juego de carrera que puede ser de una hora o de dos. También había otro juego que nosotros llamábamos "suela". Son dos grupos. Uno brinca y el otro hace de suela. Estos últimos están agachados y encima de ellos brincan los otros, abiertos de piernas, sin tocarlos, sólo apoyándose en la espalda. Al hacer el brinco, el que es suela avanza un paso, y así se sigue brincando hasta obligar a hacer el brinco de ocho a diez pies, sin tocarse. Otro juego se llamaba, "caballero mal montao". También eran dos grupos. Se formaba un círculo con los dos grupos, uno de caballeros y otro de caballos. Comenzaba el juego con la rifa para decidir quiénes eran de uno u otro equipo. Se jugaba con una bola que se tiraban entre sí los que estaban montados y el que estaba debajo tenía que hacer algún movimiento para que, el que estaba arriba, dejara caer la bola. El que perdía pasaba al grupo de los que montaban a los otros.

Pero eran movimientos bien ágiles, sin moverse del lugar de donde se estaba parado. El que ganaba la pelota pasaba al grupo de “caballeros bien montaos”.

En mis vacaciones, alguna vez acompañé a mi padre cuando iba de gira para vender el calzado en otros lugares. El iba a Limón y también a San Carlos. De sus viajes a Limón lo oía hablar de la zona bananera. Yo fui con él a San Carlos. Llevábamos la carga en bestia. Los caminos eran de tierra y el transporte las carretas. El calzado se vendía o se cambiaba por quesos y hasta por pieles de animales. El viaje para mí fue maravilloso: conocí grandes ríos como el San Carlos, la selva con sus animales como la variedad de monos, y de pájaros; también la llanura, los densos aguaceros, el frío de Tapezco y Zarcero y la montaña.

Todo esto, la forma en que mi padre nos criaba, nos permitía jugar, educarnos y hasta cierto punto ser correctos. Mi padre era un hombre que yo lo considero con muchísima capacidad para criar a los hijos, porque no recuerdo una sola castigada. Y esto hizo que, con mis hijos yo tuviera la habilidad de irlos acomodando... acomodando... abrazándolos, tratando de ayudarles en todo, sin regaños; permitiéndoles ciertas actividades que por naturaleza ellos las hacían. Entonces, esa forma de educar a mis hijos, es exactamente la que mi padre tuvo con nosotros. Y él me decía, yo tengo una forma diferente de pensar.

En el año 1923 cursé el tercer grado de la primera enseñanza. Lo terminé con éxito, disputando el primer lugar a Jorge Vega, Rafael Angel Sánchez, Arsenio Suárez y Jovanny Kooper, los mejores alumnos del grado. De la edad escolar tengo un vago recuerdo de cuando escuchaba hablar sobre la agitación política del ex-sacerdote Jorge Volio Jiménez quien recorría el país predicando contra los ricos, hablaba de la Revolución en Rusia y ofrecía organizar en Costa Rica, un gobierno revolucionario.

En marzo de 1924, entré al tercer grado, con la maestra Doña Isabelina Barahona. Dictándonos una clase de historia, la maestra nos explicaba sobre la celebración nacional del día Primero de Mayo. Decía que en este día

se conmemoraba la rendición de William Walker, yanqui que invadió con fuerzas militares norteamericanas a Centro América y que había sido derrotado en 1856 por nuestras milicias campesinas. También, agregó, que el Primero de Mayo databa de la celebración en 1886 y declarado como el Día de los Trabajadores en todo el mundo. Y nos contaba que ya en Rusia gobernaban los trabajadores. Son ellos quienes tienen el poder, –nos decía– pero se están muriendo de hambre. Por eso, en todo el mundo se recoge dinero para ayudarlos. En San José, un grupo de personas dirigidas por don Omar Dengo nos pide que por medio de ustedes los alumnos, solicitemos esa ayuda para enviarla a Rusia. Mi padre me daba diariamente para melcochas o frutas, diez céntimos. Resolví darlos para los trabajadores rusos porque en mi memoria quedó grabado aquello: "los trabajadores gobernan en Rusia".

La situación seguía siendo difícil por los daños que dejó la Primera Guerra Mundial y para ajustar, ese año se vinieron los temblores. El 4 de marzo de 1924 hubo unos temblores que se consideraron como terremoto. Las campanas sonaban solas. Se rompió la fuerza eléctrica. El pueblo se quejaba. El cura de la iglesia consideró que lo mejor era poner al pueblo a andar dando vueltas ahí con algún santo para tranquilizarlos de la tembladera, que era constantemente. La casa de adobes en que vivíamos se derrumbó. Hubo que vivir en el patio, con carpas.

Uno de los casos que demuestran el sentimiento religioso de mis padres, fue un hecho que ocurrió con mi papá a consecuencia del terremoto. El estaba haciendo unas casas, propiedad de él, donde está ubicado ahora Coopegrecia. Estaba en una escalera con unos clavos de pulgada y media en la boca y resulta que se le movió la escalera y al quererse agarrar, se tragó dos clavos. Se le pudo sacar uno que tenía atravesado en la garganta, pero el otro se le quedó en el estómago. Se llamó al doctor Valerio. Dijo que tenía que estar acostado hasta que botara el clavo. La medicina que le dio fue sustancia suave, bananos y líquido. Efectivamente el 31 de marzo

del año 1924 botó el clavo. Ese clavo está en la Iglesia de los Angeles, en una chapita con la fecha y el nombre de mi papá. Ese hecho, para él y para toda la familia, fue un milagro. Yo no opino mucho en ese sentido. Pero me ponía a pensar que ellos dos, mi papá y mi mamá, son uno solo en su fe, y posiblemente esa fe, es la que dio como resultado ese milagro. Un hecho, que las personas que lo conocieron se quedaron admiradas.

De Grecia nos fuimos a Palmares. Era el año 1925. Llegamos a vivir al costado sur del Parque, por donde estaba el Cine Rosalela. Mi padre puso ahí, una fábrica de refrescos que los vendía en una botella muy curiosa. Era una botella que se tapaba sola, con una bolita, llamada "tapona". Al llenarla de líquido, la bolita estaba en el cuello de la botella y al volcarla para ponerle el gas, subía y cerraba la botella. Estas botellas tenían el inconveniente de que los muchachos, luego de tomarse el refresco, la quebraban para sacarle la bola.

Recuerdo también, que mi papá cogía pericos en los huecos de la iglesia de Palmares, una de las bellas iglesias del país, que en ese tiempo no tenía torres y a mí me parecía que había que hacerle mejoras. En los patios de la iglesia de Palmares me pasó una cosa muy curiosa con el sacerdote. Resulta que como jugábamos en los jardines de la Iglesia, el sacerdote le dio una queja a mi papá. Mi padre no me contó lo que pasaba, sino que me dijo que yo tenía que irme a confesar y que consideraba que yo tenía algo que confesar. Efectivamente yo llegué a la iglesia a confesarme, pero este sacerdote me sacó de la iglesia. A mí me sorprendió el asunto y quise saber qué era. Cuando yo llegué, mi papá me dice: ¿Se confesó? No, le dije. No me confesé porque el sacerdote me sacó de la iglesia. Bueno, voy a decirle lo que es. Parece que "usted" se asoma por una ventana a ver al sacerdote. ¿Cómo a ver el sacerdote?, le dije. Yo lo veo por todos lados. Bueno, el asunto es que ese sacerdote entraba con una joven a esa parte de la iglesia, y luego él se fue de Palmares con ella. Esa actitud del cura me colocó frente a los sacerdotes, porque fue una

cosa injusta que penetró muy profundamente en mis sentimientos, porque soy de una familia católica, muy corregta en ese campo y en todos.

De ese pueblo palmareño, tengo recuerdos muy agradables: con el maestro, con los amigos y con el deporte, porque ahí fue donde comencé a jugar fútbol en campo abierto, con un equipo de otros lugares. Una vez, después de un partido de fútbol con San Ramón nos invitaron a bañarnos en un río cercano y ahí ocurrió una tragedia, pues murió ahogado en la poza uno de los jóvenes jugadores. Hice muchos amigos de Palmares: los hermanos Edgar y Edwin Méndez, Zoilo Peñaranda, un señor Araya que era mecánico, el abuelo del que se llama Rolando y que ahora quiere ser Presidente de la República; Mario y Marino Urpí, Esperanza Fernández, Penache, y los Alarcón, de Zaragoza. En ese lugar cogíamos café, a ₡0,40 la cajuela. Con el dinero que nos habíamos ganado cogiendo café, mi padre compró tela y nos hizo vestidos enteros, saco y pantalón. La Noche Buena de 1925 fue maravillosa. Estuve con Esperanza en la misa de Nacimiento del Niño. Me parecía que los principios cristianos de mis padres conducían al amor y a la paz como los que vivimos en aquella Navidad. En Esquipulas mi papá había hecho mucha amistad con Simón Ruiz, a través de un hijo de este señor, casado con una familiar de mi papá. A mi padre se le ocurría escribir algunos libretos, como guiones de obras para representarlas con mis hermanos y ahí en Esquipulas hicimos algunos actos en público, comedias y cosas así.

Esos sentimientos de mi padre, hacían que yo lo viera como un hombre de interés, como un hombre muy sano, sin ningún vicio; muy atento a las cosas de sus hijos y a las enfermedades. Entonces parecía que ése era el camino mejor. Que si una persona no estaba de acuerdo con un proceder de él, no la atacaba, sino que trataba de explicarle para que esa persona diera su punto de vista diferente a como lo vio en ese momento. Todas estas actitudes de mis padres influyeron mucho en nosotros, en todos los hijos. Yo siempre las recuerdo. Entonces la convicción

mía ha sido esa, lograr que la persona que lo oye a uno tenga por lo menos un campo para analizarlo y considerarlo en forma política.

Un día en esa escuela, el maestro se enteró que yo tenía como ciertas inquietudes y entonces me dio un trabajo para realizar el 15 de setiembre. Mi papá, al contarle que me dieron un cargo en el acto cívico de la escuela, regaló los refrescos para los alumnos. Era domingo. El acto se realizó en el mercado de Palmares. Estaba lleno de la gente del pueblo y de campesinos. Colgaron banderillas tricolores, guirnaldas, farolitos y pastoras. Lo que yo tenía que realizar era el papel de veterinario, y una joven compañerita por la que yo ya sentía atracción, Esperanza, llegaba llorando para que fuera a curar a su mamá que estaba muy grave. Entonces yo tenía que explicarle en diferentes formas, abrazándola, consolándola, que no podía hacer ese trabajo porque yo no era médico, sino veterinario...pero si alentándola para que ella comprendiera lo que tenía que hacer para ayudar a curar a su madre. Fue un acto muy aplaudido. Entonces, me iba acostumbrando a recibir cierto aprecio del público y me parecía que yo debía, algún día, trabajar para el pueblo.

El cuarto grado lo cursé, entonces, en Palmares con el maestro Marco Tulio Ruiz. Este maestro fue un educador que dictó enseñanzas en Honduras, Guatemala y El Salvador. Nos hablaba sobre sus gobiernos, decía que eran dictaduras militares, había mucha miseria y analfabetismo. Pero no pude continuar los años siguientes de la escuela, porque la competencia que hacían los Orlich de San Ramón a mi padre en la venta de refrescos, lo obligó a volver a la ciudad de Grecia. Los Orlich tenían mejores medios para visitar diferentes lugares fuera del Centro de Palmares y surtir el comercio de bebidas gaseosas; tenían carreta de mano.

Antes de haber vivido en Palmares, hacia 1918 estando ellos en Grecia, mi papá rescató a mi hermano mayor Gilberto de las tropas de Tinoco y lo puso a trabajar en la

zapatería que había comprado tiempo atrás. Mi padre no compartía con la dictadura de Federico Tinoco y por eso le habían quitado a mi hermano. Tinoco lo tenía en Puntarenas como parte de la fuerza militar, la fuerza pública que tenía allá. Mi padre visitó a Tinoco. Recuerdo que él decía que Tinoco siempre andaba de pantalón bridge, un pantalón que entraba a polaina, le ponían un cordoncillo para abajo de la rodilla, ahí se lo amarraba y ese pantalón daba el carácter de persona militar. Mi padre decía que cuando fue a pedirle a Tinoco que le devolviera al hijo que tenía allá, Tinoco metió la mano en la bolsa de cuatro, una bolsa que tampoco se ve ahora, sacó la libreta en la que apuntaba a todos los que él tenía así, como detenidos, pero prestando servicio militar; revisó y encontró el nombre de mi hermano. Hasta ese momento no se había dado el golpe de estado que dio el otro, el hermano, Federico. Tinoco entregó al muchacho.

Entonces, con mi hermano mayor, Gilberto, mi papá abre la zapatería, la cual él había comprado cuando se vino de San Pedro de Poás. La surtió y puso a Gilberto a dirigirla y la trabajaba con mis hermanas. El Cantón de Grecia se desarrollaba. Se producía dulce en cantidad, azúcar que llenaba las necesidades de consumo del país. La producción de azúcar necesitaba de muchos trabajadores que consumían ropa, calzado. Ya por esos años se había casado mi hermano Gilberto con una señorita de apellido Sánchez, hecho que me sorprendió porque él ayudaba mucho a mi mamá. Ella estaba triste. Ante ese hecho pensé que era natural que el hombre se uniera a la mujer. En 1926 le tocó el turno a mi hermano Casimiro. Vivíamos en Palmares cuando se casó con una joven de Grecia llamada Amalia. A ella le gustaba cantar y mi hermano la acompañaba con su guitarra. Entre las favoritas cantaban una, de la que recuerdo esta estrofa: Una vez dijo Sandino apretándose las manos: a diez centavos les vendo cabezas de americanos.

Esto así, a grandes rasgos, es lo que fue mi primera vida hasta la escuela. Todos estos hechos fueron creando en

mi como un deseo inconsciente de conocer mejor la vida de los trabajadores y qué se podría hacer para mejorar su situación bastante difícil en esos años.

Después de que cayó Federico Tinoco yo conocí los diferentes pronunciamientos de distintas personas, de que con la caída de los dictadores Tinoco mejoraría las condiciones de nuestro país. Claro que fue más adelante cuando ya conocí desde el punto de vista histórico todos estos hechos que se dieron. Varias cosas influyeron mucho en mi ánimo para pensar diferente a otras personas. Yo respeto profundamente a las personas que no piensan como yo. Las respeto. Pero que su pensamiento sea un pensamiento propio de lo que sucede no solamente en nuestro país, sino en todos los países de la tierra. Hay algunos hechos en este momento, que yo considero no debieron suceder y que continuarán sucediendo.

Al casarse mis hermanos mayores, mi padre inició nuevamente sus trabajos como sastre. A mí me tocó meter el hombro como fuerza de trabajo para el sostenimiento de la familia que quedaba. Para ayudar a mis padres, ya en mi condición de joven, trabajé en la agricultura, entre los años 1927 y 1928. Todos los días me levantaba a las 4 de la madrugada, mi madre me preparaba el almuercito para ir a llevar sol toda la mañana y a soportar el trato brusco del capataz y del mandador. Trabajé en la agricultura de la caña, en las haciendas de los Niehaus, alemanes que poseían un latifundio dividido en cuatro cuadras de 80 hectáreas cada uno. La hacienda, situada al este del pueblo, ocupaba una extensión de unas 320 manzanas sembradas de caña, divididas en cuadros que estaban separados por caminos y callejones.

Trabajé abriendo surco. Ese trabajo era duro, duro, duro. Ahora no se abre surco, no se hace como en aquel tiempo que era con pala, a veces en terrenos muy duros, a veces suaves. Había que tener la agilidad de saber dar el golpe con la pala. Me tocó sembrar caña. Ahora la caña no se siembra. Me tocó deshojar caña. Ahora no se deshoja. Antes la caña que se cultivaba era la caña cubana, así la

llamaban, aunque no sé si era de Cuba. Era una caña más gruesa, ahora es muy delgada. Ahora lo que hacen es darle fuego. En aquel tiempo se deshojaba y se le dejaba nada más tres hijos. Luego venía la corta que siempre ha sido a principios del verano. Dura menos. El trabajador tuerce la caña, la corta con el espadín, una especie de cuchillo un poco ancho, y de una vez la vuelca, corta el cohollo y la tira. Eso se hace rápido, una caña tras otra. Es un trabajo más liviano. Luego otros recogen, tanto el cohollo como la caña y la van colocando en montones. Después llega la carreta y la recoge para llevarla al ingenio. La jornada era de 6 de la mañana al medio día. Las mujeres no trabajaban en el campo. Tampoco los niños. Hubo muchachillos que lo que hacían era jalar agua en baldes de los ríos. Había media hora para almorcizar. El orillero le decía al hombre más cercano: "es hora de almuerzo" y la voz corría hasta el último hombre del surco. Cada uno llevaba el almuerzo, generalmente era de arroz y frijoles. Tal vez un huevo duro o unas tortas de huevo, a veces con un plátano, una botella de agua, un pedacillo de dulce y tortillas. La alimentación general era esa.

El trabajo de corta de caña se alternaba cada año: dos cuadros por año. Al centro de la producción se encontraba instalado el ingenio de azúcar. Yo no trabajé en el ingenio. Claro que uno lo visitaba y veía las grandes hornillas encendidas con leña y luego el jugo de la caña pasando por una serie de tubos. Esa extensión era muy grande. Uno estaba trabajando en un determinado cuadro que podía ser de cuatro manzanas y no visitaba el ingenio. Uno nada más limpia, siembra y corta; entra, sale y regresa al día siguiente, siempre lo mismo. En toda la hacienda podía haber más de cien trabajadores, tal vez unos doscientos en los diferentes trabajos. Esos patronos en su principio no daban al peón ni siquiera un rancho. Se pagaba el salario que a ellos se les ocurría porque no había ley que estableciera un tope de salario. A veces se pagaba \$1,25 y el orillero ganaba \$1,50. El ingenio estaba al centro, yo creo que de la parte de donde yo trabajé, como a unos ochocientos metros estaba el ingenio. Este producto era vendido en Alemania, a menor precio que en nuestro país.

La siembra y corta de la caña se realizaba por cuadrillas de peones bajo la dirección de un mandador. Cada cuadro tenía un mandador y ya en el campo de trabajo se le daba el nombre de orillero, al hombre que trabajaba más y llegaba más largo en la palea del surco. El surco podía tener cien metros o más. Entonces todos los trabajadores se ponían en línea para comenzar el terreno. Si era abriendo surco, en línea recta, el orillero que era un hombre fuerte, marcaba el campo por abrir. Tal vez un peón, a las 12 del día, cuando ya toda la peonada tenía que irse, no había terminado y debía quedarse para completar. Al orillero le pagaban ₡0,25 más al día sobre el salario corriente, a fin de que marcara una tarea de 6 de la mañana a las 12 del día, una tarea difícil de sacar por el resto de la peonada, en esas 6 horas de trabajo. Sin embargo, había que sacar esa tarea, teniendo que trabajar media hora más y por cierto muy agotadora.

En el cuadro en el que trabajábamos entonces, el orillero era Zeto Arias. No recuerdo el nombre de él porque Grecia es un lugar en que la gente tiene mucho apodo, como en toda Alajuela, y entonces uno conoce a la gente por los apodos. Le decían Zeto. Era un hombre fuerte, rudo y grosero. A mi juicio, no había tenido escuela. Trataba a la peonada como le ordenaban, prácticamente como esclavos con la diferencia de que se pagaban salarios. A Zeto lo acercábamos disputando su puesto, Chico Otoya y yo. Chico era un humilde y valiente hombre que se ganaba el cariño de la peonada, porque decía: "si obtengo la orilla, ustedes trabajarán sin agotarse". La disputa del puesto de orillero, llegó a un incidente violento entre Zeto y Chico, del cual salió herido Zeto. Los patronos Niehaus resolvieron dejar a Chico en el cuadro de cultivo y trasladaron a Zeto a otro cuadro. A mí me ofrecieron que fuera a trabajar a Turrialba en otras explotaciones cañeras de esos alemanes.

Recuerdo otro incidente en la hacienda de los Niehaus. Por ese entonces había regresado un hijo de los Niehaus que estaba en Alemania donde estudió la técnica de procesar la caña de azúcar. En ese país practicó el uso de las

armas de fuego y el joven en mención, para atemorizar a los trabajadores obligaba a un peón a ponerse sobre la cabeza una botella y de cierta distancia se la quebraba de un tiro. Esto nos indignaba. Por todas esas cosas que pasaban en la hacienda, pensé en aceptar irme a Turrialba para que no fueran a despedirme. Asimismo, mi padre resolvió trasladarse a San José. Puso una venta de frutas en los mercaditos de Plaza Víquez. Fue en ese negocio donde mi hermana Margarita que era muy buena costurera, conoció a Víctor Stancari con quien luego se casaría.

Partí para allá. Era el año 1928. Ese mismo año, mi padre resolvió trasladarse a San José.

En la ciudad de Turrialba trabajé en la hacienda Margot y en la hacienda Aragón, hasta 1931, en los cañaverales. Se me situó en un campamento, lo llamaban bache: doce habitaciones unidas a lo largo, con sólo una puerta cada una, todas pequeñas y oscuras. En ellas sólo había un camón, un banco y una mesa. Era de piso de suelo con un corredor a lo largo del bache y al final una pila para todos. Algo distante del bache estaban los servicios sanitarios que eran de hueco, producían mal olor, moscas y zancudos. Todos los días a las 5 de la mañana sonaban la sirena del ingenio como aviso para prepararnos y salir a trabajar a los cañales. El trabajo era el mismo que hacía en Grecia: abrir surcos, palear, chapear, cortar caña, deshojar y amontonar. Se entraba al trabajo a las 6 y se salía al mediodía. Se regresaba al campamento cansados y sucios, a limpiar y a afilar las herramientas, lavar la ropa que olía a monte y a sudor, para luego bañarse y cambiarse, si había otra mudada.

En la noche me dedicaba a practicar el dibujo; dibujaba imágenes de animales, a veces hasta de algunas personas y paisajes. Este trabajo me lo admiraban mis compañeros. Yo les obsequiaba todos los dibujos a fin de ganar amistad. Otros jugaban al tresillo o el tablero; algunos jugaban naipé ganando o perdiendo parte de su salario. Mientras se hacían estas actividades después del trabajo, se contaban hechos de toda clase. Por ejemplo, que hirieron a una

persona; que un trabajador había abandonado el hogar por sospechas de infidelidad de su mujer; que alguien había venido a trabajar para descontar alguna pena por un delito menor. Una noche encontré a un hombre en su habitación triste y afligido. Me dijo que pensaba en su esposa y los hijos, pues su situación era tan crítica que con lo que les mandaba les era difícil pasar, por lo que deseaba ir a verlos. A mí me emocionó aquello.

Yo me sentía solo y entre personas con distintas costumbres. Escribí a mis padres para contarles cómo era mi nuevo ambiente y saber de ellos. Mi padre me decía en sus cartas que todo joven estaba en peligro de caer en errores, si no era bien orientado por sus padres o por algún amigo. Me aconsejaba, que antes de tomar decisiones apelara a mis conocimientos, a mi conciencia, a los ejemplos que vi en ellos y a Dios.

Una noche a eso de las 6 de la tarde, salimos un grupo de trabajadores de la hacienda y nos dirigimos al centro de Turrialba. Recorrimos el pueblo, visitamos el Teatro Quesada, donde todas las noches pasaban películas de vaqueros. Tomamos un batido de papaya, hecho con leche, por diez céntimos; compramos entradas y nos subimos a la galería del teatro a ver una película sobre Texas. El argumento era la adquisición de los Estados Unidos del territorio de Texas por medio de la fuerza armada, en su clásica obra de expansión territorial. Difícilmente podré olvidar esa vez que fui al cine.

En esta ciudad tuve conocimiento de la situación que atravesaban los trabajadores en los bananales y de sus quejas ante el Congreso Constitucional. Luego traté de desarrollar mis facultades en el dibujo. Meses después, logré colocarme con mejor salario en el Cinema Quesada por consejo de un compañero. Me presenté una vez a hablar con el propietario del teatro, que también era el dueño de una cantina, Rafael Quesada, de Cartago; en esa ciudad tenía su residencia. Le planteé mi deseo de trabajar como dibujante de los carteles en que se anunciaban diariamente las películas. Don Rafael me propuso hacer

una prueba de mi habilidad para el dibujo y la pintura. Me recomendó venir al apartamento de películas y carteles para que conociera los métodos de trabajo. Ahí encontré a un joven de color, Teófilo Wilson. Me dio orientaciones sobre la preparación de los carteles, las pinturas y de cómo se programaba la distribución de las películas que se proyectarían en la semana siguiente, de acuerdo a cómo las repartía por el país la empresa Teatro Variedades.

El apartamento tenía dormitorio, baño y lavatorio. Había lugar para grandes resmas de papel periódico que se ocupaban para forrar los carteles y luego pintarlos. La película se anunciaba en seis carteles, y se le pegaba a la vez una o dos fotografías de cuadros emotivos, que se colocaban en diferentes lugares de la ciudad. También, se realizaba un trabajo delicado con tinta de colores en cuadritos de vidrio de dos y media pulgadas por cuatro. La tinta se preparaba agregándole alcohol y goma arábiga para que pegara. A estos cuadritos, el negro Wilson los llamaba "eslais". En ellos se dibujaba el vaquero en su caballo o cualquier otro motivo, y también se anuncianaban los nombres de las tiendas, comercios y sus artículos. Los "eslais" eran pasados por la máquina proyectora y se ampliaban así al tamaño de la pantalla. El primer "eslai" lo dibujé con la figura de Tim Mac Coy y su caballo blanco. El trabajo lo realicé con éxito. Tanto el negro como el patrono estuvieron satisfechos. Don Rafael me contrató para trabajar en el Teatro. De esa manera abandoné la hacienda La Margot.

Convine con don Rafael Quesada en hacer el trabajo de pintura de los carteles y recoger las entradas de las personas que iban al cine. El se comprometió a darme un salario de \$12,00 semanales, más la comida. La dormida la haría en el apartamento de pintura. Comenzó para mí un nuevo acontecer. Comía en la misma casa donde comía mi patrón. Mantenía muy buena amistad con Leonardo, hijo de la señora, que fue campeón de natación en el lugar y me enseñó a nadar. En ocasiones llegaba al apartamento de pintura y conmigo iba a colocar los carteles; me ayudaba a recoger las entradas en la puerta, luego nos acomodábamos para ver las películas. Las películas eran

mudas. Primero se proyectaba una explicación escrita de lo que acontecía en los cinco minutos posteriores de desarrollo, y así sucesivamente. Los domingos, el dueño del teatro contrataba una orquesta para ponerle música a la película. En ocasiones me ponía a maniobrar la ortofónica, pero era muy difícil hacer coincidir la música con lo que se proyectaba. Las películas, aunque el drama fuera corto, duraban horas porque se pasaban por rollos, quedando un espacio entre rollo y rollo. En ese espacio se proyectaban mis "eslais".

En una ocasión me tocó realizar una propaganda de carteles alusiva a la película "Santa Mía" protagonizada por Agustín Lara. Esta película formó en mi conciencia una inquietud sobre los problemas sociales de las ciudades; el porqué existían personas que vivían en gran miseria urbana. También recuerdo que cuando se anunció que en San José se proyectaría la primera película sonora, titulada "Con la canción en los labios", el día del estreno salió de Turrialba un tren lleno de gente para ver cómo era que se adaptaba la música a la imagen. El señor Quesada se preocupó porque en su Teatro se proyectaran esas películas. El método era novedoso, presentaba algunas anomalías, porque si no se ponía el disco de la música simultáneamente con la película, las melodías podían no estar acordes con el acto, y a la gente le daba mucha risa.

Además de Leonardo, tenía otros amigos: Rafael el operador del proyector; Guadí, pintor del Teatro Girton; Wilson el negro; los hermanos Giralt y una joven de color que me sorprendió en ocasiones porque sin avisarme entraba en mi habitación. Mi actitud hacia esa negra era negativa. Me sentía influido por algo extraño contra esa raza. Con estos amigos y otros, fui a varios paseos a La Suiza, al Río Reventazón, a pescar y nadar; y a ver la llegada del tren de San José. Recuerdo que a finales de 1931 llegó de Limón un tren cargado de personas de color, quienes venían de paseo. Supe que a esos paseos le daban el nombre de "picnic" y que llegaban hasta Turrialba porque el gobierno no les permitía pasar de aquí; no se les

permitía llegar a Cartago en agrupaciones, menos a San José. Este hecho me hizo comprender mejor mi actitud hacia la negra.

Pasado algún tiempo, regresé a Grecia por el año de 1933, después de rechazar las ofertas de don Rafael Quesada para que siguiera trabajando con él, aumentándome el sueldo a ¢15,00 semanales, y luego de preparar a mi amigo Leonardo para que se hiciera cargo de pintar los carteles. Llevaba una pequeña economía que me permitió tomar tiempo para aprender el oficio de la zapatería y ejercerlo al lado de mi hermano Gilberto. Mis padres habían regresado a Grecia, después de vivir un tiempo en San José y en Heredia. A este lugar se habían trasladado para trabajar con un italiano de apellido Stancarí, el esposo de mi hermana Margarita que también se había llevado a mis padres a trabajar con ellos en una soda. El italiano había pedido la mano de mi hermana mayor y contrajo matrimonio con ella. Margarita demostraba no quererlo para esposo. Sin embargo, mi padre creía que al tener el italiano medios económicos, el matrimonio podía efectuarse por conveniencia.

De Turrialba llegué a San José en marzo de 1933. Fuera de la Estación del Ferrocarril tomé un coche o volanta tirada por caballos que me trasladaron hasta la Plaza de la Artillería, donde está hoy el Banco Central. Ahí estaban las oficinas de Seguridad Pública, el Edificio del Congreso Constitucional, y al oeste se encontraba el estacionamiento de los vehículos que trasladaban a las personas a los pueblos lejanos. Estos vehículos estaban construidos de madera, la carrocería, y de lona, la capota. Eran llamados cazadoras. El camino hasta Alajuela era carretera regular y el de Grecia era trocha lastreada.

Llegué a mi casa ya de noche, con mis maletas; en una bolsa llevaba un gran racimo de pejibayes, cocos, pan y confites. Para mi padre, una rueda de cigarrillos Chesterfield y una toalla de ir a misa para mi madrecita.

La casa de mis padres era de madera, con sala, dos dormitorios, piso de madera y piso de suelo la cocina, con

fogón para cocinar con leña y un gran patio. Los tabiques estaban forrados o tapizados con papel periódico. En la sala había dos máquinas de coser que mi padre había comprado; tenían algunas piezas que no funcionaban pero él las arregló y las utilizaba en la hechura de pantalones que le pedía el Almacén de Otto Koper. Esa noche dormí en un esterón colocado en el piso porque no se contaba con muchas camas. Los esterones se hacían con tiras de las envolturas del vástago de plátano, arrolladas y atadas al final y por el centro a lo largo y a lo ancho.

Tenía 20 años cuando mi padre acogió mi decisión de aprender el oficio de la sastrería o el de zapatería. De ambos oficios tenía algunas nociones por lo que me era fácil aprender. Mientras mis hermanos menores iban a la escuela, yo aprendía oficios ayudando a mi padre en una de sus máquinas de coser pantalones y camisas. En las tardes iba a aprender con Gilberto el oficio de zapatero, utilizando su máquina en la zapatería Umaña. Yo había aprendido la hechura de pantalones y con ello me ganaba un salario igual al que tenía en Turrialba y había logrado ampliar mis amistades, haciendo pantalones. Estrechaba de nuevo mis relaciones con los amigos de infancia. Hacíamos muchos recuerdos de esa época. Me preguntaban si tuve novias y relaciones amorosas; si practicaba deportes; si bailaba; si ya era un hombre, porque para serlo era necesario oler a tabaco, a licor y a mujer. Les decía que era todavía un joven que pretendía tener cierto límite en esos campos siguiendo las orientaciones que me indicaban mis padres. Pero, que tenía buenos recuerdos de mis relaciones con otros pueblos que conocí; que todo me gustaba, especialmente el fútbol, la natación, los paseos en grupos como los "picnic"; pero el baile no lo sabía y deseaba aprenderlo. Me sugerían que ingresara como socio de un centro deportivo El Centro Obrero, donde se realizaban una serie de actividades recreativas, propias de la juventud.

En ese entonces, en Grecia había un gran desarrollo de la producción cañera, del dulce y del azúcar, que generaba otras demandas de productos en las sastrerías,

panaderías, zapaterías, mueblerías, talleres y comercio. El pueblo contaba con filarmónia que tocaba los domingos en el Parque unas magníficas retretas. Los jóvenes y personas ya maduras, unos en parejas, dábamos vueltas y vueltas alrededor del Parque, en grupos de uno y otro sexo, disfrutando las sonoras melodías. Ese conjunto musical estaba integrado por zapateros, entre ellos mi hermano Casimiro. El taller Umaña ya era una manufactura de calzado muy desarrollada. Se llamó La Norma. A finales de año, mi hermano Gilberto le comunicó al señor Umaña que yo podía trabajar bien en la elaboración del calzado Romano, zapato cosido, de varón; que me diera trabajo. El señor Umaña me solicitó a prueba y después de elaborar algunos pares, me llamó a conocer un contrato que él tenía con la Yunai Fruit Co. y me dijo que todo obrero que trabajara en su empresa estaría obligado a firmar y a cumplir. Así aprendí la zapatería, con el afán de ser un buen obrero, y a la vez practicaba el dibujo.



II

*Año de luchas  
contra la injusticia  
y la represión  
fue 1934*



**V**oy a narrar ahora mis primeras experiencias de trabajo y de lucha con los zapateros de Grecia y del país.

La empresa de calzado de don Elías Umaña estaba situada 75 metros oeste del edificio municipal. Era una construcción de cemento. Frente a la calle tenía un salón grande para el despacho con sus urnas de exhibición, ventanales y la puerta de entrada, al centro. Al este, había un portón de hierro y una tapia que limitaba con la escuela Eulogia Ruiz. Al lado oeste, había un cañón de la construcción dividido en cuatro aposentos de cuatro por cuatro metros: el primero era para el recibo del calzado elaborado; el segundo, era la planta de máquinas de alistado; el tercero y cuarto para montado del calzado con sus mesas largas y los correspondientes bancos de los obreros zapateros, cada una para quince o más. Al este, detrás de la tapia y del portón, había un patio.

Elías Umaña, antes de establecer esta manufactura de calzado fue Guarda Fiscal en Sixaola y luego, capataz de la Compañía Bananera, la Yunai. Este señor, al establecer su zapatería, suscribió un contrato con la United Fruit Co. ¿Por qué La Norma llegó a tener tanto obrero, más que las de San José, si estaba en Grecia? Sencillamente, por ese contrato de Elías Umaña con la Compañía Bananera. El encontró ahí un medio de ser empresario, de no ser capataz, y un mercado mirando a los trabajadores de la zona bananera y no al consumidor de San José.

¿Como era el zapatón que ahí se hacía? Era la piel de la res, sin color, toda blanca, amarillenta, a veces sin el pelo quitado. La lengüeta estaba pegada para que no entrara el agua. La suela era gruesa y con chimbolos, un clavito cabezón para agarrarse a la tierra. No era bonito. Era a la altura del tobillo. No tenía cordones de tela, sino del mismo cuero y unos ojetotes grandes con 5 remaches fuertes de cobre. Valía, creo que \$4,50. La compañía bananera le traía los clavos, chimbolos, martillos, cueros, cuchillos, limas, todas esas herramientas que compraba afuera se pasaban libres de aforos, sin pagar los impuestos de aduana. Era un zapato fácil de hacer. No había que lujar ni nada de eso, sino sólo armar la horma. Había obrero que sacaba 8 pares en una jornada. También se hacía un calzado más fino para vender en las ciudades.

El Contrato establecía ciertas normas mutuales. En uno de sus capítulos decía: "Todo trabajador tendrá derecho en caso de enfermedad a la atención del médico, la receta y sus primeras medicinas, nada más. Si la enfermedad continúa, será enviado a un hospital de caridad. Para ese efecto, la empresa queda autorizada a deducir del salario de los trabajadores la suma de veinticinco céntimos por semana. En caso de epidemias, la empresa sufragará los primeros gastos, pero estos fondos que acumula serán de su propiedad". Otro capítulo establecía que durante la existencia de este contrato, los trabajadores no tendrían derecho a solicitar aumentos salariales. Los salarios se pagaban por obra, o a destajo: \$0,10 por cortado, \$0,20 por alistado, \$0,60 por montado.

Entonces se ve claro, que en esta época el salario se regía por la ley del patrono quien establecía la cantidad a su gusto y cuando le viniera en gana; en este caso, era la Compañía bananera la que lo fijaba, a través de don Elías Umaña. No existían derechos para los trabajadores. Por estas cláusulas pude ver también, cómo la Compañía se comprometía a proporcionarle al dueño de la manufactura la materia prima que ella adquiría -lo supe después- libre de impuestos de aduana, y a comprarle toda la producción de calzado. Por su parte, Umaña se comprometía a

venderle toda la producción y a no aumentar los salarios durante la vigencia del contrato para evitar que se elevara el costo y el precio del producto. Este contrato lo firmaban los trabajadores bajo presión patronal, y porque había algunos incentivos de ayuda mutua entre el patrón y los trabajadores, tales como el ahorro obligatorio para auxiliar al trabajador cuando se enfermaba o se accidentaba. La ayuda en caso de enfermedad consistía en que el patrón pagaba la primera receta y la medicina.

El promedio anual de trabajadores era de 100 y el promedio de salarios semanales era de \$20,00 por persona. El total de salarios que se pagaba por semana era de \$2000. El ahorro obligatorio era de \$0,25 semanales, que el patrono le rebajaba a cada trabajador de su salario semanal. La receta médica valía \$2,00 y la primera medicina era aún más barata. Así, el fondo mutual era un gran negocio para el patrono, porque en el contrato se establecía que esos fondos eran propiedad de la empresa. Si el trabajador no mejoraba con la primera medicina, se tenía que curar por su cuenta o internarse en el hospital de caridad. A mí esto se me parece un poco a lo que después surgió como mutualismo solidarista.

Otra forma de explotación y de reducción de los salarios, consistió en que el patrono cada vez que en su hogar nacía un hijo suyo, les rebajaba a cada trabajador, de su salario, el 2,5%. Este porcentaje del promedio global semanal de salarios de \$2000, daba un salario de \$25,00 por semana y ese dinero lo iba depositando el patrono en una caja con el nombre del niño suyo recién nacido para formarle su capital inicial. Como queda demostrado, su hijo adquiriría un salario superior al del obrero. Esto se repitió hasta el tercer hijo. Es decir, se les había aplicado a los trabajadores tres rebajos de salarios para hacerle el ahorro a cada uno de los hijos del patrono y así formarles su capital a costa de los trabajadores.

A la manufactura o taller, se entraba a trabajar a las 6 de la mañana y se salía a las 11 a.m.; se regresaba a las 12 mediodía y se salía a las 9 de la noche. La jornada era a

veces superior a las 10 horas. Aunque este horario no se aplicaba en forma rigurosa para quienes eran deportistas y necesitaban realizar sus prácticas de 3 a 6 de la tarde. Después de las prácticas regresaban al taller, porque era el medio de obtener un mejor salario: con un mayor esfuerzo. También, si se sacaba la tarea que uno se proponía, a las 5 p.m. o a las 6 p.m. podía retirarse del taller. Generalmente, los más jóvenes nos retirábamos a esas horas. El trabajador permanecía todas las horas de sol en el taller.

En el oficio de zapatero se utilizan unas herramientas corrientes para todos: la pinza, el martillo del zapatero, cortadoras, lujadoras; la lezna que utiliza solamente el cosedor, es para coser calzado a mano. Suponiendo que ya la horma tiene la plantilla, entonces en la plantilla el cosedor hace un dibujo para sacar un berrugoncito y en ese berrugón se mete la lezna para que salga la horma y después mete la aguja para pegar en el hueco. Es puntiada y hay de varios tipos, unas puentiadas para zapato cosido y unas curvas. Luego la mesa bajita y el banquillo también bajito, que es tejido con tiras de cuero en cuadros de una pulgada para que el asiento no se mantenga caliente. Los zapateros son jorobados. Yo no lo soy, pero la mayoría lo eran porque el banco no estaba a la exactitud del cuerpo.

Esto que le estoy contando son enseñanzas del maestro Vela, un húngaro que estuvo aquí como Contramaestro, en la zapatería El Récord. Yo estuve con él. Me explicaba porqué los zapatos tienen hasta nombre, como el zapato romano que era de aquella época, muy suave; o el zapato italiano, de tacón puntiado. Le decía a uno cómo debe cortarse el cuero, cómo trabajar la suela para que tenga la flexibilidad en una parte de ella. El contramaestro es el zapatero que tiene todo el conocimiento, él sabe cómo se monta, cómo se alista, cómo se corta, cómo se toman las medidas. Si un alistador está con un problema en la máquina, él sabe cómo corregirlo; igual con el cortador, él le dice cómo saber acomodarse, qué hacer con un cuero que tiene partes gruesas y partes delgadas. Al terminar el

zapato, él es el que decía si el zapato estaba bien hecho o no. Ganaba más que los zapateros corrientes. Tenía que participar en todo el proceso, porque debía enseñar.

El aprendiz está con el obrero, éste lo orienta, lo aconseja para que sea más fácil el estudio del calzado. Hay obreros que no dan la talla para alistado, pero para montado sí; otros saben el montado del calzado de varón, pero para el calzado de mujer no sirven. Eso hay que irlo conociendo. Además, es una cuestión natural. Me especialicé en el zapato de varón. Yo era montador y la habilidad mía, parte del conocimiento del dibujo. Esas eran categorías dentro del oficio. El alistador es el que echa todas las costuras del zapato. El cortador, corta el zapato de acuerdo con la horma; el alistador hace el par, es decir los dos zapatos iguales, bien hechos; el cortador, parte las suelas. El montador pega la horma.

Firmé el contrato con Elías Umaña y se me ubicó en una mesa de trabajo. Los compañeros zapateros se mostraban alegres por mi éxito inicial y me señalaban que faltaba el bautizo para ser un verdadero zapatero. Una tarde fui sorprendido. El bautizo consistía en bañarlo a uno, con uno o dos baldes de agua de suela de muchos días de descomposición; a tal grado que soltaba todo el color del mangle con que se le da el color al cuero, quedando uno con un olor a teja. Pero el mismo día, en la noche, se celebraría el baile de bienvenida al grupo de zapateros, en casa de uno de ellos. Así fue: me bautizaron tan bien, tan bien, que tuve que ir al baño de la empresa en medio de grandes carcajadas, aplausos, vivas, palmetadas y la invitación al baile.

Ese día en la noche, aunque no sabía bailar, no podía perder la oportunidad. Llegué al lugar. Me recibieron con simpatía. El conjunto musical estaba integrado por tres personas: un cantante, uno con la bandolina y el de la guitarra. Tocaban pasillos, pasadobles, mazurcas. Todavía recuerdo una canción: Júrame. Y a mis compañeros Edgar, Abel Vega y su hermana Lelia; Carlos Castro; Beto y Vinicio Villegas y sus hermanas; Israel

Chaverri, su primo y su hermana; Macho y Mago Solano; mis hermanos Gilberto y Casimiro. El señor de la casa repartía copas de licor que animaban el espíritu y una de las muchachas trataba de enseñarme a bailar.

Este momento para mí significaba una página muy distinta en mi vida, de mayor responsabilidad frente al destino. Comprendía que pertenecía a una clase: a la que trabaja; que tanto los patronos de los cañales como los de la industria del calzado, eran los que le ponían precio al trabajo que uno realizaba; no era el jornalero o el zapatero quien podía poner el precio a su fuerza de trabajo... Pero, en Grecia, los zapateros no podían hablar de organizarse para defenderse y protestar por algo, porque los patronos unidos de inmediato, movilizaban a las autoridades para que los reprimieran.

Al acercarse el mes de diciembre de 1933, el patrono anunció que se aumentaría la producción como consecuencia de la demanda de la fiesta navideña, aunque en esa época: la Navidad, la festejaban sólo las personas de suficientes recursos económicos. Don Elías nos ofreció una fiesta e instalar en la planta de producción un radio, cosa totalmente nueva, desconocida para la mayoría, no sólo de los obreros, sino del pueblo en general; y además que el día 24 de diciembre nos obsequiaría licor, cigarrillos, confites y galletitas, todo eso a cambio de darle una producción mayor al 50% de la que veníamos dando.

Por fin llegó diciembre con su brisa del verano y las flores. El cielo estaba azul y despejado. El patrón colocó en el taller un radio que puso a funcionar todos los días. La radioemisora era la Voz de la Víctor. Oímos canciones de Agustín Lara, Pedro Vargas, Ortiz Tirado, Gardel, Libertad Lamarque y Tito Guizar. Entre las canciones más lindas estaban: Piensa en mí, Tu castigo se lo dejó a Dios, Por qué te vas, Amor de mis amores, Fuiste mía, Tus ojos me lo dicen, y otras. Algunas de ellas las aprendimos y las cantábamos dando serenatas a alguna joven que admirábamos. El ambiente de diciembre era festivo. Los días largos y despejados y las noches frías. La gente se

preparaba para la Nochebuena del Nacimiento del Niño Dios haciendo sus adornos de portal, los tamales, el pan de María Rosa, el guaro de contrabando para el rompope. Todas las personas, tanto de día como de noche, salían a ver los juguetes que traería el Niño a sus hijos; los novios iban y venían en busca del regalo que harían a sus novias; los que contaban con medios económicos viajaban a San José con ese fin.

El día 24 de diciembre a las 6 de la tarde, el patrón procedió a celebrar el acto que ofreció. En una mesa se encontraban bastantes botellas de licor, vasos, paquetes de cigarrillos, confites y galletitas para que los trabajadores llevaran a sus hijos. En uno de los aposentos, bien arreglado, estábamos todos los trabajadores, siendo atendidos por el hijo del patrón y dos señoritas, una de ellas mi hermana Victoria, recién empleada para el despacho. La noche fue de alegría; algunos cantaban, otros se reían, varios se pasaron de copas. Por mi parte, junto con mi hermana, recogimos lo que se nos obsequió y nos retiramos para irnos a reunir en nuestro hogar con nuestros padres y hermanos porque mi mamá nos esperaba con un café y tamales que ella preparó. Al día siguiente, en el taller mis compañeros de trabajo comentaban cómo fue para cada uno de ellos la Nochebuena, pero en mi mente sólo se mantenía la imaginación de aquel afecto mutuo, instintivo, lleno de emoción, propio de las formas sencillas de atraerse uno a otra, que jamás echaríamos al olvido Lili Soto y yo.

Antes de conocer a Teresa Rojas, quien fuera mi primera esposa, entre Lili Soto y yo había existido una relación amorosa. Su familia llegó a vivir a Grecia, cerca de mi casa. Venían de Tacares. Su padre había comprado esa propiedad con casa de habitación de corredores, un solar sembrado con caña y una pequeña finquita de unas cuatro hectáreas de potrero y agricultura. Por ella pasa el Río Poró, 300 metros al sur. Tenía su yunta de bueyes, su bestia y otros animales. Uno de sus hijos era propietario de un vehículo de carga. El señor Soto era un hombre de aspecto fuerte, energético y trabajador. Lucía su carreta con

bueyes. La hacía cacarear cuando la cargaba de dulce o de caña. Eso para él era un orgullo. Su caballo era de color gris plomo con crin y cola vistosa, de mucho brío. Su hija Lili lo montaba en pelo y lo jineteara al pasar por el frente de mi casa, lo animaba a correr con gesto alegre; le aflojaba las riendas con ágil movimiento. Se le alzaba la falda. Yo la admiraba. Esa familia se ganó el afecto de los vecinos.

Para la Navidad de 1933 la primera casa que visité para conocer el portal fue la de la familia Soto. Nos recibió doña Catalina. Pasen adelante, nos dijo, mi portal es humilde, igual al nacimiento del Niño Jesús, como es mi casa y mi familia. Doña Cata era una mujer amable, de regular estatura; vestía una enagua café, blusa beige, llevaba delantal a la cintura adornado con una bolsa. Su cabello era negro, peinado de carrera al centro y con trenzas. Nos presentó su portal adornado con flores de colores que ella hacía, con lana y macetas rodeadas de guirnaldas. El pasito era grande, de madera, con toda clase de figuras.

Mientras mirábamos el portal se nos acercó Lili. Era una joven hermosa. Sus mejillas hechas de rosas, su busto gallardo como campesina sana, llena de gracia y armonía. Su cuerpo se destacaba entre las jóvenes; sus ojos y pupilas me estremecían. Viéndola, pensaba en su dulce figura. Sentía que en ella cimbraba su cuerpo de alegría; que aquello no eran inocentes fantasías. Vestía de blanco con al lado y con su natural cortesía nos indicaba servirnos un delicioso café con tamal. Luego nos despedimos. Lili nos acompañó hacia el portoncillo que quedaba a orilla de la calle después del jardín, en donde ella se quedó entre sus flores. Días después, una mañana, recibí una nota manuscrita en un sencillo papel que me mandó Lili. En él me decía que el domingo siguiente podríamos salir juntos a ver portales a las 3 de la tarde.

Llegó el domingo y a la hora señalada yo miraba con inquietud, desde mi casa, hacia la puerta de la casa del señor Soto. De pronto se abre el portoncillo del jardín. La vi salir

y que se dirigía en sentido contrario de donde yo me encontraba, dándome a entender que su familia no debía enterarse de nuestra amistad. Por otra calle busqué el encuentro con ella. Juntos y llenos de emoción nos dirigimos a visitar portales. En el trayecto conversábamos sobre la forma de mantener y estrechar aquella feliz amistad. Lili me informada de la negativa actitud de sus padres para que ella tuviera amistad con hombre alguno, antes de cumplir los 21 años. Tratando de no despertar comentarios en el recorrido, decidimos entrar al templo y ver su portal. Salimos del templo por la puerta del costado norte; caminamos hasta el punto donde nos encontramos y tomándonos otra vez las manos, ligamos nuestros corazones para futuros encuentros. Así nos despedimos.

En el taller, en algunas ocasiones, cuando el patrón y su hijo Aquiles se ausentaban, los trabajadores abríamos discusión sobre los problemas económicos, el alto precio de los artículos de primera necesidad y de que no se nos permitía pedir aumento de salario; por el contrario, más bien se habían rebajado los sueldos. Nos preguntábamos qué hacer y por dónde empezar. A veces oíamos por el radio que instaló el patrón, algunas noticias de otros países sobre movimientos de los trabajadores luchando por mejores salarios. Aunque esporádicas, esas noticias nos iban despertando e interesando en hacer algo por el mejoramiento de nuestras condiciones de vida y de trabajo. Yo veía que dentro del taller se gestaba una lucha en la que me proponía jugar un papel como otras tantas veces, en la escuela y en la hacienda. Fuera del taller la cosa era diferente. Del trabajo salía entre 5 y 6 de la tarde. Me iba a casa a bañarme, comía y me arreglaba para dirigirme a algún sitio, frecuentemente al Centro Obrero que se había creado hacia 1921, con objetivos de recreación y para realizar actividades de ayuda mutua entre los socios trabajadores.

En Grecia seguí practicando el dibujo y hay un hecho interesante que quiero contar. En 1934 dibujaba en un apartamento de la casa cural, concedido por el cura párroco Jafet Jiménez. En la iglesia trabajábamos un con-

junto de dibujantes que lo integrábamos Hernán Cruz, Laudencio Durán, Carlos Picado, y yo. En nuestros cambios de impresiones cada uno decía lo que quería expresar en su pintura, sus sentimientos y sus anhelos de lo que seríamos en la vida. Laudencio dibujaba en su tablero una imagen del Corazón de Jesús; Hernán realizaba una ampliación de una fotografía de las hijas de Raúl Vega, y a Joe Luis, que iniciaba su carrera de boxeador; Picado pintaba la imagen de un Angel. Yo pintaba una pantera, pero debajo de la tela había otra pintura disimulada, y ésta era de una india al desnudo entre ramajes secos, figurando la belleza de la nativa tica, la que lavaba en los ríos.

Por esos años había venido a Grecia un joven sacerdote llamado Víctor Manuel Sanabria quien fungía como coadjutor. Un dia fui sorprendido por el joven sacerdote Sanabria. Quise tapar la pintura, pero él me lo impidió. Nos dijo: muy interesante ese arte, esta pintura me trae recuerdos de la Virgen de los Angeles, de Cartago. ¿Ustedes creen en ese hecho histórico de Costa Rica?, nos pregunta. Yo le contesté, que a pesar de lo creyentes que eran mis padres, quienes afirmaban que esa Virgen se movía y que su aparición era cierta, yo no lo creía. Sanabria sonrió y nos convocó a una reunión para la noche siguiente, a oír sus expresiones filosóficas y la leyenda de la Virgen de los Angeles costarricense.

La reunión fue muy agradable desde el punto de vista de los sacrificios del joven sacerdote, hijo de una familia humilde de Cartago, nos habló de su viaje hacia Europa, trabajando en el barco que lo llevó, y de las experiencias acerca de los acontecimientos políticos y sociales que se daban en el Viejo Continente, en esa época. Finalizó, narrando una leyenda de la Virgen de los Angeles que él consideraba verdadera.

Nos explicó cómo después del descubrimiento de América vinieron a Costa Rica los españoles a explotar nuestro territorio y se posesionaron del Valle del Guarco, Cartago. En ese lugar los nativos tenían una sociedad ya formada que en sus inicios tenían sus dioses, sus ídolos, vivían

como un comunismo primitivo, tenían su propio valor de la libertad y no aceptaban subordinación de otros pueblos. A los españoles les era difícil someterlos a trabajar bajo su explotación. Los sacerdotes españoles que se asentaron en el Guarco, pusieron en práctica métodos usados en el Viejo Continente para atraer a la juventud india a la iglesia católica, desviándolos de sus dioses, hacia la creencia espiritual de ellos y agruparlos alrededor de su imagen, representada en una indita de piedra, y así poderlos explotar como mano de obra. Forjaron de piedra la imagen de una nativa "india", luego fue puesta en la piedra que se encuentra en la fuente; en un breñal armonizaron diferentes ceremonias a donde acudían los indígenas hasta lograr orientar gran parte de ellos a la creencia espiritual católica. Esta práctica duró varios años y entonces levantaron un pequeño templo que, al transcurrir los años se fue transformado en lo que hoy es la Basílica, concluyó el sacerdote Sanabria. Yo entendí que en esa ocasión se reflejó un hecho cierto, hombres que no quieren ser explotados por otros hombres: la lucha de clases.

Este trabajo de dibujante en la iglesia, me facilitó también hacia el año 1934, participar en la creación del cuerpo de cadetes. En una de esas visitas al templo me enteré que el sacerdote Jafet Jiménez abriría la inscripción de jóvenes para formar el cuerpo de cadetes y que organizaría un turno para recaudar los fondos que le permitieran financiar esa actividad. El turno se celebraría en las fiestas de San Isidro Labrador. El domingo que se celebraron esas fiestas, desde las 5 de la mañana las bombetas y las dianas despertaron al pueblo de todos los distritos para que se preparan a asistir a la misa y al turno. De la Argentina, Puente de Piedra, Pilas, Tacares, Santa Gertrudis, San Roque, Los Angeles y Sarchí venían las caravanas lindamente decoradas repletas de productos de la tierra... Al paso de las yuntas de bueyes con sus carretas, al traquetear de las coyundas y al ruido de las ruedas, se iba formando un desfile frente a la iglesia. Entre las personas divisé a Lili, mi morena adorada, que al cruzarnos la mirada hizo cacarear las bocinas de su carreta cargada. En el atrio de piedra estaba San Isidro Labrador mirando

hacia la montaña y el sacerdote bendiciendo, con agua bendita, a cada carreta que pasaba. En el patio, frente a la iglesia, se agrupaba la gente, la cimarrona tocaba alegramente. El pueblo ayudó mucho económicamente.

Yo fui de los primeros en alistarme para integrar el cuerpo de cadetes; pero no sólo eso, sino que me ofrecí, junto con mi padre, para hacer los uniformes. A mi casa llegaban los jóvenes a tomarse las medidas para la hechura de sus vestidos de cadete. Yo ayudaba a mi padre, de noche y los días domingos. El saco era blanco con charreteras y solapas verdes, pantalón blanco con franja verde de la cintura al ruedo por los lados de afuera. Gran número de jóvenes de diferentes oficios se enlistaron. También llegaba Lilí. Algunas de esas noches en que lograba salir de su casa, se dirigía a la mía, entraba por un momento y con aquella humildad, pero inquieta como ella sola, revisaba y admiraba la combinación de los colores del uniforme para los cadetes.

El Gobernador de la provincia de Alajuela cooperó, enviando a un Coronel para que diera las instrucciones más precisas para la formación del cuerpo de cadetes, tales como portar los fusiles y las bayonetas, o ponerse en posición de disparar. Dos días a la semana, durante dos horas en la tarde, el Coronel nos daba las instrucciones de la disciplina militar, los movimientos de presentar armas y marchar al toque de trompeta. Al conjunto de la filarmónica municipal se le impartían todas las instrucciones que recibía el cuerpo de cadetes y se le proveyó de sus uniformes. Todo el pueblo de Grecia se manifestaba de acuerdo con los propósitos del cura. En todo lugar se oía hablar de los cadetes: en las casas, en el comercio y en los centros de trabajo. En el taller de zapatería, ese era el punto de conversación en vista de que la mitad de los zapateros estaban formando ese cuerpo y el de la filarmonía. Pero este hecho no nos permitía analizar en forma consciente la delicada situación económica por la que estábamos pasando en el país, que no dejaba de ser muy crítica en aquellos años treinta.

El cura anunció que el primer domingo de julio se efectuaría la primera parada militar del cuerpo de cadetes debidamente uniformados y con sus armas; luego habría un desfile y una misa de tropa. A las 5 de la mañana las bombetas despertaron al pueblo, seguidas de la alegre diana. A las 7 se oyó el toque de corneta llamándonos a filas. Ya en filas, en posición de descanso y con las armas en la mano, se alertó de los movimientos que íbamos a realizar. Estábamos frente al edificio militar. El toque de corneta llamó a posición de firmes y seguidamente, armas al hombro. El tambor marcaba el compás y luego, en marcha, alrededor del Parque hasta situarnos frente al templo. A las 8 de la mañana entró la tropa al templo. Dentro de él, el paso de los cadetes, al compás del tambor se oía uniformemente bajo la dirección del Coronel Leitón. La iglesia se llenó totalmente. El sacerdote inició la misa y luego dio la programación de los actos y maniobras de los cadetes para trasladar la nueva imagen de la Virgen de los Angeles, desde la Basílica de Cartago hasta la iglesia del distrito de los Angeles de este Cantón para celebrar ahí las fiestas del 2 de agosto.

Los días de la semana siguiente, en los hogares, las escuelas, pulperías y el club deportivo solamente se hablaba de los cadetes. En el taller se hacían comentarios sobre el perfecto dominio de la disciplina. Los que éramos cadetes acelerábamos el trabajo para cumplir con la tarea y terminar temprano para ir a participar en las prácticas. El patrono Umaña no estaba conforme, pero se daba cuenta de que la mayoría de sus trabajadores formaban parte del cuerpo de cadetes y de la filarmonía, por lo que se mantenía tolerante. Los trabajadores comprendíamos muy bien la situación y la estábamos aprovechando; sabíamos que unidos en regular número, alcanzaríamos todos los permisos y, algo más, yo influía en el ánimo de mis compañeros para mantener esa decisión.

El domingo siguiente, a las cinco de la mañana se oía el clarín llamando a filas a la tropa. Frente a la iglesia se encontraban estacionados varios vehículos para transportar a los cadetes y acompañantes. Unos venían a des-

pedirlos y otros a acompañarlos hasta Cartago. La despedida fue entusiasta. En la caravana, en los vehículos de adelante iban la filarmonía y los cadetes, detrás la gente que los acompañaba. Ya en Cartago, frente a la Basílica de la Virgen de los Angeles, en la calle, los cadetes realizamos las maniobras de carácter militar, bajo la dirección del Coronel Leitón. Luego, en filas de cuatro en fondo y con las armas al hombro, entramos al templo, a la misa de tropa. Unas horas después regresábamos con la nueva imagen que dejaríamos en la Parroquia de Alajuela. Realizamos una marcha ligera y colocamos la imagen en un altar, hasta el siguiente domingo en que se le dedicaría la misa. Hecho esto continuamos hasta Grecia. Ocho días después, los cadetes regresamos a la ciudad de Alajuela. El pueblo de Grecia nuevamente se congregó frente a la iglesia para despedirnos. En el Parque de Alajuela se congregaba la gente, con el Obispo y el Gobernador recibiendo calorosamente frente al cuartel. En medio de aplausos, la tropa realizó sus maniobras; dimos una vuelta marchando alrededor del parque y seguidamente entramos a la misa de tropa. Regresamos a Grecia y en formación de cadetes dejamos a la Virgen de los Angeles en el Altar Mayor.

El 2 de agosto, desde las 5 de la mañana estábamos listos para que al ser las 8 a.m. formáramos filas frente al edificio municipal de Grecia e iniciar el desfile a la iglesia. Con un bellísimo pasodoble que ejecutó la filarmonía, dio arranque el desfile de la tropa. Se veía elegante con su uniforme y quepis blanco y los adornos de verde. El pueblo entusiastamente nos aplaudía al entrar a la iglesia. El cura Jafet realizó una corta ceremonia y luego acompañamos a la Virgen, en romería, hasta el distrito de Los Angeles donde quedaría para siempre, después de que participamos en la última misa de tropa. Días después el Gobernador recogió las armas.

De los que fuimos cadetes, del pueblo y del sacerdote, sólo quedó el recuerdo de aquellas imágenes. En la zapatería hacíamos comentarios. Considerábamos que nuestra actividad fue noticia de importancia nacional; había gratos

recuerdos y una magnífica experiencia de disciplina y de organización. Esto de los cadetes tiene importancia por el contacto con el manejo de las armas y la disciplina para presentar un acto de carácter militar. Eso lo llena a uno, y lo pone en disposición para cualquier momento de una lucha con armas. A mí me ayudó después cuando la Guerra del 48. Ya tenía un conocimiento de maniobras y de manejo de armas. Porque los cadetes no eran sólo para dar una vista bonita a un grupo de gente, sino que también se enseñaba cómo se disparaba y cómo se defendía uno. Entonces, se lograba no tener temor para participar en hechos de ese tipo. Fue también muy importante como tema de conversación.

Por el año de 1934 participé activamente en la huelga de zapateros de Grecia que duró más de 22 días. La ciudad de Grecia a partir de la primeros diez años del siglo era el cantón de mayor producción de azúcar y dulce; además se desarrollaron otras fábricas de sillas, carretas, talleres de muebles domésticos sencillos y de ataúdes, panaderías y sastrerías. Ya en 1921, los obreros habían constituido un centro mutualista que lo llamaron el Centro Obrero, y que aún existe. Sus estatutos establecen ciertos derechos a los asociados. Consisten en ayuda económica en caso de matrimonio, enfermedad y para cubrir los gastos de los funerales en caso de muerte. De los fundadores, recordamos a Eugenio Suárez, sastre; Francisco Arias Fernández, mecánico; Rafael Dobles, telegrafista; Oscar Picado, zapatero y a Ascensión Bolaños Valverde, jornalero. En 1934 había en Grecia cuatro talleres de zapatería y el que agrupaba la mayor cantidad de trabajadores, entre 80 y 100 era la manufactura de Elías Umaña e Hijos.

Es interesante conocer algunos hechos anteriores de la lucha de los trabajadores de Costa Rica de aquel entonces, para comprender la huelga de los trabajadores del calzado de Grecia, principalmente las huelgas que llevaron a cabo en 1934 los zapateros de San José y los obreros bananeros de Limón.

A partir de 1929 estalló una gran crisis que estremeció a todo el sistema capitalista mundial. Esta crisis llegó a Costa Rica a través de los bajos precios que en el exterior pagaban por nuestro café. Provocó una desocupación muy grande que puso al pueblo al borde de la desesperación. De 1930 en adelante, la crisis se manifestó con características muy graves. Los patronos de zapaterías así como de otras industrias del país, comenzaron a tomar medidas para defenderse, proteccionistas a su manera, todas ellas encaminadas a descargar sobre los hombros de los trabajadores todo el peso de la crisis. Redujeron los salarios hasta en un 50%.

Esto significó para los trabajadores ver sus salarios reducidos a más de la mitad, en aquellos que aún no eran víctimas de despidos masivos, tan frecuentes en aquella época, los cuales se hacían con el doble propósito patronal de establecer una oferta de mano de obra más barata. Los patronos comenzaron a capitalizar en su provecho la ley de la oferta y la demanda de brazos, estableciendo rebajos periódicos de salarios. Los trabajadores, a pesar del gran perjuicio económico que esto significaba, no tenían más remedio que aceptarlo por falta de leyes laborales apropiadas, y principalmente porque estaban desorganizados. La situación era tan grave, que en noviembre de 1933 el Congreso de la República dictó la Ley de Salarios Mínimos, la Ley No. 14. Estipulaba que ningún trabajador podía ser remunerado en el territorio nacional, con un jornal inferior a ₡1,00 y ordenaba a la Secretaría de Trabajo que organizara la Oficina Técnica del Trabajo. Los rebajos de salarios de los años 30 al 34 alcanzaron un 40%. Si a esto le sumamos la reducción de la producción, los trabajadores estaban obligados a subsistir con un salario aproximadamente del 30% de lo normal.

El 26 de enero de 1934 los zapateros de San José se lanzaron a la huelga porque rechazaban un rebajo en sus salarios y como respuesta a esa actitud patronal, más bien exigieron un aumento. Ante esa noticia, nosotros en el taller discutíamos el asunto. Resolvimos convocar a los obreros de Grecia, tomando toda clase de precauciones y

nos reunimos a altas horas de la noche en la caballeriza de un señor Sánchez, ubicada al costado norte del Mercado. Todo se haría en la forma más discreta posible. Esas asambleas eran numerosas. Alumbrándonos con candelas, de 7 a 8 de la noche, grupos de no más de 2 ó 3 personas, entraban a la caballeriza. Se resolvió enviar un saludo solidario a los zapateros en huelga, y una ayuda económica que fue recaudada. En una de ellas tomaron el acuerdo de nombrar una delegación integrada por el alistarador Beto Soto y Juan Rafael Morales Alfaro, quienes llevarían a los zapateros de San José el mensaje de los zapateros de Grecia.

Al día siguiente casi de madrugada nos dirigimos a San José. Llegamos temprano y establecimos contacto con los huelguistas. Recorrimos la Avenida Central. Del Bar Chelles hasta la cantina El Cometa, estaban las zapaterías Indiana, La Renaciente, El Récord, La Cosmos, El Fénix y La Costarricense; y por la iglesia del Carmen, la zapatería Araujo. Todas con numeroso personal. En las aceras, frente a cada una de estas zapaterías, se encontraban las mesas y banquillos de cada uno de los zapateros en huelga, como protesta y como respuesta decisiva de los trabajadores para establecer, a partir de ese momento, un organismo que impediría que se descargara la crisis existente sobre las espaldas de ellos, y para luchar por mejorar sus condiciones de vida y de trabajo.

En la tarde de ese día participamos en un desfile con carteles alusivos a las demandas planteadas por los zapateros. En la noche estuvimos en la asamblea que celebraron ellos en el Salón Induni, 200 metros oeste de la Botica Victoria, en la Avenida San Martín. En esa Asamblea se echaban las bases de la constitución del Sindicato de Zapateros de San José. Conocimos a los dirigentes Rodolfo Guzmán, Víctor Mora, Emilio Moscoa y otros. Entregamos nuestro mensaje de solidaridad, el cual, fue recibido con un prolongado aplauso porque fortalecía el espíritu combativo. Me entusiasmó la intervención de Víctor Mora cuando dijo, que él fue el último en firmar el pliego de peticiones que se le

entregó al patrono de La Renaciente, y que éste, al romperlo, partió su firma; pero que no sólo la firma daba por la lucha de la clase obrera, sino su vida, si fuera necesario.

En esa grandiosa asamblea, los miembros de la Comisión de Zapateros de Grecia, fueron enterados de los problemas que motivó la huelga, y su curso; así como de la unidad férrea, disciplina y combatividad de los trabajadores zapateros. Era una huelga de grandes proporciones porque levantaba el entusiasmo de las masas de obreros y artesanos de otros gremios.

#### *¿Cómo habían ocurrido los hechos?*

En enero del 34 en la Zapatería Renaciente, el día 25 a las 11 a.m. hora de entrega del calzado elaborado y de recibir un vale con el monto del salario por par entregado, el primer operario que entregó el trabajo se dio cuenta de que, su vale venía con \$4,50 en lugar de los \$5,00 que era el salario corriente por par elaborado. Los trabajadores, lejos de presumir que se trataba de un nuevo rebajo en los salarios, se permitieron darle bromas a Ramón Ortega, señalándole que su trabajo era de baja calidad. Pero al continuar la entrega del trabajo terminado por sus compañeros, se dieron cuenta que el rebajo salarial era para todos. ¿Qué hacer ante esa situación?

Por fin se llegó al acuerdo de que, lo que convenía hacer era plantearle con decisión al patrono, por medio de un pliego firmado por todos los trabajadores, que no estaban de acuerdo con la injusta medida de rebajar los salarios que ya no alcanzaban para vivir. Se consideró que el pliego debía estar redactado en forma cortés y educada. Se comisionó a los zapateros Francisco Loaiza y Rafael Gómez Paut para buscar a la persona que redactara el pliego citado, alguien entre los zapateros con más elevada cultura. El pliego de peticiones decía textualmente:

San José 25 de enero de 1934

Señor Francisco Cersócmo,  
proprietario de la Zapatería La Renaciente.

Estimado señor:

Nosotros los abajo firmados, obreros todos de su zapatería, con el debido respeto, exponemos lo siguiente:

Primero, no estamos de acuerdo con este último rebajo de nuestros salarios por considerar que se nos hace imposible vivir con un salario tan reducido.

Segundo, el rebajo en sí significa una injusticia por no haberse nos comunicado con anticipación. Por lo expuesto pedimos que revoque el último rebajo, apelando a su nobleza.

Atentamente, Rafael Gómez, Francisco Loaiza, José Gómez, Manuel Valverde, Carlos Céspedes, Ramón Porras, Ramón Ortega, Santos Chavarría. El último en firmar fue Víctor Mora Mora.

El patrono, señor Cersócmo, al recibir el documento lo rompió sin siquiera sacarlo del sobre y mucho menos leerlo. El cesto de la basura recibió los destrozos de un documento planificado con toda consideración y en el cual confiaban plenamente los zapateros. ¡Qué lejos estaba este patrono de imaginar siquiera que este acto de agresión e incultura despertaría en el ánimo de los trabajadores todo un sentimiento clasista y revolucionario, decidiéndose a la lucha después de cuatro largos años de sufrir maltratos, rebajos constantes de salarios y represalias de todo tipo! Y más lejos estaba aún de suponer que su proceder, muy corriente por cierto entre los patronos, sería la chispa que pondría a funcionar el motor para la formación de un sindicato que será luego, el eje de todo el movimiento sindical costarricense.

Los salarios que establecían las zapaterías La Renaciente y El Récord, propiedad esta última del ciudadano polonés Marcos Rosenzway eran el barómetro de los salarios en todo el país. Los trabajadores de El Récord no habían sido

notificados del nuevo rebajo de salarios, pero sabían con certeza que les llegaría, a más tardar en pocas horas. Así era la técnica acostumbrada. Enterados como estaban del rebajo de salarios en La Renaciente, estaban pendientes de las gestiones de estos trabajadores y comenzaron a agruparse en la esquina del Hotel Costa Rica a esperar noticias.

A la una de la tarde de ese día 25 de enero de 1934, los obreros de la zapatería La Renaciente resolvieron hacer abandono del trabajo, como protesta. Una gran cantidad de las mesas de trabajo de estos zapateros con sus tradicionales asientos protegidos con las tiras de suela, fueron colocadas en la acera frente al establecimiento comercial La Renaciente. Demasiado amargados e indignados estaban los trabajadores para prever que aquellos trebejos estorbaban y que molestaban, más que al patrono, a los mismos transeúntes. Los trabajadores de La Renaciente se unieron con los del Récord y ahí frente al Hotel Costa Rica, Efraín Jiménez, alistador de este taller, el obrero mejor preparado en los problemas socioeconómicos, señaló la pauta a seguir: no basta con el abandono del trabajo como protesta, –dijo–. Es necesario declarar la huelga inmediatamente. Y así se hizo. Fue en esa esquina y a esa hora donde los obreros zapateros de ambos talleres declararon la histórica huelga de San José.

En las siguientes horas de la tarde, se reúne un considerable grupo de obreros alistadores y nombran un Comité de Huelga provisional, integrado por: Efraín Jiménez Guerrero, Secretario General; Ricardo Molina Leitón, Secretario de Finanzas; Víctor Mora Mora, en Actas y Carlos Luis Naranjo Argüello, en Correspondencia. Se acordó suscribir un pliego de compromiso moral para asegurar y fortalecer la unidad del gremio. Dice así el documento solidario de los alistadores:

San José, 25 de enero de 1934.

Los abajo suscritos alistadores de zapatería nos comprometemos formalmente por este medio a apoyar a los montadores de zapatería, no sólo negándonos a prestar nuestro concurso a los patronos, sino también, luchando por impedir a todo trance que rompehuelgas hagan fracasar este movimiento."

Firman: Efraín Jiménez Guerrero, Ricardo Molina L., José Antonio Soto G., Carlos Luis Naranjo, Francisco Aguilar, Reinaldo Sequeira, Marco A. Alfaro, Ernesto Zúñiga, Alfredo Castillo, Francisco Mora, Edwin Arburola, Eliécer Romero Casorla, Ramón Meneses, Alejandro Castillo, Miguel Ángel Mora, Carlos Alvarado, Enrique Molina Leitón, Arnaldo Ortega Morales, Franklin Quesada, Alfredo Madrigal, Raúl Moreno, Luis Esquivel, Francisco García, Oscar Piedra, Humberto Romero Casorla, Manuel Hidalgo, Francisco Rojas, Ricardo Ulloa, Víctor Mora Mora y Juan Vargas Valenciano.

Asimismo, se acordó hacer un recorrido por todas las zapaterías y talleres, convocando a sus obreros para un desfile al día siguiente.

El día 26 de enero de 1934, cumpliendo el acuerdo del día anterior, más de 100 trabajadores de estas dos zapaterías iniciaban un desfile de huelguistas por las más importantes calles de la capital, invitando a todos los trabajadores del calzado, sin distinción de categorías, a unirse a la huelga. Lograron incorporar a casi la totalidad de los zapateros de San José. La policía, fuertemente armada, en carro su Comandante señor Pancho Bonilla, con ametralladora en mano, "acompañaba" el desfile. Asimismo se destinó, una ambulancia como prevención por si acaso algún huelguista sufría un accidente, por el escape de un tiro de alguno de los policías. El desfile remató en el Salón Induni, local situado en la Avenida San Martín, 200 metros al oeste de la Botica Victoria, cedido en préstamo por el Partido Bloque de Obreros y Campesinos. En ese Salón se celebró la primera y magna Asamblea, correspondiéndole la dirección de los debates a Rafael Arias.

Efraín Jiménez hizo una interesante intervención, informando que los acontecimientos que convueve al gremio de zapateros de San José se estaban extendiendo a Guadalupe, Cartago y a otras provincias del país. Dio a conocer la integración del Comité de Huelga Provisional y el trabajo que se realizaba en la elaboración de los pliegos de peticiones y condiciones de arreglo en las diferentes categorías de producción del calzado. La Asamblea tomó los siguientes acuerdos:

Darle un voto de confianza al Comité de Huelga por todo lo actuado y declararlo Comité Permanente.

Declarar los pliegos de peticiones y condiciones, como base de arreglo.

Declarar la huelga general de los trabajadores del calzado de San José.

Se había logrado llevar al gremio de los zapateros a la huelga general por la reconquista de los salarios, más un aumento de ¢0,50 y hasta ¢1,00 por par de zapatos elaborado en las diferentes categorías; por un mejor trato y por la firme determinación de crear el Sindicato.

También, se estaba abocados a resolver el agudo problema de la ayuda que necesariamente había que darle a los trabajadores en huelga. No se tenían fondos, ni la organización; apenas se contaba con el entusiasmo y la decisión de lucha, pero esto no bastaba, sobre todo para los obreros con familia. Había que tomar medidas inteligentes que encantaran con acierto la situación. Se necesitaba comprar gran cantidad de víveres para ayudar a un millar de huelguistas y hasta ese momento no se sabía qué hacer. El Partido Comunista, partido de escasos recursos económicos que se mantenía con cuotas de los trabajadores afiliados, ofreció una pequeña ayuda económica, siendo aceptada con aplausos entusiastas. Se nombraron Comités de Vigilancia para cada taller y se recomendó a los huelguistas estar atentos a mara de cada acontecimiento, y se señaló el que informaría como lugar permanente de asambleas.

En la tarde, de ese mismo día, se reunió el Comité de Huelga para tratar sobre el nombramiento de un subcomité de huelga que se mantendría en privado, en caso de que el Comité Permanente fuera apresado. Se tomó esa medida por el despliegue de la policía realizado por el gobierno durante la mañana. Todo hacía suponer esa posibilidad. El subcomité quedó integrado por Rafael Arias, Guillermo (Firfo) Sánchez, Carlos Luis Céspedes y Rodolfo Guzmán. Se acordó además, presentar los pliegos a los patronos, elaborar listas de contribuyentes voluntarios para el mantenimiento de los huelguistas y convocar para el día siguiente sábado, a otra Asamblea General.

A las 10 de la mañana de ese día sábado 27 de enero de 1934, se inició la Segunda Magna Asamblea. No estaba presente Efraín Jiménez. Presidió Rafael Arias. El Comité rindió un informe y señaló que los pliegos de peticiones para levantar la huelga eran aceptados por los patronos Carmelo Fiorentino y Salvador Zeledón. Rafael Arias propuso una moción. No entrar a trabajar a estos talleres, hasta que el último patrono no hubiera firmado el pliego de condiciones. Es necesario, agregó Arias, que la huelga se mantenga para presionar con mayor firmeza y provocar más pronto el arreglo. La moción fue aprobada, impidiéndose un arreglo con los talleres de Zeledón y Fiorentino. Se dio lectura a los mensajes de solidaridad de los tipógrafos y los panaderos. Se recibieron ayudas económicas. Estuvimos presentes dos delegados zapateros de la ciudad de Grecia, Beto Soto y Juan Rafael Morales. Expusimos el mensaje de apoyo de los obreros zapateros de Grecia y les expresamos la posibilidad de que fuéramos a la huelga, al ser víctimas de igual explotación por parte de la Yunai, a través del patron Umáña, zapatería que agrupaba a 110 obreros. ¡Cómo fortalecen moralmente éstos y muchos otros mensajes solidarios de los trabajadores costarricenses! Luego se repartieron víveres a los huelguistas de mayores necesidades. La ayuda consistía en una tapa de dulce, una libra de arroz, otra de frijoles y un poco de mantequilla. Se convocó para el lunes 29 de enero a otra Asamblea General.

En esa asamblea presidió Efraín Jiménez. Pidió a los asambleístas revocar el acuerdo de la asamblea anterior que impedía negociar por separado. Expuso que no se podía plantear un arreglo total, por no disponer de suficientes fondos para el sostenimiento de tantos compañeros en huelga. Se imponía establecer arreglos parciales y que los compañeros que disfrutaran del aumento de salarios, aportaran ese aumento a la Caja del Comité de Huelga para ir resolviendo en forma gradual el agudo problema económico. Rafael Arias insistía sobre sus puntos de vista que dieron origen al acuerdo que se propone modificar. Consideraba de mayor provecho la propuesta por él planteada. Pedía que se ratificara.

Jiménez, en réplica elocuente, instruyó a la Asamblea sobre el significado de esas dos tácticas. Agregó: "Si nosotros tuviéramos un sindicato poderoso económicamente y pudiéramos sin mayores problemas mantener la huelga hasta la capitulación de todos los patronos, mala táctica aplicaríamos porque eso significa hacerle el juego a los patronos poderosos en perjuicio de los patronos pequeños, que quieren arreglar la huelga. Recuérdese, dijo, que a estas alturas hay muchos patronos que viven al día con el trabajo de los zapatos a las medidas, son pequeños patronos que no tienen en sus tiendas zapatos para la venta a los clientes. Pero los menos, que son grandes patronos, sí tienen una gran existencia de calzado y pueden, como es natural, resistir por más tiempo la huelga general. El público de San José está acostumbrado a calzarse a la medida, y si hay talleres trabajando con este sistema, serán preferidos y esto constituye una gran fuerza y una gran presión que obligará a los patronos más poderosos a aceptar los pliegos de condiciones de arreglo". No cabe duda que aquel debate significó el primer baño de experiencia en táctica sindical. Puesta a votación la reparatoria, se acuerda aceptarla como la mejor táctica.

De todo eso informamos los delegados, a los trabajadores zapateros de Grecia en otra gran asamblea celebrada al día siguiente, en la misma caballeriza y a altas horas de la noche. Se consideró necesario estar atentos sobre el

desarrollo de los acontecimientos de los zapateros de San José, y solicitar a ellos información y orientación. Días después supimos del éxito de la huelga.

### *¿Por qué fue una huelga exitosa?*

Porque todos los patronos debieron aceptar el arreglo propuesto por los trabajadores del calzado. Se logró, pues, cumplir con los objetivos económicos del movimiento. Pero además, esas huelgas fueron una escuela de lo que es la lucha social y porqué en esos enfrentamientos es necesaria la organización, en este caso en el sindicato. La gran mayoría de los trabajadores del calzado de esa memorable época, ignorantes de lo que es la organización sindical, nos limitábamos a aceptar o rechazar todo planteamiento de acuerdo únicamente con el calor de las ideas, y por ésto, esta lección de sindicalismo de aquellas asambleas, ha servido de mucho en la larga vida de nuestro querido sindicato. Aquella táctica acordada resultó saludable y los arreglos parciales fueron determinantes en el triunfo de esta huelga.

La arrogancia de los patronos poderosos continuaba firme, creyendo poder vencer a los huelguistas con facilidad, al contar con el factor tiempo como su gran aliado. Pero los días pasaban. La decisión y la firmeza de los trabajadores se mantenía. El 8 de febrero, en Asamblea General se nombró una comisión para que redactara las bases para constituir el Sindicato de Zapateros de San José, quedando integrada por, Efraín Jiménez Guerrero, Rodolfo Guzmán, Edwin Arburola y Manuel Valverde. El día 10 firman el arreglo los patronos de las Zapaterías Tapia y Bravo, Carlos Guevara y Francisco Hernández, respectivamente. El día 17 se informa del triunfo de las huelgas en Guadalupe y en Cartago. En los días siguientes firmaron el pliego de condiciones otras zapaterías entre éstas El Récord, La Renaciente, la zapatería dónde se inició este movimiento fue la última en aceptar el pliego. Habían sido cinco semanas de huelga. El triunfo fue difícil, pero resonante en todo el país. Los medios informativos, La Prensa Libre y La Hora concordaban en sus ediciones señalando

los desfiles de los zapateros en huelga, con ejemplar conducta. Destacaban también la importancia socioeconómica del movimiento realizado y el que la policía hubiera resguardado el orden.

El día 12 de marzo de 1934, en Asamblea General, se constituyó el Sindicato de Zapateros. En numerosísima asamblea, llenos de alegría y entusiasmo, los obreros zapateros conocieron las bases o estatutos redactados por los compañeros Rodolfo Guzmán, Efraín Jiménez, Arburola y Valverde. Fueron aprobados y se procedió a elegir al Comité Central, quedando integrado por las siguientes personas:

*Secretario General, Efraín Jiménez Guerrero  
Finanzas, Ricardo Molina Leitón.  
Actas, Emilio Moscoa Barrantes.  
Correspondencia, Rodolfo Guzmán Rodríguez.  
Prosecretarios, Félix Robleto, Rafael Arias  
y Carlos Luis Naranjo.*

En esa misma asamblea se informó del triunfo rotundo de los zapateros huelguistas de Alajuela y Limón. Luego se procedió a elegir los Comités de Taller, o "comités de base", y a constituir el sindicato por provincias. Con vivas al Sindicato y a sus dirigentes y con aplauso cerrado, los obreros zapateros sellaron este importante acto del movimiento sindical costarricense. La huelga triunfó y dejó la primera organización de carácter sindical clasista de la capital. Desde esa fecha, el Sindicato de Trabajadores del Calzado, fue la vanguardia del movimiento sindical en Costa Rica. Fue una huelga unitaria, que enseñó a los obreros de todos los gremios, que solamente unidos y organizados se pueden lograr las conquistas para los trabajadores.

Unos meses después, en mayo, había estallado la huelga de los trabajadores de la caña en las fincas Aragón y Margot, en Turrialba. Yo recordaba la dureza de mis años de trabajo en aquellas haciendas. Contra esa huelga intervino el Jefe de la Oficina Técnica del Trabajo, Zayas Bazán. El día 13 de mayo este señor recomendó a los patronos

echar de los baches a los trabajadores para romper por la fuerza la huelga en los ingenios. El Comité Central del Sindicato de Zapateros, frente a esta medida de Zayas Bazán, acordó en Asamblea apoyar la huelga de los trabajadores de la caña y protestar por la actitud de Bazán

La noticia del triunfo de los zapateros de San José, levantó el entusiasmo de los grecianos y comenzaron el trabajo de reunirse con miras a plantear en los talleres sus propias demandas a los patronos. Pasaban las semanas y ya no sólo en la zapatería La Norma se hablaba, aunque discretamente, de llevar a cabo un movimiento para lograr un aumento de un 10% de los salarios, y de que la Caja de Ahorro pasara a ser administrada por los trabajadores, sino también, de que el movimiento abarcara las otras zapaterías. Creamos una comisión formada por Beto Soto, Abel Vega y yo, y nos dimos a la tarea de preparar la acción. Solicitamos al sindicato de zapateros de San José, que nos enviara un delegado para que nos orientara y días después, en la caballeriza, celebramos una magnífica reunión con la asistencia de Rodolfo Guzmán. El nos contó de sus experiencias en una visita que había hecho a la Unión Soviética y cómo podíamos desarrollar nuestra lucha, ofreciendo que tendríamos el apoyo de los trabajadores organizados de San José y de la Zona Bananera.

Pero los patronos no se duermen nunca. Al darse cuenta de que los zapateros de su cantón se estaban preparando para seguir el ejemplo de los de San José, iniciaron una hábil campaña de extorsión: escogieron a algunos de los mejores operarios, pero menos conscientes y los pusieron en labores ventajosas con el fin de dividir al personal y crear confusión. Esto, ligado a ciertas represalias de los Umaña contra los obreros más rebeldes, logró dividir por un tiempo a los trabajadores del gremio del lugar.

En medio de estas inquietudes de los zapateros de Grecia, el día 10 de agosto, poco después de nuestra experiencia en el cuerpo de cadetes y en la filarmonía, nos llega la noticia de que cerca de 10 000 trabajadores bananeros de la Zona Atlántica están en huelga. Exigían a la United Fruit

Company mejoras en las condiciones de trabajo. Nosotros, los zapateros de La Norma, que era financiada por esa compañía, también éramos víctimas de esa explotación a través del contrato que le impuso a Elías Umaña. Sabíamos que en esa zona la Yunai mantenía a sus trabajadores viviendo en pocilgas y que no se conocían los servicios higiénicos. No existían servicios médicos de ninguna clase y los trabajadores tenían que comprar de su propia bolsa hasta las ínfimas pastillas de quinina que necesitaban para aliviarse de la fiebre del paludismo. Los obligaban a hacer las cortas de banano, enfermos y bajo furiosos temporales, a hacer el acarreo al hombro a mucha distancia y a veces hasta en la noche, alumbrándose con lámparas de canfín.

Sabíamos algunos de los zapateros, y lo contábamos a los compañeros, que los trabajadores bananeros, desde 1932 venían manifestando su inconformidad, planteada ante el Congreso Constitucional. Este había enviado una comisión para investigar las quejas de los obreros de la Zona Atlántica y cuando regresaron de la zona, alarmados, dijeron que los bananeros vivían en condiciones peores a las que vivían los indígenas cuando Colón llegó a Costa Rica. Decían: muchos tienen sarna, duermen en camastros de chonta, padecen enfermedades venéreas y paludismo, andan semidesnudos. Los salarios eran muy bajos, de ₡2,50 y ₡3,00 diarios y no se les pagaba con dinero efectivo, sino con cartones que solamente se podían cambiar en los comisariatos de la Compañía, por mercaderías de la calidad que a ellos se les antojara y a precios escandalosos. Las jornadas eran extensas y agotadoras.

En la medida que pasaban los días obteníamos más información de la huelga bananera. Estábamos enterados de que la dirigía Carlos Luis Fallas que había sido zapatero, y de la Zona Atlántica. Traté hasta dónde me era posible, de insistir en manifestarnos en apoyo a los trabajadores en huelga. Cuando nos enteramos de que todos los periódicos desataban una violenta campaña de difamación contra los trabajadores en huelga diciendo que vivían bien, gana-

ban bien, y pidiendo al gobierno de don Ricardo Jiménez que pusiera fin a esos disturbios porque eran criminales manejos de los comunistas, y cuando el Presidente envió centenares de policías armados a la orden del Coronel Gallegos, los zapateros de Grecia decidimos enviar al gobierno un mensaje de apoyo y de solidaridad a los trabajadores bananeros.

Esta actitud nuestra formó parte de un plan de apoyo de los zapateros del país y de otros obreros para con la huelga bananera. Estos trabajadores se dirigieron al Presidente Ricardo Jiménez en un vigoroso memorial en el que amenazaban con ir a un paro general si el gobierno no actuaba con cautela y se inclinaba por la presión de los patronos y del Departamento de Estado de los Estados Unidos que insistía en la represión del movimiento bananero. A pesar de toda esa presión, el gobierno reprimió a los bananeros. Fueron más de quince días de violencia y terror. Crepitaron los fusiles y ametralladoras al mando del Coronel Gallegos. Pero no se pudo vencer el indomable espíritu combativo de los trabajadores bananeros. Más bien los templó para siempre; ganaron la huelga y crearon su organización sindical, al igual que antes lo habían logrado los zapateros de San José.

Yo pensaba en los zapateros de Grecia, quienes dimos apoyo a los bananeros en unión con los obreros de San José, pero además porque estábamos soportando la aguda crisis económica y teníamos otros problemas en el trabajo. No contábamos con protección a nuestra salud, excepto el contrato de ayuda en caso de enfermedad y los fondos que administraba el patrón. Pensaba que algo se podría hacer aprovechando aquel despertar que se operaba en nosotros. Pero entendía que hablar de sindicato podía ser un despido inmediato. Sabía también, que el partido político constituido en San José con el nombre de Bloque de Obreros y Campesinos, había elegido dos diputados: uno de ellos era zapatero. En las conversaciones con mis compañeros, veía que varios de ellos sentían simpatías por la labor que realizaban esos diputados en beneficio de los trabajadores. Así

que consideré necesario hablar con cada uno, dedicando el tiempo necesario. Hice esas gestiones en forma muy discreta, utilizando las prácticas de fútbol de las tardes.

Por las noches, cuando me era posible ver a Lilí, conversaba con ella. Muchas noches nos vimos obligados a fijar distintos sitios de encuentro por la negativa de su padre a nuestras relaciones. Cada vez que podíamos encontrarnos era emocionante. Algunas veces, bajo la lluvia, la esperaba a cien metros de su casa. En el suelo se formaban millones de perlitas porque la luz del farol que estaba en la esquina proyectaba una bellísima alfombra por donde venía mi morena. Una feroz pasión se desarrollaba entre nosotros, que su padre trataba de impedir. El resolví separarla de mí enviándola adonde una familia de confianza, en otro lugar. Días después, a la salida de la misa, un joven se me acercó y me dio un papelito que me mandaba Lilí, diciéndome dónde estaba y la hora en que podíamos vernos. El lugar era Puente de Piedra. Varias veces estuvimos juntos en ese Puente y en algunas otras en que vino a misa los domingos, fui con ella hasta ese lugar. La forma en que se efectuaban nuestras relaciones, nos llevó a hacerlas muy íntimas, de modo que yo adquiría gran responsabilidad como novio y como hombre adulto. Yo le compré ropa. Le dije a mi papá lo que pasaba y él me contestó: ahí hay una de las casitas que yo alquilo, está desocupada. Casado puede ocuparla, pero juntado no. Una noche que yo llegué a verla, me dice la señora: vino don Juan con la autoridad y se llevó a Lilí, no sé adonde. Después supe que la internó en un convento, en un reformatorio de monjas, en Guadalupe. Fui a verla, pero las monjas no me lo permitieron.

Puente de Piedra es un lugar de Grecia, camino al Poró, yendo para Argentina, en Alajuela, del cual se cuentan fantásticas leyendas. Dicen que el puente fue construido mediante un pacto con el Diablo. ¿Cómo? En ese camino en época lejana, el paso por el río en tiempo lluvioso era peligroso para carreteros, caballistas y para la gente. Se hacia necesario construir un puente. De noche el paso era de espanto. Ranas ocultas sonaban, los grillos rasgaban

sus cuerdas, los cuyeos brincaban asustados, los gallos cantaban entrecortados alertando a los pocos vecinos, poniéndolos a rezar el Rosario. Una tarde neblinosa, ya al anochecer y sin luna, apareció en el vecindario un pícaro muchacho que pretendía tener poderes para conquistar a las mujeres. Decía ser valiente, que no le temía al Cadejos ni a la Segua, que podía invocar a Satanás y con la ayuda de él, construir un puente.

Bajo el manto neblinoso, con cierto recelillo, alguna gente se le acercó. De pronto, surgió una claridad de relámpagos dejando fogonazos y, entre ellos, el Diablo apareció. La gente alarmada se volteó y agua a los caites les dio. Satanás y el valiente establecieron un pacto para construir en una noche el puente tan necesitado por la gente. El pacto consistió en que el pícaro iba a terminar el puente antes de que cantara el gallo, y a cambio contaría con todo el poder. Si no, el Diablo se llevaría su alma. Presuroso el valiente iba uniendo piedra con piedra. Iba a colocar la última, al amanecer, pero a Dios gracias, el gallo cantó. El puente se construyó y un hueco le quedó.

El Puente de Piedra, es natural. Es un puente no hecho por mano de hombre. Posiblemente esos ríos eran fuertes y el caudal rompió la piedra por debajo. La piedra es muy grande y por encima es camino que la gente utilizaba. Luego lo empedraron. Debajo de ese puente está escrito mi nombre y el de Lilí cuando ella, por orden de su padre vivió cerca de ahí. Para los dos era una pena compartida que se convirtió en idilio. Teníamos que buscar escapadas.

En Puente de Piedra había también una tradición muy bonita. Cuando traían la Virgen de Puente de Piedra a Grecia, la acompañaba un torito, que era un señor vestido de torito a quien le decían "vejiga", se ponía la cola y la cachera y recorría las casas para sacar a la gente y que fueran a acompañar a la Virgen. Así se formaba la romería para llevar la Virgen a Grecia. Era una costumbre muy bonita.

A fines del año 1934, los patrones del calzado volvieron a aplicar las medidas que significaban rebajas en los salarios, mediante un sistema de trabajo en serie. Ponían a los obreros a laborar el calzado, por operaciones; cada obrero realizaba una operación, en la que tenía más habilidad, pero muy mal pagado, y además, aplicaban jornadas agotadoras, de 12 horas diarias. Pero también, frente al avance en la lucha y organización de los trabajadores del calzado, la clase patronal se constituyó en un bloque de oposición apoyado por la Oficina Técnica del Trabajo, que buscaba cómo destruir al Sindicato de Zapateros. Desde esa fecha se comenzó a hablar de sindicatos comunistas. El Sindicato de los Zapateros fue la principal organización que atacó el bloque de empresarios del calzado.

Una de las medidas con objetivos persecutorios fue el establecimiento de una tarjeta que denominaron la "Tarjeta de Conducta". Según explicaban ellos, esa tarjeta era una medida defensiva del patrón en contra de los trabajadores que abandonaran el taller debiéndoles algún dinero o que hubieran cometido algún acto lesivo a sus intereses. La Junta Directiva del Sindicato al darse cuenta y al conocer que estas medidas eran un medio para tomar represalias sobre todo en contra de los dirigentes; una manera de volver a las condiciones imperantes en los talleres antes de la huelga, estudió la manera de combatirla, buscando cómo desarmarle a la patronal su argumento principal: la irresponsabilidad de algunos trabajadores. Efectivamente se elaboró un plan que contemplara las posibilidades de eliminar los riesgos para el patrón en esos casos de trabajadores. Se le presentó a los patronos y su contestación fue negativa, agregando que ellos ya estaban organizados y que eran otros los tiempos que corrían.

No cabía duda que estos señores no aceptaban de buen grado el nuevo estado de lucha de los trabajadores y se preparaban para una ofensiva general contra el sindicato y los intereses de los zapateros. Al Comité no le quedaba otro camino que el de ponerse a la expectativa, aguardar los nuevos acontecimientos y alertar a los trabajadores.

Las tarjetas comenzaron a dar sus frutos tal y como se suponía, los despidos estaban a la orden del día y no se entregaba al despedido la tarjeta. El bloque patronal había establecido el compromiso de no darle trabajo por ningún motivo al obrero que no presentara la famosa tarjeta. Esa medida se aplicaba con rigor en las zapaterías La Costarricense, Araujo, La Renaciente y otras. Los trabajadores lastimados nuevamente en su patrimonio de orden moral, comenzaron a reaccionar y volvió a encenderse la chispa de la inconformidad. Se puede decir que en esta ocasión, el mejor motor de la organización en este período de la historia del sindicato de Zapateros, resultó ser la misma organización patronal con sus represalias y medidas de control de la conducta de los obreros: los trabajadores estaban claros y dispuestos a dar la lucha por la eliminación de las tarjetas.

Con ese objetivo, cuando corría el mes de octubre estalló nuevamente la huelga. Los zapateros respondieron con el mayor de los entusiasmos y con una disciplina ejemplar. El tiempo para declarar la huelga no era propicio pues se estaba en el mes que comienza la producción de fin de año. Los patronos recibieron la noticia con sonrisas. Estaban seguros de su triunfo. Es más, fueron ellos los que provocaron esta huelga. ¡Tenían un gallo tapado! La Oficina Técnica del Trabajo por medio de su Oficial Mayor, Sayas Bazán convocó telegráficamente a los patronos que formaban el bloque patronal, y por error incluyeron en la convocatoria a Gonzalo Cordero, trabajador del calzado de Alajuela, quien al asistir a la reunión, desenmascaró la política parcial del jefe de esa ya odiosa Oficina. Luego se dirigió al sindicato para dar a conocer lo que trató en ella Sayas Bazán. Para entrar en un arreglo con los huelguistas en esa reunión se estableció una multa de \$500 al patrono que incumpliera o tratara de violar las medidas exigidas a los trabajadores, entre ellas: la renuncia irrevocable al sindicato; repudio a los dirigentes; firmar arreglos directos entre el patrono y el personal; mantener las tarjetas; reconocer como único árbitro de los problemas de trabajo a la Oficina Técnica de Trabajo. Además, esa orga-

nización de los empresarios del calzado se alió a la Liga Anticomunista, dirigida en ese tiempo por un médico homeópata, el señor Villalón.

Los trabajadores del calzado duraron en huelga cinco semanas. El movimiento se extendió. Había más de 2000 trabajadores en la calle. No se tenían fondos para hacerle frente a la falta de trabajo en un movimiento de esa magnitud. Los zapateros teníamos fe en nuestro espíritu de lucha, habíamos ganado una primera huelga y teníamos un nombre limpio. Confiábamos también en la solidaridad obrera, manifestada ampliamente en la huelga bananera recién pasada. El tiempo avanzaba. Los trabajadores sabíamos que los pequeños industriales no tenían nada que ofrecer a sus clientes. El Comité Central nombró comisiones para conversar con estos pequeños patronos a fin de explicarles hasta dónde ellos habían servido de trampolín para hacer más ricos a los grandes industriales del calzado que tenían suficiente cantidad de zapatos que ofrecer a la demanda de los consumidores en el fin de año. La mayoría de los pequeños industriales comprendieron muy bien el juego del que eran víctimas y se decidieron a romper el bloque patronal. El día 18 de noviembre, después de cinco semanas, terminó la huelga de las tarjetas. Los patronos firmaron un arreglo de nueve puntos con el comité de huelga, entre ellos, el reconocimiento del sindicato.

Esta ofensiva de los patronos y los problemas propios del lugar, une de nuevo a los zapateros de Grecia. Poco después volvimos a reunirnos. Estudiamos las condiciones y considerando que, siempre en diciembre, era cuando había más demanda de calzado, el mes de noviembre sería el indicado para plantear a los patronos nuestras demandas. Así fue. Elaboramos nuestro pliego de peticiones y lo presentamos el primero de noviembre. Distribuimos en el pueblo un volante indicando lo que ganábamos y lo que pedíamos de aumento; por qué exigíamos que lo que ahorrábamos para protegernos en caso de enfermedad fuera administrado por los trabajadores. Pretendíamos con eso, obtener el apoyo del pueblo. Los trabajadores fuimos a la

huelga. Fueron paralizados cuatro talleres: La Norma, las Zapaterías Cruz, Villegas y Jano. Eramos unos 135 trabajadores en huelga.

Los patronos se negaron a discutir nuestras demandas. La comisión que se había integrado, pasó a ser el comité de huelga. El Comité organizó comisiones de vigilancia para cada taller en huelga, a fin de impedir la entrada de los rompehuelgas y alquilamos un local para reuniones. Desde allí se daban las instrucciones. Se comunicó al Sindicato de Zapateros de San José nuestro estado de huelga. En vista de que la mayoría de los zapateros habíamos sido trabajadores de la caña, recurrimos a esos trabajadores para que nos apoyaran, y de ellos recibimos ayuda económica. Pasaron los primeros ocho días de huelga. Se presentó un caso de rompehuelgas que fue resuelto y no afectó al movimiento: un joven, hijo del administrador de la planta eléctrica, influenciado por éste y por el patrón Umaña, pretendía romper la huelga. Los trabajadores hicieron resistencia a toda clase de maniobras y agresiones durante un mes y veintidós días. Por ejemplo: los patrones arrastraban a algunos obreros para colocarlos de rompehuelgas y al mismo tiempo, consiguieron que el Resguardo tratara de disolver los piquetes de huelguistas e interfirieron en las reuniones.

Los patronos, al considerar nuestra firme actitud, pidieron al Gobernador de la Provincia que reprimiera el movimiento alegando que era influido por los comunistas. Así fue como en la primera semana de diciembre estábamos reunidos, celebrando una numerosa asamblea, cuando se presentó el Resguardo Fiscal de Alajuela. Hizo unos disparos al aire y luego, con crucetas en mano pretendieron hacernos desalojar el local. En esta agresión de la policía, el trabajador Juan José Solano perdió un dedo de la mano, pero, también un miembro del Resguardo, Leoncio Miranda, salió herido de bala, en un talón, quedándose el recuerdo para el resto de su vida, pues no podrá olvidar nunca, que por servirle al capitalista y al gobierno, contra los trabajadores de Grecia, quedó inútil de un pie. Frente a esta situación, intervino el Jefe Político para evitar más

violencia; llamó a las partes a discutir el pliego de peticiones. Se logró un aumento en los salarios de un 5%, que la caja de ayuda mutua pasara a ser administrada por los trabajadores y que se dejara sin efecto el contrato con la Yunai, en lo referente a obligaciones de los trabajadores. El trabajo en ese diciembre de 1934 fue intenso y con bastante tensión.

La huelga tuvo gran simpatía y apoyo de parte del pueblo de Grecia. Los músicos de la Banda Municipal de Grecia que estaba integrada por (algunos) de los zapateros en huelga, organizaron retretas los días jueves, lo que no era costumbre. Esto les permitió recoger contribuciones para sostener la huelga y además recibían la ayuda de los zapateros de San José, y la del partido político de la clase obrera, Bloque de Obreros y Campesinos. Cuando terminó la huelga, los ciudadanos de Grecia quedaron acostumbrados a la retreta de los jueves y se levantaron en protesta al enterarse de que por orden oficial, ya no habría música los jueves, en el Parque. La protesta tuvo buenos efectos, pues durante varios años se siguió dando retreta los días jueves. Los trabajadores al triunfar y ganar casi todas sus demandas cometieron el error de no constituir el Sindicato. En efecto, quedaron desorganizados. Fue un error que corrigieron unos años después.

¡Año de luchas contra la injusticia y la represión fue 1934!

### III

*Mi conciencia  
ideológica y clasista  
se fue desarrollando*



**Y**o conocí la historia del movimiento obrero oyendo los discursos políticos de Jorge Volio. Yo no estudié esa historia. Tampoco la de Costa Rica. Libros, antes de iniciarme en el sindicalismo, no estudié ninguno. Después sí, cuando ya conocí el movimiento sindical. Me pareció que los trabajadores de Grecia debíamos de participar y organizarnos como un punto histórico, como un punto de la historia. Después sí llegaban las conferencias y las enseñanza de los dirigentes como Víctor Mora. El era más estudiado. Había cursado toda la escuela y gran parte del colegio. A mí los zapateros me corregían. No asistí a cursos que daba el partido, pero sí nos llegaban las Resoluciones del Partido, recibía el periódico y entonces leía todo eso. Así conocí cómo llegó la compañía bananera a tener grandes territorios a ambos lados de la línea, desde Alajuela a Limón.

A mí me despidieron en enero de 1935 de la manufactura La Norma. Beto Soto, Eduardo Hernández y yo éramos un peligro para los intereses de los Umaña, según ellos. Más bien, porque de esa manera detenían la creación del sindicato infundiéndo temor a los trabajadores con nuestros despidos. Un mes después conseguí trabajo en la zapatería de Paco Cruz, el taller que pagaba más alto salario y estaba considerado en Grecia, como el de mejor calzado fino y elegante.

El año de 1935 se caracterizó por el fortalecimiento de todas las organizaciones de zapateros del país, con un

intenso trabajo para brindar apoyo solidario y económico a otros gremios artesanos y obreros. Se luchaba contra la política de parcialidad del Jefe de la Oficina Técnica del Trabajo en favor de la clase patronal, por mantener la vigilancia en los asuntos internos de la recién nacida organización sindical y por los problemas que atentaban contra la democracia costarricense.

Por esos años tuve mis primeros contactos con el Partido Comunista al cual ingresé cuando vivía en Grecia. Pero, era más que todo un grupo en el que necesitábamos orientación. Todos conocíamos las injusticias de la patronal. No teníamos protección de ninguna clase. Antes de recibir ayuda de los dirigentes zapateros de San José, yo había tenido información sobre el sindicalismo por parte de un primo hermano que se llamaba Miguel Morales. Trabajaba en la panadería La Josefina, en San José. El me mostró un carné del sindicato, me dio más o menos la orientación, la idea de que todos los individuos tienen más fuerza unidos, que si están solos. Eso me despertó el deseo de enterarme cómo era el movimiento de carácter sindical. Cuando en Grecia se manifestó la necesidad de mejorar las condiciones de trabajo de los zapateros, a mí me interesó el movimiento. También yo había oído a Jorge Volio y tenía un botón de la lechucilla que era la divisa del Partido Reformista. Otra de las cosas que me interesó fueron los discursos de Manuel Mora y la propaganda del Partido Bloque de Obreros y Campesinos. A Grecia llegaban unos pocos números del periódico Trabajo. Ese periódico lo distribuía el dirigente Rodrigo Arias, de Alajuela que era zapatero como Calufa. Poco después en Alajuela, conocí a Carlos Luis Fallas. Pero, primero nació la organización sindical y después alguna pequeña organización de ese partido. Claro que no todos los trabajadores pensábamos igual. Fue algo que nació en mí, buscar la necesidad de mejorar la situación.

En junio de ese año 35, los zapateros participamos en un gigantesco desfile, conjuntamente con el Partido Comunista y otros sindicatos, en contra y en protesta por el Proyecto de Ley candado propuesto por el Lic. Raúl

Gurdián, Ministro de Gobernación y abogado de la United Fruit Company. Ese proyecto trataba de impedir la libertad de expresión por medio de los periódicos y otras publicaciones que criticaban la situación del país. Era la manera de impedir que los trabajadores se mentalizaran y educaran políticamente acerca de sus intereses como clase social, a través de las publicaciones del Partido Comunista.

En julio estalló otra huelga de zapateros en Cartago por aumento de salarios y otras demandas. Fueron apoyados por todos los zapateros del país. En diciembre, el Sindicato de Zapateros de Guadalupe fue a la huelga. En sus demandas planteó al gobierno el establecimiento del salario mínimo. No cabe duda, pues, que los zapateros estábamos fuertemente organizados y que habíamos aprovechado las experiencias del año anterior, 1934. El Sindicato de Zapateros se convertía realmente en un Sindicato Nacional. Las Juntas Directivas de los 10 sindicatos del país, de San José, Guadalupe, Cartago, Turrialba, Limón, Alajuela, Grecia, San Ramón, Puntarenas y Heredia, coordinaban su trabajo de organización y de luchas hasta el punto de que sus respectivos carnés de afiliación tenían valor en todos los sindicatos. Teníamos una vigorosa organización a pesar de que nuestra experiencia no había madurado ideológica y sindicalmente.

Al año siguiente 1936, se inicia nuevamente la conspiración patronal contra el sindicalismo del calzado, esta vez atacando la misma industria de la zapatería. Un grupo de grandes industriales plantearon a un diputado la conveniencia de derogar la ley que establecía un pequeño aforo o impuesto de entrada al calzado extranjero. Sabían estos industriales que en aquella época participábamos algo así como 10 000 trabajadores en la Industria del Calzado, Cueros y Similares y que, de ellos, dependían por lo menos 50 000 costarricenses. Tan heridos habían quedado los patronos de zapatería de todo el país con el resonante triunfo de los obreros zapateros en sus 20 huelgas del año 1934, que se obscurieron y no tuvieron escrúpulos para plantear una medida tan antipatriótica.

Conviene aclarar que los industriales capacitados para convertirse en importadores de calzado no pasaban de tres o cuatro. Los pequeños industriales entendieron muy bien la maniobra de que, otra vez, los querían coger el bloque de los empresarios, o patronos poderosos, determinando asimilar y acoger la propaganda de defensa de la industria que desarrolló nuestro movimiento sindical. Con esta lucha de los zapateros, pequeños industriales y trabajadores sindicalizados, quedó sepultada la Liga Anticomunista y la Sociedad de Industriales del Calzado organizada por el Jefe de la Oficina Técnica del Trabajo, Zayas Bazán, quienes pretendían, a como hubiera lugar, acabar con el sindicato de zapateros.

Al finalizar el año 1935, se inició la campaña política electoral. Los candidatos presidenciales eran León Cortés, por el partido Republicano y Octavio Beeche. Participaba ya, a nivel nacional, el Partido Bloque de Obreros y Campesinos. En enero de 1936 un grupo de zapateros y de otros ramos de Grecia, me pidieron que les hiciera unos carteles para ese partido político. Me dijeron que el tema del cartel debía expresar la figura de un gamonal, o terrateniente, finquero rico y gordo, sonriente y bigotudo, montado en buen caballo, látigo en mano; y la de un peón hambriento, flaco, con la faja socada hasta el último hueco. Les hice diez carteles en total, en seis noches de trabajo en secreto. El sábado a la hora de pagarme el trabajo me preguntaron que cuánto cobraba. Les dije que a cincuenta céntimos cada cartel, \$5,00 por todo. Luego de dármelos, me explicaron que: mañana domingo recibiremos a Manuel Mora Valverde con estos carteles, candidato del Bloque de Obreros y Campesinos por San José. Continúa la explicación diciéndoseme que lo pagado fue recogido por las contribuciones de trabajadores, en pesetas, y que si daba una contribución de mi parte. Desde luego que manifesté mi agrado a quien recogía las contribuciones, David Hidalgo, y le entregué los \$5,00. El hablaba con sus compañeros, y luego, dirigiéndose hacia mí, dijo: hemos acordado que mañana almorzaremos después del mitin con Manuel. Al día siguiente, domingo, me preparé con entusiasmo debido a las explicaciones que

había escuchado y recuerdo que volvió a mi mente lo de los diez céntimos que di en la Escuela para los trabajadores de Rusia. De esa manera, los que estábamos interesados en la organización de los zapateros ampliamos nuestra acción para integrarnos a las actividades del partido Bloque de Obreros y Campesinos. Consideramos necesario que el pueblo de Grecia oyera los propósitos de ese partido a través de las palabras de Manuel Mora Valverde.

Me dirigí a topar a Manuel con cierto temor. De pronto sentí que alguien me sujetó del brazo y me dijo: queda detenido. Un policía me condujo a la cárcel de Grecia. Ahí me recibió otro policía, Asdrúbal Vega, zapatero. A cargo de él quedaba y él me conocía. Le pedí una explicación y me comentó: te detienen por los carteles que pintaste, pero no te preocupés, te dejaré ir al almuerzo. Fui recibido con alegría y conocí a Manuel Mora. La alegría se debió, en parte, porque fue Manuel quien gestionó mi libertad. Pero yo no lo sabía. Almorcé precisado y me fui de nuevo a la cárcel. Al llegar, Asdrúbal me comunicó que se me había concedido la libertad. Este hecho fortaleció mis sentimientos políticos positivos hacia el Bloque de Obreros y Campesinos. En febrero, el día de las elecciones actué como fiscal de este partido, en una mesa receptora de votos, ubicada en la escuela de Tacares de Grecia. Sentía que defendía los intereses de mi clase, los trabajadores.

En este año tuve mi quehacer en el campo deportivo y esto fue importante en la organización de los zapateros en su sindicato, como ya he contado. En el equipo actuaba como "jab" izquierdo, puesto que se conoce hoy como "volante". Edgar Vega era el "centro jab", mi hermano Heriberto jugaba de "fovar izquierdo" y conmigo, integrábamos "el ala izquierda", muy rápida y efectiva. Se me eligió Presidente del Club F.C. y con Allen Riggioni, joven muy entusiasta, de iniciativa, se nos encargó de desarrollar el equipo. Nos propusimos promover un campeonato provincial. Se inició la preparación por medio de cartas a las juntas directivas de clubes de los otros cantones, y se realizaban encuentros amistosos. Se notificó a la Liga Deportiva Alajuelense, en vista de su interés por desarrollar jugadores y se solicitó al

negro Buroy como entrenador de nuestro equipo. En el mes de noviembre comenzó el campeonato y en diciembre estábamos en media jornada. Participábamos cada domingo los equipos de San Ramón, Palmares, San Mateo, Atenas y Grecia. A mí siempre me inspiró mucho la alegría del contacto con el pueblo. El torneo terminó en enero y quedamos en el primer lugar, frente a Atenas, que ocupó el segundo.

Unos meses antes, en agosto se nos invitó a efectuar dos encuentros deportivos con equipos de Villa Quesada, con motivo de celebrarse un gran turno para recaudar fondos para la construcción de la nueva iglesia. Llegamos a la Villa. Fuimos atendidos por el Doctor Alfaro dirigente del equipo Sancarleño. El día 15 jugamos el primer partido. La plaza estaba llena de gente por los cuatro costados entusiasmado a su equipo, el cual se crecía en cada jugada. El juego fue reñido. Nosotros, a pesar de que queríamos mantener energías para el siguiente encuentro, tuvimos que darlo todo. Perdimos por 2 tantos contra 1.

Por la noche se nos ofreció un baile. Ahí conocí a Teresa Rojas, mi primera esposa. Ella no me acompañó al baile, pero me prometió que al día siguiente estaría presente en el partido. Le ofrecí en su honor, meter un gol en ese partido. Ese día la plaza estaba nuevamente llena. En una jugada iniciada por Edgar y por mi hermano, me adelanté logrando anotar el gol de mi esperanza. Llegamos al final y aquel tanto fue nuestro triunfo. A cada jugador se nos dio una medalla. Después de habernos bañado y cambiado de ropa, al encontrarme con la señorita coloqué la medalla en su pecho. Ella me dijo que venía para Grecia donde pasaría una temporada en casa de familiares. El primero de enero de 1937 nos encontramos de nuevo y fijamos días y noches para vernos.

Yo seguía en contacto con las actividades del sindicato de zapateros y respondiendo a mis inquietudes por la organización de los zapateros. Los zapateros comprendimos que las luchas teníamos que dar las organizadamente no sólo en el campo sindical, sino también en el campo político.

Habíamos logrado entender que el Bloque de Obreros y Campesinos era una organización política dirigida por obreros y gente honrada, con ideas correctas sobre los problemas nacionales y con valentía para luchar. La gran mayoría de los zapateros le había dado apoyo postulando como candidato a diputado a Efraín Jiménez Guerrero, quien ya fungía como Diputado en el Congreso Constitucional y había sido el primer Secretario General del Sindicato Nacional de Zapateros.

Durante el año 1936 el Sindicato de Zapateros había desarrollado otra gran campaña de lucha en defensa de la industria del calzado. Se pretendía la instalación de una fábrica mecanizada con el argumento de "abaratar" el costo del producto, y así abaratar el calzado. Eso significaba arruinar a unos 10 000 obreros de los talleres manufactureros, zapateros que participábamos en esta industria, y pensar que la producción fabril fuera la más acertada en esa época, no lo compartía el Sindicato. Nos aprestamos a organizar otra gran campaña para prohibir la producción de calzado a máquina. Algunas entidades y personas nos indicaban que el paso del Sindicato podía ser un error que impediría el desarrollo de la industria en el país. Error o no, lo cierto es que éramos un sindicato sin mayor experiencia y planteamos ante el Congreso Constitucional de la República, el famoso proyecto de Protección a la Industria del Calzado el día 12 de junio de 1936.

La asistencia del público a las barras del Congreso estaba limitada por medio de la entrega de una tarjeta personal que extendía la Secretaría para entrar. Fue tal el número de zapateros que concurrió a los debates de esa Ley, que fuimos, nosotros los zapateros, los que desterramos esta medida tan antidemocrática de no tener libre acceso a las barras de la Asamblea Legislativa. El proyecto de Ley fue suscrito por varios diputados y lo encabezaba el compañero zapatero Efraín Jiménez Guerrero y Manuel Mora Valverde. Del debate, recuerdo que algunas intervenciones fueron las siguientes. El Dr. Calderón Guardia pidió dis-

pensas de trámites. Dijo que no era enemigo de la

maquinaria pero que estaba a favor de los zapateros. El diputado Vargas Coto también simpatizaba con la Ley; temía su inconstitucionalidad y los reclamos posteriores. El diputado Carlos María Jiménez Ortiz estaba de acuerdo en principio, pero afirmaba que no debía haber precipitaciones en la Ley. Teodoro Picado dijo que no podía ser inconstitucional una Ley favorable a todo un gremio. El día 7 de julio fue aprobada la Ley. El día 14, el Presidente León Cortés la vetó, alegando inconstitucionalidad. El sindicato defendió de nuevo, con fervor, esta Ley y logró por medio del diputado Jiménez Guerrero, presentar un nuevo proyecto de Ley para gravar con un impuesto de \$7,00 el par fabricado. Esta ley quedó aprobada con la sola abstención de Carlos María Jiménez. No fue fácil conseguir esta ley. Fueron dos meses de dura lucha, concentraciones y movilizaciones de los zapateros en todo el país.

Durante el año siguiente 1937, los patronos pretendieron volver a aplicar los sistemas de explotación que dieron origen a la huelga. Ya se iban dando las condiciones para crear una organización sindical y esta vez los trabajadores del calzado de Grecia, sí constituyeron el Sindicato. Planteé que el equipo de fútbol estaba integrado por zapateros y que todos o la mayoría de los socios lo eran por lo que solicitaba que se les facilitaran los salones a estos obreros para sus fiestas sociales y las reuniones. Se hizo una asamblea en el Club Deportivo F.C, se eligió el Comité y quedó electo de Secretario General del Sindicato de Trabajadores del Calzado de Grecia. En esa asamblea participó Víctor Mora como delegado del Sindicato de Zapateros de San José; él levantó el acta constitutiva y clausuró el acto con una magnífica intervención. La primera Junta Directiva del Sindicato de Trabajadores Zapateros de Grecia, o Comité Central, quedó integrada por:

Juan Rafael Morales	<i>Secretario General</i>
Jorge Vega	<i>Secretario de Organización</i>
Román Monge	<i>Secretario de Actas</i>
Abel Vega	<i>Secretario de Finanzas</i>
Ulises Serrano	<i>Secretario de Propaganda</i>
y, cuatro vocales.	

Este sindicato dio muchas luchas en beneficio de los trabajadores y de todo el pueblo de Grecia; orientó a los trabajadores agrícolas y de los cañaverales a constituir una organización sindical bastante poderosa.

Mientras todo eso pasaba yo estrechaba mis nuevas relaciones con Tere, una joven pecosa de cabello brillante como el azúcar, sencilla y campesina. Paseábamos aprovechando el verano. En una ocasión fuimos a Ojo de Agua. Ibamos también a los turnos. En ellos había diversiones como las carreras de cinta. Era una diversión de todos, pero participaba la gente que tenía sus buenas bestias, bien cuidadas. Los hijos o los muchachos de padres pudientes, el día de la patrona o del patrón cabalgaban en una calle recta en donde, al final estaba una cuerda de un lado a otro y en ella guindaban cintas de colores. El corredor a caballo salía galopando, llevaba un chuzo o como una estaca y si la metía, aquella cinta correspondía a una de las jóvenes, que la tenía puesta en el pecho. Entonces, claro, que tal vez a los jinetes les gustaba alguna muchacha y entonces trataba de alcanzar por ejemplo la cinta azul, que la joven llevaba puesta. Había también otra carrera, que consistía en arrancarle la jupa a un gallo, a caballo. El gallo estaba colgando de una cuerda y al oír al caballo corriendo aleteaba, se movía y al caballista le costaba mucho arrancarle la jupa con la mano. Pero, era más elegante la carrera de cintas. El jinete tenía que ser ágil, tenía que levantarse un poco sobre la silla y calcular bien, a velocidad, para ensartar la chuza en la cinta de color.

La vida para mí era tensa. Tenía la responsabilidad de dirigir el organismo de lucha creado por los zapateros de la ciudad, y por otra, la necesidad de formar un hogar. En mi casa, la situación tendía a mejorar porque mis hermanos Heriberto y Victoria trabajaban, ayudando a mis padres en los gastos del hogar. Resolví poner en conocimiento de mis padres la decisión de casarme, que tomé. Ellos me pidieron presentarles a la novia. Días después, un domingo por la mañana ella fue recibida en mi casa por mi hermana y mis padres. Mi padre le estrechó

la mano. Mi madre y mi hermana la abrazaron. Mi padre se dirigió hacia mí y me dijo: comprendo tu decisión. Yo tenía 24 años.

El matrimonio se efectuaría entonces el 23 de agosto. Teresa era huérfana de madre. Cuando ella nació, murió su madre. Fue criada por una hermana en Aguas Zarcas. Su padre, don Jesús Rojas se casó, por segunda vez, tiempo después. Vivía en ese lugar donde tenía una finca. El le escribió a Teresa diciéndole que la temporada de su paseo estaba cumplida; que sabía de las relaciones que mantenía conmigo; que aún no me conocía, pero tenía informes de mis tendencias políticas opuestas a los intereses de la mayoría de la familia Rojas y le indicaba regresar y prescindir de las relaciones conmigo. En abril, en la Semana Santa, Teresa me comunicó la contestación a su padre diciéndole que no regresaría porque había aceptado mi ofrecimiento, y más bien solicitándole su consentimiento. En esa Semana Santa yo estrené un vestido entero de color azul marino que me había costado \$90, pagando \$2,00 por semana, donde Ramírez Valido.

Las bodas eran muy bonitas. Yo considero que cuando me casé por primera vez, el pueblo de Grecia, a pesar de que yo ya comenzaba a desenvolverme como dirigente sindical, me tenía aprecio, entre otras razones porque yo jugaba fútbol y esa relación abarcaba lo que se llamaba la gente pobre y la sociedad. Pero también, observando propiamente lo que era digamos la clase superior, me doy cuenta de que casi todas las personas que jugaron ese papel en esa época, habían sido obreros. Porque el Centro Obrero fue formado por esas gentes: por don Chico Vargas que fue jefe político y era una familia de cierta capacidad económica, pero un hijo de don Chico era zapatero; don Chepe Bolaños que era el tesorero de la iglesia, formaba parte del Centro Obrero y un hijo de él era zapatero, alista dor. Riggioni que era el administrador de la planta eléctrica, ese sí era de lo que llamamos la sociedad, sin embargo Mario, el hijo de él, era zapatero. Los zapateros entonces, venían de ese grupo que no era el más pobre del lugar, era como el grupo del centro entre la división de la

sociedad. Y cuando yo me casé, estaba metido en este grupo, aunque a pesar de eso, yo me sentía que no correspondía a esa clase. Yo decía, bueno no, yo soy muy pobre, yo no soy de este grupo; me confundía el hecho de que yo había sido un trabajador de campo y después zapatero, que era el otro grupo social.

La fecha del matrimonio se acercaba. El día 21 los zapateros nos ofrecieron una cena. El domingo 22, las señoritas le dedicaron a Teresa una despedida de soltera, con música, en el Centro Obrero. Las dos fiestas me demostraban a mí que nos tenían aprecio y ese aprecio por mí aún lo siento. A las 6 de la mañana del domingo 23 me presenté con mis hermanas a la residencia de Teresa. Estrené vestido entero, camisa blanca y lazo negro. Estaba emocionado, pero nervioso. No me permitieron ver a Tere, porque el novio no debe ver a la novia cuando la arreglan para ir al altar. En la acera de la casa se fue formando una fila de parejas de padrinos para dirigirse al templo, a setenta y cinco metros de la casa. Me tocó ir adelante con mi padre, y atrás ella acompañada por el señor de la casa, don Ernesto Vega. No me fue permitido verla. Entramos en silencio a la iglesia, donde minutos después don Ernesto me la entregó. Lucía un vestido blanco, largo, que arrastraba una hermosa cola; cubría su cabellera rubia con un velo blanco prensado con corona.

¡Qué emoción sentíamos! Las miradas que Teresa me dirigía estaban llenas de ternura. Nos arrodillamos para oír al sacerdote Jafet celebrar la misa y también contestamos sus preguntas con decisión. Dentro del templo se encontraba un numeroso acompañamiento. Frente a nuestro reclinatorio fueron encendidas dos velas, una para cada uno. Durante los ejercicios del sacerdote, Tere, nerviosa me indicaba lo que sucedía: su vela se apagaba; el sacristán la encendía; minutos después la vela se apagaba de nuevo. Yo, ya preocupado porque Teresa me decía que son indicios de que ella morirá primero, la encendí de nuevo. Coloqué el anillo a mi esposa y la misa terminó. Los asistentes nos rodearon con bendiciones y mis padres con abrazos y besos que nos llenaban de alegría. Pero

aparejada a esa hermosa sensación, existía una vela apagada que no podíamos descifrar. Del templo nos dirigimos al Centro Obrero. Compartimos con los padrinos y los acompañantes el queque, un café y un alegre baile amenizado por Lubín Barahona, que se prolongó hasta las 12 de mediodía. Para vivir alquilé una casa de piso de suelo, la cual fue también el lugar de reuniones de los dirigentes sindicales zapateros de Grecia.

Cuando terminaban los años treinta, Grecia era un cantón en donde se notaban las diferencias entre los grupos de personas, sobre todo en lo económico. Como grupos de poder económico estaban los de origen alemán como los Niehaus, los Kooper y los Peters; habían otros a los que llamábamos los Turas, creo que eran españoles. Pero después venían otros del lugar, que se ligaban a éstos, por ejemplo los Rojas, los Vega, los Bolaños. Los Vega tenían propiedades y bastante comercio. Los Rojas y los Bolaños eran finqueros muy acomodados que se desarrollaban en la producción de caña y de café. Más abajo de ellos venían los artesanos zapateros, comerciantes, los pequeños finqueros y un número bastante grande de peones y jornaleros de la haciendas de caña y de café de los alemanes. Ahora, en lo social, yo creo, porque así lo sentí y así lo vi, que los grupos económicos, especialmente los nacionales no hacían una división muy pronunciada con el resto de la gente. Hay que tomar en cuenta, que Grecia era un pueblo no muy grande en lo que se refiere a habitaciones y a cuadrantes, y entonces la convivencia no era un modo de vida que se reclamara como lucha, era una convivencia buena. Eso se notaba mucho a la hora de sepultar a una persona porque siempre el difunto tuvo mucho acompañamiento, sin ver el carácter económico.

El año 1937 se había iniciado con una demanda de los zapateros en contra del patrono del Taller La Lucha, el diputado Ismael Murillo, por incumplimiento en el pago del salario mínimo. Este hecho culminó con el embargo y el cierre del taller y la tienda del empresario, ordenado por el Juez respectivo. La tienda quedó cerrada por unos días, hasta que el Juez levantó el embargo al pagársele a estos

obreros la diferencia de los salarios. Pero este señor diputado Murillo comenzó a realizar una serie de maniobras, tratando de convencer a las autoridades y al pueblo en general, de lo ruinoso del salario mínimo para la industria del calzado popular.

Esta nueva situación permitió que otros patronos, estimulados por el diputado Murillo, se resistieran a cumplir con la ley del salario mínimo. Al sindicato no le quedó otro recurso que ir nuevamente a la huelga para hacer cumplir el salario mínimo. La lucha se dio en los talleres de este empresario Murillo, también en El Globo y en otros pequeños talleres. Hubo más de 400 obreros en huelga. El 18 de enero se firmó un arreglo con los patronos, con excepción del señor Murillo, quien estimulado por su condición de ser diputado no quería tratar con el sindicato que él llamaba comunista. El nuevo Oficial Mayor de la Oficina Técnica del Trabajo, Lic. Carlos Pérez Treasy, pidió la intervención del señor Presidente de la República. Don León Cortés sometió, a la Ley, al arrogante diputado Murillo.

En febrero se celebró la Asamblea Ordinaria del Sindicato Nacional para reformar los estatutos y elegir un nuevo Comité Central. Quiero destacar el artículo 18 del proyecto de reformas por considerarlo de vital importancia en el desarrollo del Sindicato. Es posible que este artículo, ahora le levantaría los pelos a más de un Juez o Ministro de Trabajo. Dice así el artículo 18:

- a) La huelga será obligatoria cuando los patronos lleven a cabo un paro para oponerse a los trabajadores.
- b) Cuando (los patronos) pretendan rebajar los salarios, violar los acuerdos contraídos para obtener mejoras en las condiciones de trabajo y en los salarios.
- c) Cuando el Estado-gobierno tolere o fomente la existencia de cuerpos armados independientes de los cuerpos de seguridad nacional, cuyos actos y tendencias sean los de restringir los derechos de la clase trabajadora.

- d) Cuando el Estado-gobierno pretenda abolir los derechos de huelga, el de asociación, expresión del pensamiento y reunión.
- e) Cuando el Estado-gobierno tolere o fomente organizaciones cuyos propósitos o tendencias sean abiertamente contrarios a los derechos fundamentales de la clase trabajadora.

Este Estatuto, aprobado en esa Asamblea es el producto de una serie de manifestaciones de tipo militarista particulares, -los Camisas Negras- de tendencia nazifascistas. También era nuestra reacción proletaria por la serie de medidas arbitrarias en contra nuestra; por las tácticas patronales, la actitud del diputado Murillo, la del anterior Jefe de la Oficina Técnica del Trabajo, Zayas Bazán, y contra algunas tendencias de los jefes de los cuerpos militares y de la policía del gobierno de León Cortés, que nos custodiaban en todos nuestros actos como si fuéramos delincuentes.

En la Asamblea se eligió al Comité Central quedando integrado como sigue: Secretario General, José Antonio Soto, sustituyendo al compañero Maximiliano Carrillo, compañero muy apreciado quien sustituiría al diputado Efraín Jiménez. Secretario de Finanzas, Claudio Carmona. En Actas, Alejo Poveda, obrero fallecido heroicamente en la Guerra Civil de 1948. Correspondencia, Oscar Garbanzo. Prosecretarios, Oscar Zúñiga, José Brenes, Edgar Soto y José Romero.

En el mes de abril, el sindicato se solidarizó con el profesor don Joaquín García Monge en su campaña contra el fascismo, actitud que le valió la demanda judicial del Ministro de Italia, señor Gambasci. El gran demócrata costarricense salió absuelto por los Tribunales de Justicia y por el poderoso apoyo de los trabajadores y del pueblo democrática costarricense.

En ese mismo mes, el Sindicato convocó a todos a todos los dirigentes para iniciar la preparación del desfile del Primero de Mayo. Entonces a finales del mes de abril convoqué a los zapateros de Grecia a una Asamblea en el Club

F.C., el local del club deportivo, para tratar sobre el desfile de trabajadores el día Primero de Mayo que se celebraría en San José. En esa asamblea participaron los delegados del Sindicato de San José, Rafael Arias y Víctor Cordero, quiera era entonces el Secretario General.

Recuerdo que para el desfile en San José, el Gobernador Manolo Rodó negó el permiso. El Sindicato apeló al Presidente Cortés quien reconsideró la negativa del Gobernador pero nos puso las condiciones más extrañas para desfilar. El Coronel Aureo Morales, Jefe de la Policía, desfiló a caballo vigilándonos, luciendo un flamante uniforme de la Guardia Nacional de Nicaragua. Los trabajadores íbamos entre la caballería y los zapateros nos reíamos viendo cómo la policía no podía controlar los coveos de los caballos, y era porque nosotros, cuando se nos arrimaban les poníamos las lezñas puntiagudas en los lomos, claro no para maltratar a los animales, sino para alejar a los guardias.

En agosto de 1937, el Sindicato de Zapateros elaboró un documento que fue firmado también por el Sindicato de los Gráficos y de los Sastres en el que se pedía al Congreso Constitucional la aplicación de la Ley para abaratar los artículos de consumo popular, la construcción de casas baratas y la extensión del seguro de riesgos profesionales a los trabajadores agrícolas, proyecto que había sido presentado por los diputados comunistas. Esto dio origen a la convocatoria de las organizaciones obreras para discutir la Ley de Casas Baratas. Aquí es donde se puede sostener históricamente que fue el Sindicato de Zapateros, orientado y dirigido por el Partido Comunista, el verdadero gestor del Instituto Nacional de Vivienda y Urbanismo, INVU. Es tan importante este capítulo de la vida y de las luchas del Sindicato de Zapateros que merecería una narración detallada de estos hechos que culminaron con la fundación del INVU. Hay muchos costarricenses de todas las esferas sociales que hasta la fecha ignoran el verdadero origen de esta institución nacional, y entre éstos hay miles de bene-

ficiados con las casas del INVU. Algunos creen que nació así porque así, como caído del cielo, o por la buena voluntad del gobierno de don Chico Orlich, en 1961.

El trabajo de propaganda de los sindicatos zapateros para la construcción de casas baratas, fue muy interesante. Se enviaron cartas a distintas personalidades de la época como a don Alfredo González Flores, al Doctor Ricardo Moreno Cañas, al Doctor Clorito Picado, a doña Julia Fernández de Cortés, la Primera Dama. Sus contestaciones fueron todas positivas y concordaban con la necesidad de tomar medidas heroicas para erradicar el problema de la escasez de vivienda obrera. Esas cartas fueron ubicadas en la prensa nacional. Se enviaron memoriales al Congreso firmados por centenares de obreros, artesanos y amas de casa. Se publicaron fotografías de tugurios y ranchos construidos en las calles aledañas de San José, tal era el grado explosivo de este problema. La calle que queda entre el Cementerio Calvo y la Avenida 10 fue totalmente ocupada por construcciones de ranchos de cartón, madera y latas viejas. Por eso se llamaba "Barrio Las Latas". La campaña cobró fuerza a tal extremo que el gobierno de don León Cortés, creó y financió La Junta de Habitaciones con un millón de colones para la construcción de barriadas para los pobres. Así se construyó la Ciudadela Carlos María Jiménez, parte de la del Zapote y algunos edificios multifamiliares. Así comenzaron las bases del INVU.

El Sindicato de Zapateros desarrolló otra gran lucha contra el ocultamiento del arroz y otros artículos de primera necesidad, contra la especulación de los comerciantes de al por mayor y al menudeo. La protesta era máxima. El descontento crecía y crecía. Se logró que el presidente Cortés estableciera algunas medidas de control de los precios.

En agosto de 1937 los trabajadores de la Zapatería Cruz de Grecia planteamos un aumento del salario en el zapato cosido de varón en el contorno trasero. El aumento se conquistó, pero el patrono me despidió. Me fui a trabajar a Cartago, a la Zapatería de los hermanos Acuña. Tiempo

después los trabajadores me eligieron en su Comité Sindical de Taller. No fue mucho el tiempo que trabajé en esa empresa. Al año siguiente pasé a trabajar en la Zapatería Araujo, en San José, a donde me fui a vivir. En esta zapatería se me eligió en el Comité de Taller y se me mantuvo en ese cargo durante 7 años, hasta 1944. En mi condición de dirigente, en estos años obtuve mucha ayuda de los dirigentes sindicales de San José, entre ellos Víctor Mora, Rodolfo Guzmán, Victor Cordero, Isabel Carvajal, (Carmen Lyra) y del Partido Bloque de Obreros y Campesinos, entre nosotros llamado "Partido Comunista." Mi conciencia e ideología clasista se fue desarrollando.

A finales del año 1937, en noviembre, el Sindicato de Zapateros llamó a los trabajadores del Calzado a protestar contra el declamador español José González Marín quien representaba a la camarilla del dictador y asesino Francisco Franco. Los falangistas nacionales y extranjeros montaron un recital a todo dar en el Teatro Raventós. Ya había estallado la Guerra Civil Española. El Sindicato de Zapateros, sin ningún titubeo, tomó la bandera de la República del Pueblo Español. Para nosotros los zapateros de Costa Rica, La Pasionaria, el General Miaja y los combatientes milicianos, eran los auténticos héroes; y nos venía este declamador González Marín, en calidad de embajador del asesino Franco a cantar los poemas de las glorias de las letras españolas.

Los zapateros no podíamos consentir que este acto bochornoso se cometiera sin nuestra manifestación de protesta y decidimos participar en él como terceros personajes. Fuimos al Teatro Raventós con algunos objetos de repulsa como huevos, tomates remaduros y torpedos. Todo lo planeamos para fustigar a González Marín. El Teatro y el escenario estaban engalanados. Sale el declamador vestido impecablemente, de etiqueta. Un silencio y algunos aplausos. Luego, la palabra del artista diciendo con acento español: tengo el honor de iniciar este recital con un bello verso de García Lorca. Eso fue todo. Tanto cinismo exasperó la refrenada protesta. Llovió al embajador de Franco todo el arsenal que se llevaba: tomates,

huevos, petardos y gritos de protesta. García Lorca, laureado poeta español había sido una de las primeras víctimas de la Guerra Civil; torturado y asesinado cruelmente por los falangistas. Segundos después relucieron las cinchas de la policía siendo detenidos Efraín Jiménez Guerrero, Rodolfo Guzmán, Víctor Mora, Alejo Poveda y unos 40 más, zapateros, sastres, y entre los presos iban las escritoras Yolanda Oreamuno y Luisa González. Presos, pero satisfechos por cumplir un compromiso proletario. En esa forma se cerró el año 37.

Durante el mes de enero del año 1938, el Sindicato de Zapateros elaboró un gran programa de actividades en apoyo a la Junta Nacional Eléctrica en su patriótica campaña para expropiar al monopolio norteamericano, la Bond and Share. Consideraba la organización de los zapateros que el pulpo monopolista estrangulaba a la economía nacional y a los consumidores. Debido a esta lucha, en algunas esferas del gobierno apoyada por estos monopolios, tomaba forma la campaña propagandística contra el comunismo.

En abril iniciamos los preparativos para celebrar el Primero de Mayo. Fue en esta ocasión del año 38 cuando se intentó arrebatar nos la insignia de nuestra bandera, que consiste en el tradicional martillo de los zapateros. Para algunos autoridades policiales y para los señores antiobreros, todo lo que oliera a hoz o a martillo debía ser combatido porque eran los símbolos del comunismo. Lo que no sabían era que el Sindicato de Zapateros defendería su emblema, incluso con la huelga nacional, de acuerdo con el Artículo 18 de los Estatutos. Lo cierto es, que nuestra bandera, azul con el martillo del zapatero en blanco, ha flameado en todos los actos importantes de la vida nacional obrera, desde 1934 hasta el presente. El desfile de aquel Primero de Mayo se caracterizó por la lucha contra el alto costo de la vida, por la construcción de casas baratas, la solidaridad con el heroico pueblo español en guerra a muerte contra el fascismo y el nazismo. Desfiló con nosotros un enorme retrato de La Pasionaria, símbolo

de la miliciana española y de la Resistencia. En este desfile hubo algunos detenidos entre los que se encontraban zapateros.

Al iniciarse agosto, el Sindicato con un numeroso grupo de afiliados, se unió al homenaje rendido a la Comisión de Gobernación del Congreso que dio dictamen afirmativo recomendando la expropiación de la Electric Bond and Share, monopolio norteamericano de la energía eléctrica, comisión constituida por los diputados Dr. Moreno Cañas, Lic. Manuel Mora Valverde, Joaquín Vargas Coto y A. Baltodano. El acto se realizó en el Teatro Raventós lleno de bote a bote. Al iniciarse la última semana de ese mes, el Comité Central del Sindicato, reunido en su local, que compartía con el Grupo Pro-República Española, en la esquina sureste del Banco de Costa Rica, recibió la infaus-ta noticia del asesinato del diputado Dr. Ricardo Moreno Cañas. Inmediatamente después de guardar un minuto de silencio, se declaró duelo en las filas de los zapateros. Nuestra bandera de luto encabezó el desfile en los impresionantes funerales y el entierro del querido doctor, tan vilmente asesinado.

En Grecia, en marzo de 1938 la Junta Directiva del Sindicato dio la importante lucha alrededor del servicio eléctrico. El sindicato conoció en ese mes, que el contrato de explotación del alumbrado tenía ya cuatro años de vencimiento y que el contratista, el señor Ulloa, continuaba su explotación. Esto violaba lo contratado porque estaba estipulado que al vencimiento del contrato, la planta que generaba la electricidad, sus instalaciones, redes de distribución y demás equipo y materiales pasarían a ser del pueblo, por medio de la Municipalidad. El sindicato, además frustró un negocio oscuro que se iba a realizar entre la Municipalidad y un señor Riggioni de nacionalidad italiana. La Municipalidad de Grecia estaba frente a un contrato vencido de explotación de la planta eléctrica y sus servicios. El negocio que quiso hacerse consistía, en que la Municipalidad entregaría al señor Riggioni la planta y sus instalaciones eléctricas, autorizándolo a elevar el precio del servicio en un 50%. Con este aumento el señor

Riggioni pagaría en pocos años el valor total de la planta eléctrica. El Sindicato de Zapateros denunció el negocio y llamó al pueblo a presentarse a una sesión municipal. El pueblo se presentó apoyando el alegato presentado por el sindicato. Esta lucha fue publicada en la primera página del Diario de Costa Rica en los primeros meses de 1938 y es importante, porque ahí se origina en Costa Rica, la primera municipalización del servicio eléctrico, y en ella fue decisiva la lucha de los trabajadores organizados y del pueblo de Grecia.

Mi participación en la dirección del Sindicato de Zapateros de Grecia me obligaba a estar en contacto con el Sindicato de Zapateros de San José, con sus luchas como la nacionalización de la producción de electricidad, y la de buscar asesoramiento para dirigir con acierto las actividades y las luchas posteriores. Esa cercanía con aquellos dirigentes josefinos se hizo más fácil cuando me fui a vivir a San José en el año 38 y ya era el Secretario del Sindicato en el Taller Araujo y después en la organización sindical de los trabajadores del calzado de la capital. Muchas veces cuando había problemas con un patrón, en la directiva decían, mandemos a Morales, a quien conocen los empleados. El Sindicato del Calzado fue una organización muy bien constituida. En los estatutos se establecía que la obra del calzado debía ser bien ejecutada y además que el trabajador debía ser honrado. Nosotros establecimos que en la solución de los conflictos con los patronos había que oír tanto al patrono como al trabajador.

En una ocasión me tocó atender una queja de un alistador habilísimo que hacía un buen calzado de mujer. En el contrato de trabajo estaba establecido que el calzado fino debía hacerse por partes iguales, con el calzado de menor calidad, para que el obrero pudiera sacar buena cantidad de pares, y el patrono no respetaba eso. Yo llegué a hablar con el patrono. Era un polonés. El me dice: vea cómo me tiene la máquina, una máquina nueva que acabo de comprar y me tiene toda rota la mesa. Sí, le digo yo, pero vea lo que dice el contrato. Ud. le está recargando el calzado más fino y eso no es lo que dice el contrato. Hagamos una

cosa. Póngale al trabajador a que le reponga la mesa en pagos mínimos semanales pero respétele las partes iguales. Está bien, me dijo. Después yo llegué adonde el muchacho y le dije: vea ya se arregló el problema, pero no piqués más la mesa. Después lo llamé aparte y le dije: mirá te la van rebajar pero el patrono va a respetar el contrato. Entonces me dice: mirá eso no es así, pero como estaba pensando que me iba a dejar sin empleo, lo voy a aceptar. Entonces yo le dije: mirá lo que dice el estatuto. El estatuto le garantiza al patrón que el trabajador debe hacer bien la obra sin dañar las máquinas.

Otro contacto entre los zapateros y con los trabajadores de otros oficios era por medio de las invitaciones a las asambleas. También a través del fútbol. El sindicato del Calzado, antes de la Guerra Civil, un año antes, hubiéramos sido los campeones de fútbol de Costa Rica. Ahí estaban los Piedra, y Chavarria, que eran zapateros. Chavarria, era también corredor. El Sindicato además tenía un Club Deportivo. Ahí llegaban parejas, señoras que nos visitaban. Estaba ubicado exactamente 200 metros al norte de El Cometa, yendo para la parada de la Cocacola. Teníamos entre los zapateros grandes deportistas como el boxeador Tuzo Portuguez; muy buenos billareros como Víctor Mora, Beto Soto de Grecia que llegó a ser Campeón de Costa Rica, los Arroyo y otros más, eran zapateros. Había también zapateros que escribían en el periódico y hacían poesía.

En este mismo año 38, la United Fruit Co. se trasladó a las ricas llanuras costeras del Pacífico Sur dejando desmantelada la provincia de Limón. Solamente quedó la ruina y la miseria, y miles de trabajadores desocupados. La provincia negra quedó desolada y en completa inactividad. A Parrita se fue la United a implantar sus sistemas de explotación. Al principio no había servicios asistenciales mínimos para los trabajadores. Esto hizo que los zanjeros que estaban mal pagados se levantaran en huelga y consiguiieran un aumento de salarios por cada metro cúbico de dichas zanjas. Fue la primera huelga en las nuevas plantaciones de banano, ocurrida en el año de 1939.



## IV

*El Código de Trabajo  
rompió todas  
las tradiciones*



Cuando fui despedido de la zapatería Cruz, en Grecia, trabajé en Alajuela y poco después me trasladé a San José. Conseguí trabajo en la zapatería de los hermanos Araujo. Hacían un trabajo fino y fuerte; el calzado Araujo tenía mucho prestigio en la capital. La empresa de los Araujo no tenía las características de una fábrica, sino de un taller manufacturero. Estaba ubicada de la esquina del Raventós, 200 metros al norte. La esquina era una tienda de ropa, se entraba por ella y de los mostradores se subía a la segunda planta. En la primera entrada estaban los cortadores. Subía uno una grada y arriba había un salón grande. En ese salón estaban las máquinas de alistado y otras para majar el cuero. Había una mesa larga y un estante donde estaban las hormas. Había otra parte del taller en donde se ubicaban las suelas y los cortadores. El tenía un horario así: se entraba a las 7 y se salía a las 11; se entraba a las 11:30 y se salía hasta las 7 de la noche. Se elaboraban las botas tejanas con tacón tejano parecido al mexicano, y se hacía también un zapato fino de varón y de señora para bailes y fiestas. Se hacían las botas para los ganaderos con un taconcito cubano, parecido al tejano, pero más corto. Había muchos clientes que eran caballistas y ganaderos guanacastecos. Yo hacia esas botas. Y me gustaba hacerlas bien, bien presentaditas. Era un taller muy bien distribuido. Tenían un orgullo de vender el calzado fino. En él trabajaban unos 16 hombres. Sólo la mesa cubría 10 montadores.

En los talleres de zapatería no se trabajaba los lunes, pero no es porque fuéramos vagos o alcohólicos, como después decía alguna gente. Lo que pasaba es explicable. La producción del calzado era de zapato a la medida, no era para vitrina. La toma de la medida se iniciaba el lunes y a partir del martes era que los obreros entraban propiamente a trabajar. En muchas ocasiones el zapatero tenía que trabajar los domingos para sacar el calzado a la medida. Entonces por eso era que el día lunes era para nosotros como un domingo. Claro que eso se terminó lentamente después de la conquista de la seguridad social al establecerse como feriado el domingo, o que debía que pagarse doble.

En ese taller fui bien recibido por los zapateros. Todos ellos militaban en el sindicato y tenían referencias de mi persona. Además, para identificarme presenté mi carné de la organización de zapateros de mi pueblo, en vista de que para poder trabajar en este taller se necesitaba la aprobación del Comité Sindical del Taller. Al transcurrir el tiempo pasé a ser militante del Sindicato de Zapateros de San José. Los trabajadores del taller Araujo me eligieron en su comité en la Secretaría de Organización. Me correspondió por varios años dirigir el Comité de Base. Tenía que estar atento a que recaudaran la cuota mutual para el caso de deceso de un zapatero afiliado; resolver todos aquellos problemas de labores frente al patrono a fin de lograr mantener la organización; participar y hacer participar a los trabajadores en las asambleas del sindicato y en los desfiles del Primero de Mayo.

Fue después de la huelga de enero-febrero de 1934 que los trabajadores del calzado aprendimos en la práctica el significado del Primero de Mayo. La mayoría de los zapateros apenas sabíamos que el Primero de Mayo es el Día Internacional del Trabajador. Conocíamos muy poco la tradición histórica y mucho menos el motivo por el cual ese día se decretó como día de lucha internacional. Los sindicatos provinciales y el Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado, comenzaron en el mes de abril de ese año 34, los preparativos para el desfile. Nos aprestábamos con

gran entusiasmo a hacer una gran manifestación. Fue la primera vez que los zapateros participamos. La columna de los zapateros, opinábamos: "debe ser la mayor, la más entusiasta y la más combativa". Comenzó así una intensa campaña de propaganda sobre el Primero de Mayo con importantes despliegues del gremio en los desfiles. Tal fue el entusiasmo de los zapateros organizados que, desde esa fecha, nos ganamos el privilegio de encabezar las marchas posteriores del Primero de Mayo.

Cuando me trasladé a San José tuve más contacto con zapateros comunistas, cuando viví por el Cementerio Obrero. Después, en la Pitahaya era vecino de Víctor Cordero, zapatero dirigente del Partido Comunista. Otros zapateros que formaban parte de la dirección del Partido eran Emilio Moscoa y un hermano de él; también Tabo García, Rodolfo Guzmán, Víctor Cordero, Garbanzo y Barrera, que era miembro de la Junta Directiva del Sindicato del Calzado. Con ellos teníamos algunas actividades propiamente del partido. Yo pertenecía a la célula de la Pitahaya la cual creo que se llamaba La Pasionaria. Ahí nos reuníamos todos los domingos. En ellas se trataba la política del partido. Siempre llegaba una circular y se leía la orientación sindical del Partido. También conocíamos el periódico "Trabajo".

Entre los zapateros, muchos pertenecían al partido. Cuando el partido convocaba a una asamblea era grande el número de zapateros, también estaban los gráficos, los constructores, los sastres, los panaderos. Estos últimos tenían un local que pasaba abierto toda la noche, en el edificio El Sueño de Colón, frente a la Iglesia de los Angeles. También yo visitaba las zapaterías y conocía a muchos trabajadores del mismo oficio, porque era un orgullo para mí ir a ver en una vitrina un calzado echo por mí, y el dueño de la zapatería me decía: entre, pase adelante Morales y cualquier día que quiera venirse a trabajar conmigo, tiene la puerta abierta. Así, yo quería quedar bien conmigo y con el patrón y me conocían por el buen trabajo que hacía. Ese interés mío de ser un buen obrero estaba ligado con mis ideales. Sabía que si no era un buen obrero y me

conocían los ideales, ligerito no más me botaban. En cambio si le correspondía al patrono, pues no hallaban como despedirlo a uno.

Yo considero que la mayoría de los zapateros llevaban simpatías por el Partido Bloque de Obreros y Campesinos durante las campañas electorales. El hecho mismo de que los zapateros trabajaban tal como estamos nosotros aquí sentados y que estamos terminando la obra y nos quedaba tiempo para conversar, podía haber en un grupo de 15 obreros, unos cinco camaradas y los otros 10, no. Pero como ellos llevaban información del partido, a la hora llegada de las elecciones ponían indecisos al resto de los trabajadores, y últimamente se abrían a la conversación: nosotros, decían, vamos a dar el voto por el Bloque. Aquellos 5 se duplicaban y eso podía suceder en todos los talleres. De ahí la gran fuerza que tomó el partido en San José. Sin embargo, la fuerza del partido eran los bananeros, lo cual venía desde la huelga del Atlántico de 1934 cuando los zapateros nos lanzamos a la calle presionando para que Ricardo Jiménez no reprimiera la huelga. Ahora, algunos zapateros escribían sobre su situación, en el periódico Trabajo. Tenían grandes virtudes fuera del trabajo. En lo que escribían expresaban sus sentimientos. Eran grandes hombres.

Ahora, en mi casa, en mi familia, mis padres nunca me dijeron nada por mis ideas y actividades sindicales y con el partido comunista. Nunca, ni él, ni mi mamá me reprocharon nada. Me dejaron comprender y actuar. Ni siquiera durante el año 48. Me parece que ellos consideraron: bueno... es su criterio, es su orientación. Claro que por mi parte cumplía con ciertas obligaciones que los hijos tienen con los padres. Ellos sabían para donde salía, ya fuera para la zona bananera, o para San Carlos a visitar precaristas. Lo único que recibía de ellos era su bendición y un "que le vaya bien". Mi papá no fue comunista; pero tampoco combatió a los comunistas.

En Grecia sí había anticomunismo, pero sin conocimiento. No había personas que abrieran una discusión. Solo

decían, bueno, apartémonos. Sin embargo, yo siempre conté con el aprecio de los vecinos. Es algo que todavía siento. La oposición del papá de Teresa a su relación conmigo, según él por mis ideas, era porque era un pequeño finquero. En el caso del papá de Lilí, fue porque en ese tiempo había como una tradición del papá, de decidir en el noviazgo y el matrimonio de las hijas mujeres. Ya una vez que me casé, la primera esposa mía, Teresa fue camarada. Tengo fotografías de una vez que fuimos a reuniones del partido a Turrialba. Antes, en Grecia, las reuniones del sindicato y del partido se hacían en la casa. Ella preparaba café y alguna cosita para los compañeros. También hacia venta de ropas para el partido. A mi casa llegaban Luisa González, América Rodríguez y otras compañeras de la Alianza de Mujeres.

Al comenzar los años cuarenta dos conflagraciones afectaban al mundo y a pesar de estar nuestro país muy alejado y de ser una nación pequeña, sufria sus efectos. Se trataba de la crisis cíclica del mundo capitalista, la de 1937 y la Segunda Guerra Mundial desatada por el fascismo alemán dirigido por Adolfo Hitler con su poderoso ejército, mantenía en todos los países del mundo, incluyendo Costa Rica, una red de espionaje llamada la Quinta Columna. La crisis de la guerra se reflejaba en nuestro país en la falta de trabajo, en la escasez de materia prima en las manufacturas y fábricas y en la inseguridad económica. El costo de la vida se encarecía y los salarios se rebajaban. Aumentaba el desempleo. Todos estos problemas contribuyeron a levantar la preocupación de los trabajadores por los problemas sociales y a pensar y mirar hacia adelante. ¿Qué hacer ante esta situación? ¿Cruzarse de brazos o luchar organizadamente? Los trabajadores se decidieron a luchar organizadamente. Algunos gremios convirtieron sus sociedades en sindicatos y otros constituyan sus sindicatos. El temor a la palabra sindicatos desaparecía, al comprender los obreros que el nombre sindicato tenía un significado más de clase que cualquier otro nombre de la organización.

El año 1939 se inició con una nueva Junta Directiva del Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado. En la Asamblea de febrero se eligió su Comité Central con las siguientes personas. Efraín Jiménez Guerrero, Secretario General. Alejo Poveda, en organización. Finanzas, Oscar Garbanzo. Carlos Luis Naranjo, Fiscal. Vocales, Víctor Cordero, Víctor Mora Mora, Rafael Carvajal y Antonio Soto. Su primera medida fue la de hacer un vigoroso llamamiento a los zapateros para hacerle frente al problema de la vivienda. Para el desfile del Primero de Mayo, la consigna central fue esa: casas baratas. Además, se exigía al gobierno que se definiera entre democracia o fascismo. Se organizaron grupos de obreros para resguardar el orden del desfile ante posibles ataques de grupos fascistas.

En junio se inició la construcción de casas baratas con el millón de pesos aportados por el gobierno de León Cortés a la Junta Nacional de Habitación. El sindicato celebró ese acontecimiento porque fue él, el principal gestor de esta campaña de bien nacional. El 12 de ese mismo mes, los zapateros del país, convocados por el sindicato, paralizaron los talleres manufactureros, para asistir a las barras del Congreso y apoyar la Ley de Abaratamiento de las subsistencias. El 23 de agosto, cientos de obreros y zapateros de todo el país desfilaron en el Cementerio General para conmemorar el Primer Aniversario del asesinato del Dr. Ricardo Moreno Cañas. En setiembre, los zapateros le dimos un gran apoyo a un mitin obrero en Defensa del Consumidor. Este acto fue la primera manifestación pública de protesta obrera contra la especulación provocada a raíz de la Segunda Guerra.

En el transcurso de los años 1940-1944 gobernó el país el Dr. Rafael Angel Calderón Guardia. En el año 1940 nuestro sindicato participó en un poderoso movimiento de apoyo al pueblo y al gobierno mexicano por su medida antí imperialista de nacionalizar el petróleo. En el 41, cuando Alemania atacó a Polonia y se declaró la Segunda Guerra Mundial, el Sindicato de Zapateros celebró combativas asambleas y manifestaciones en contra del nazi-fascismo. El Secretario General Víctor Cordero, se

desplazaba a las provincias para informar a las directivas de los sindicatos de zapateros sobre los acuerdos de los actos para el Primero de Mayo. Hicimos un gran desfile y una concentración en el Templo de la Música. Se agitaron las siguientes consignas: por la libertad de Luis Carlos Prestes, Secretario General del Partido Comunista de Brasil; por la libertad de Earl Browder, Secretario General del Partido Comunista de los Estados Unidos. América fuera de la guerra. Detención del nazifascismo. Ante 10.000 trabajadores, hablaron Manuel Mora y el Presidente de la República, Rafael Angel Calderón Guardia. Al mes siguiente, el Sindicato de Zapateros en un acto masivo, saludó al Partido Comunista de Costa Rica en su Décimo Aniversario de Fundación. El saludo lo suscribió Fernando Guevara, en su calidad de Secretario de Correspondencia. Entregó a Manuel Mora una medalla de oro. En octubre se prepararon los pliegos de peticiones al gobierno por aumentos de salarios. De manera que el sindicato, en ningún tiempo, ni en la Segunda Guerra descuidó su obligación de revisar y luchar por el mejoramiento de las condiciones de trabajo y de vida de sus afiliados.

En ese mismo año floreció mi hogar con un nuevo ser. Nació mi primer hijo, Juan Rafael. Soñábamos con que él disfrutara de las alegrías de la vida. Sabíamos que la felicidad de los niños va de acuerdo a la justicia del régimen político y del sistema de organización económica y social del país.

Durante los primeros dieciocho meses de gobierno, el Dr. Calderón Guardia gobernó permitiendo o dando rienda suelta a los vicios y a la corrupción administrativa. Pero luego, obligado por grandes manifestaciones de las masas, cambió de posición. El Presidente se alineó con las potencias aliadas que luchaban militar y políticamente contra el nazifascismo; declaró la guerra a Alemania, Italia y Japón. Esa medida antifascista lo llevó a enfrentarse a la burguesía reaccionaria. Esta, que antes le daba su apoyo, se le apartó y comenzó una campaña de liquidación y de desestabilización, pues pretendía darle un golpe de estado y votar del poder al Dr. Calderón Guardia. Fue en dicho

momento que el gobernante se sintió en una situación difícil, sin el apoyo de nadie. El Partido Comunista le dio su respaldo y metió el hombro para que el doctor no cayera del poder. Pero es claro: esto no sucedió así porque así, sino debido a que se pactó un compromiso de que a cambio de ese apoyo que tanto necesitaba, Calderón Guardia promulgaría inmediatamente una serie de leyes que los trabajadores necesitaban, y que, por largo tiempo, venían demandando. Este convenio fue apoyado por toda la clase de los trabajadores y de los obreros.

Yo considero que Costa Rica era un país muy pequeño para la gran conquista de la Legislación Social. Si no hubiera sido por la forma inteligente en que los dirigentes, de esa época de la Segunda Guerra Mundial, descubrieron por donde entrar para lograr aquella legislación, creo que todavía no la hubiéramos conseguido. Tuvieron una gran agilidad mental para darse cuenta de que los cafetaleros estaban en contra de ella y estaban a favor de los alemanes quienes sostenían a la Quinta Columna, mientras la otra parte estaba en contra. No le quedaba más a Calderón que aceptar lo que planteaba la mayoría, la clase obrera, a través de su Partido.

El Primero de Mayo de 1942, el Sindicato de Zapateros encabezó el desfile. Nuestras consignas fueron contra la Quinta Columna, así como por el abaratamiento de la vida y por un aumento general de salarios. Poco antes había sido electa la nueva Junta Directiva quedando integrada por: Rodolfo Guzmán R., Secretario General. Finanzas, Juan Antonio Polanco. Organización Manuel Moscoa Barrantes. Correspondencia, Armando Zeledón. Cultura y Deportes, Félix Piedra. Actas, Guillermo Loaiza Quirós. Fiscal, José Antonio Barrera, Prosecretarios: Víctor Mora, Rafael Arias y Carlos Luis Naranjo.

El 4 de julio de 1942 los trabajadores del calzado participamos en una de las más grandiosas manifestaciones de protesta del pueblo costarricense contra la agresión nazi-fascista: el hundimiento del barco de carga San Pablo por un submarino alemán, en el que desaparecieron 23 traba-

jadores que se encontraban en las tareas de descarga en el muelle de Limón. Hasta entonces, el gobierno había mantenido una actitud tolerante con la Quinta Columna integrada por comerciantes alemanes, italianos y españoles falangistas. Estos se estaban haciendo millonarios con la especulación, y a la vez, contribuían económicamente para sostener las fuerzas nazifascistas que mantenían la guerra. El pueblo indignado por el hundimiento del San Pablo y aquel crimen sin nombre contra trabajadores humildes, apedreó los negocios de la Quinta Columna. Por su parte, los cafetaleros ponían en apuros al gobierno de Calderón con el apoyo que dieron a la Quinta Columna. El comercio subía los precios, escondía los artículos y provocaba escasez.

Yo participé en las manifestaciones en contra de los alemanes y tuvimos que combatir a los que se metieron para hacer las barbaridades de romper vidrios y robar. La Quinta Columna estaba bien constituida en Costa Rica. Cualquier movimiento nuestro, de los comunistas, lo combatían. En esa manifestación el que iba a hablar en el kiosco del parque era Sierrita, -Gonzalo Sierra- y resulta que la Quinta Columna se infiltró en el grupo y le dieron con una cadena a Sierra. Por eso fue Alvaro Montero quien hizo uso de la palabra. La Quinta Columna infiltrada en la manifestación estaba formada por grupos grandes. No eran desordenados sino muy ordenados para atacar en diferentes partes del desfile. Entre ellos estaban unos carajos que después tomaron el poder con Figueres. Cardona era de esos grupos. El otro era de origen alemán. Yo lo vi una vez cuando puso una botella en un obelisco del cementerio y le disparaba desde una cantina, al otro lado de la calle, se llamaba Frank Marshal. También estaba entre ellos Chalo Facio. Otro de los hombres que jugó un papel importante en aquellos hechos, fue Francisco Orlich, quien llegaría a ser Presidente de la República.

Así, 1942 y 1943 fueron años de grandes acciones por parte de los trabajadores. Miles de miles de ellos se manifestaron en la calle en relación con las demandas de las reformas sociales convenidas entre el gobierno por medio

de su Partido Republicano y el Partido Comunista, después llamado Vanguardia Popular, por la propuesta de éste último. Fue un período de gran agitación del pueblo trabajador. Yo participé en todas las luchas que condujeron a la conquista de la reforma de nuestra Constitución Política, para introducir en ella el capítulo de las Garantías Sociales que cristalizó con la promulgación del Código de Trabajo y los Seguros Sociales. Por primera vez en la historia de Costa Rica los trabajadores tenían derechos laborales y sociales. Ya el patrono no fijaría el salario a su antojo sino que una Comisión de Salarios integrada por un representante patronal, otro del estado y uno del Sindicato respectivo, serían quienes fijarían los salarios mínimos. Esas comisiones no fijaban los salarios reales de acuerdo con las capacidades y eficiencia de los trabajadores, sino en la forma mínima, para proteger a los trabajadores de escasas condiciones físicas, por edad, por experiencia. En este salario no se hacía ninguna discriminación por edad o sexo, vacaciones pagadas, feriados pagos, preaviso, auxilio de cesantía, que es el freno para reducir al mínimo el despido injustificado, y otras tantas disposiciones más a favor de los trabajadores; lo mismo que el seguro social y el derecho de organización sindical.

Hay un hecho muy interesante en la historia de cuatro personas: de Jorge Volio, Ricardo Jiménez, Calderón Guardia y Monseñor Sanabria. Todos estudiaron en Europa cuando allá había un desarrollo muy grande de la industria. Fueron influenciados por el Cardenal Mercier, un hombre que interpretaba, a su manera, el desarrollo del movimiento obrero y criticaba el gran capitalismo. Yo oí varios discursos de Jorge Volio y en ellos hablaba del marxismo. Fue de las primeras veces que oí, marxismo; yo no sabía que era marxismo. Y la divisa era roja. Tiempo después me di cuenta que Jorge Volio no había estudiado el marxismo, pero sí tenía influencia de las ideas de aquel Cardenal. Calderón Guardia también fue influenciado por esas ideas. En mí había quedado muy temprano la impresión de que Monseñor Sanabria era un hombre diferente a todos los sacerdotes de entonces en Costa Rica. Cuando hubo ese contacto entre Monseñor y Manuel, yo pensé

para mí: es como si se hubiera abierto una flor con las condiciones para la conquista de algo que querían los trabajadores. Si sé que Monseñor Sanabria tuvo reuniones con Manuel y el Partido celebró un Congreso para cambiar su nombre. Yo estuve en ese Congreso. No hubo polémica sobre el cambio del nombre del partido, porque se dieron las explicaciones. Era un cambio de nombre, no un cambio de ideales. La historia del movimiento obrero costarricense es muy antigua. Lo que sucede es que no hubo hombres interesados o no encontraron el campo para que se hablara de eso.

Al comenzar el año 43, el Sindicato de Zapateros plantea a los patronos peticiones de aumento de salarios de un 50%. Frente a la negativa patronal el sindicato llevó a sus afiliados y a todo el gremio a la huelga. Esa fue la segunda gran huelga de Zapateros de San José. Los dirigentes de San José se dieron a la tarea de visitar las siete provincias para alertar a los zapateros que apoyaron las peticiones y ponerlos en pie de lucha. La iniciativa tuvo éxito. La huelga se extendía por todo el territorio nacional. Yo participé activamente en la huelga. Me tocó en nuestro sindicato formar parte de los comités de vigilancia.

El gobierno del Dr. Calderón Guardia tomó cartas en el asunto y decretó un aumento en los salarios, de un 25%, el cual cubrió a los obreros de todo el país. En algunos lugares donde los salarios eran muy bajos, el porcentaje fue mayor, pues el salario por obra determinada fue nivelado en todo el país. Esta importante huelga creó el Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado. Luego el Sindicato impulsó la creación de un Comité de Enlace Nacional entre todas las organizaciones sindicales existentes en el país, con el fin de desarrollar un plan para la creación de la Confederación de Trabajadores de Costa Rica. Se acordó erogar la suma de ₡2000 para financiar el trabajo, a escala nacional, por la constitución de la Central Nacional de Trabajadores. Se iniciaron además, los preparativos para celebrar el Primero de Mayo. La marcha del Día Internacional del Trabajo, de 1943 tuvo una participación masiva: 40 000 trabajadores desfilaron en

respaldo al Capítulo Constitucional de las Garantías Sociales. Se daba el comienzo de una nueva época en la historia de Costa Rica.

Dos meses después, en agosto, se constituyó la Confederación de Trabajadores de Costa Rica, CTCR. La Asamblea del Sindicato de Zapateros de San José me designó como delegado efectivo para que participe en este congreso que se celebró en el Estadio Mendoza. Como Secretario General se nombró a Rodolfo Guzmán Rodríguez. Una vez más, un zapatero ejerciendo el más alto honor y responsabilidades otorgadas por la clase obrera costarricense. Guzmán se multiplicó en sus actividades para el cumplimiento de la enorme tarea contraída con los trabajadores: consolidar la nueva estructura sindical. Esta Central agrupó a todos los Sindicatos y Asociaciones y se fueron constituyendo federaciones en casi todas las provincias y en el Pacífico Sur, a donde cinco años antes se había instalado la compañía bananera, United Fruit Co. Con la creación de la Confederación de Trabajadores de Costa Rica se dio por primera vez en la historia del movimiento obrero, la estructura sindical necesaria para todas las organizaciones de trabajadores del país.

Al mes siguiente, todo el movimiento sindical participó en la imponente manifestación del 15 de setiembre, día en que entraban en vigencia las Leyes de las Garantías Sociales: el Código de Trabajo y los Seguros Sociales. Ese fue el disfrute del primer día de derecho de esas conquistas para los trabajadores pues era un día feriado en el que, sin trabajar, iban a recibir salario de acuerdo con las nuevas leyes. Pero, para la aplicación de las leyes sociales se presentaron dos problemas: algunos patronos se negaban a pagar ese feriado y fue necesario meterlos en cintura. Otro problema surgió en algunos grupos de trabajadores. Por ejemplo, los jornaleros de la finca cañera de Turrialba, propiedad de un hermano del Presidente de la República, se negaban a recibir el pago de dicho día feriado, alegando que no se lo habían ganado. Fue necesario

hacer varias reuniones con ellos para convencerlos de que ya los trabajadores tenían derechos que el Código de Trabajo les otorgaba.

El Código de Trabajo convirtió en derecho la organización sindical y rompió todas las tradiciones que existían en materia de relaciones obrero patronales, por primera vez en la historia de Costa Rica. Para despedirlo a uno debía existir causa justa. Los patronos tenían que pagarle al trabajador las vacaciones, el auxilio de cesantía, el preaviso y tomar medidas de protección a la salud de los ocupados en los talleres y en los centros de trabajo. Esta reforma de la Constitución Política favoreció más el movimiento sindical, en su desarrollo durante los años siguientes. La CTCR orientó la lucha por el camino del respeto y cumplimiento de toda esa legislación por parte de los patronos. Se estableció también un salario mínimo para todos los trabajos y los oficios. En ese tiempo, había dentro del Estado únicamente una Oficina Técnica que regulaba los salarios, pero por lo general eran los patronos los que fijaban a su antojo los salarios. La jornada de trabajo solamente se cumplía en la medida en que los trabajadores lucharan por su cumplimiento. Tampoco había seguridad social y la única Ley protectora de los trabajadores, era la Ley de Accidentes de Trabajo, una conquista del Partido Reformista desde 1925 la cual resultaba muy deficiente en esta época.

Al mismo tiempo, yo participaba como mi partido político, Vanguardia Popular, en la lucha electoral que se daba por alcanzar la presidencia de la República, entre los candidatos Teodoro Picado y León Cortés. Conocíamos a los dos candidatos, pero sabíamos que León Cortés agrupaba a todas las fuerzas enemigas de la legislación social. Esta campaña electoral adquirió una gran violencia. En febrero del año 1944 participé en una mesa electoral receptora de votos como miembro del Partido Vanguardia Popular. Fue electo Teodoro Picado. Recuerdo que por esos años yo aprendí a ahorrar porque la propaganda de Otilio Ulate decía: si es comunista no le compre, no le venda. Entonces, yo guardaba el dinero para que me alcanzara

para el mes siguiente porque como era comunista, no me fiaban. Y eso lo hacía más bien porque estaba en un movimiento de principios y de ideales.

El 1 de noviembre del año 44 nació mi segundo hijo, Orlando. Nuestra situación económica como la de mis padres, era mejor. Contábamos con más protección en lo referente a salarios, atención médica y estabilidad en el trabajo. Mi esposa vivía con más alegría. Me apoyaba en mi forma de ser; estaba dispuesta a todo sacrificio si éste lo hacíamos en beneficio de nuestra noble causa. Yo vivía en la Pitahaya. Los domingos me iba con mi esposa a La Sabana. Ella preparaba un almuerzo a la costumbre campesina: frijoles molidos con cebolla, pedacitos de chicharrón, tortas de huevo; todo en gallos, con tortillas hechas por ella. Durante la semana repartía mi tiempo entre el trabajo en el taller, en el sindicato y en el Partido.

En los años siguientes bajo la presidencia de don Teodoro Picado se desató la persecución sindical por parte de los patronos, tratando de dividir al movimiento obrero. La CTCR funcionó como Central Unica hasta 1945. Pero la burguesía que había creído que la legislación social iba a ser "atolillo con el dedo", al darse cuenta de su aplicación efectiva, porque los trabajadores se organizaban para defender sus conquistas pues en todas partes se constituyan sindicatos, comenzaron una campaña de difamación, de odio y confusión, usando toda clase de maniobras para dividir a los trabajadores que estaban unidos orgánicamente. Otros patronos despedían a los trabajadores porque decían que no podían soportar los gastos del seguro social, pero en realidad lo hacían para destruir la organización sindical. Fue entonces cuando los patronos pensaron en crear una nueva Central Sindical, pero a su servicio; al mismo tiempo, algunos patronos crearon los sindicatos llamados amarillos.

Puedo recordar un caso en la finca de los Sánchez en que el patrono reunió a todos los trabajadores para instarlos a formar un sindicato y para eso colocaron dos mesas: en una había tarjetas rojas y en la otra tarjetas amarillas.

Después de una arenga, en la cual decían los representantes del patrono la forma en que los comunistas se comían vivas a las personas durante la Guerra Mundial y otras barbaridades, llamaban a votar. El que votara con la tarjeta roja estaba por un sindicato comunista, el que lo hacía con tarjeta amarilla, estaba por el sindicato cristiano y demócrata. Por ello, a esos últimos los llamaban sindicatos amarillos. Así fue como la burguesía, con algunos elementos de la clase media, constituyeron sindicatos, a la vez que el cura Benjamín Núñez andaba en el extranjero estudiando para luego venir a ponerse al frente del Sindicalismo Cristiano. De ahí que en el año de 1945 se constituyó otra Central de Trabajadores, la Confederación Rerum Novarum. Surgió para dividir a los trabajadores, esa era su política. Entonces me tocó participar en una intensa campaña de orientación de los obreros, dirigida por la CTCR. Se explicaba en asambleas de los sindicatos a los trabajadores, cómo hacer frente a esta política patronal.

En diciembre de 1945, mi patrono Luis Araujo siguiendo la actitud de casi todos los patronos de destruir el Sindicato de Zapateros, me llamó a su despacho. Me planteó que las cargas sociales que estaba soportando lo llevarían a la ruina, por lo que resolvió prescindir de todo el personal laboral. Me dijo que comunicara a los trabajadores esa disposición de la empresa y que oportunamente se entregaran las cartas de despidos y se daría el preaviso, y terminado éste, las prestaciones legales. Los Araujo cambiaron de método de producción: contrataban con uno de los trabajadores Julio García, entendido en administración y producción del calzado para que les produjera los zapatos. Julio por su parte, me contrataba para elaborar el mismo calzado.

Araujo cerró como reacción a las leyes sociales. Me parece que hubo otros, como La Costarricense. Yo llegué a la conclusión de que los Araujo no comprendieron bien su gran clientela y la importancia que tenían en el puro centro de San José. A mí me parece que ellos se asustaron. ¿Cómo podía ser que al trabajador había que pagarle vacaciones,

preaviso y cesantía y seguro de enfermedad? Y lo digo, porque cuando nació el tercer hijo mío yo trabajo con ellos. Ese mismo día iba como nervioso, y me pegué una herida en un dedo. Luis Araujo se preocupó por mí y me mandó donde un médico. El doctor me dio ocho días de incapacidad. Yo volví adonde Luis y me dijo: Morales váyase tranquilo. A su casa le llega el salario. Y cuando eso no estaba asegurado. Entonces yo decía: ¿cómo puede ser que cierren ahora, si el capital sabe acomodarse a las necesidades? Sí, fue una reacción masiva a las leyes laborales. Fue total, todos los patronos zapateros fueron cambiando al comercio. Los Araujo mantuvieron un tiempo solo el calzado fino. Pero el cambio profundo en la manufactura del calzado se produjo con el Mercado Común Centroamericano. En ese mismo año nació mi tercer hijo, Olman. En los últimos días me trasladé de casa y me fui a vivir a Santo Domingo de Heredia.

Es claro que la CTCR no se debilitó por la creación de la otra central sindical ni por la persecución patronal contra los trabajadores afiliados a ella, pues las luchas cada vez aumentaban en formas diferentes; unas veces en huelgas, otras en paros, en desfiles de protesta, etc. y en todas estas acciones estaban al frente los dirigentes de la CTCR. Por ejemplo, en 1947 se desarrolló la primera huelga de los bananeros del Pacífico Sur, la cual terminó con éxito, ya que se ganaron las demandas fundamentales; aumento de salarios y control de los precios de costo en los artículos de venta en los comisariatos de la compañía. Hubo otras huelgas, de electricistas, de los ferroviarios de la Northern, etc.

Una de las más resonantes, que se produjo también en 1947, fue la huelga de los panaderos, afectando a todas las panaderías de la capital. Esta huelga fue en protesta por un fallo arbitrario del Tribunal Superior de Trabajo. Los panaderos habían planteado un conflicto colectivo de carácter económico social en todos los talleres. Agotada la conciliación y habiendo apoyado la huelga el cien por ciento de los trabajadores, se pidió la declaración de huelga legal. El Juez de Trabajo declaró con lugar la petición,

pero para hacerla efectiva hasta seis meses después. Esto era una completa burla a los trabajadores. Se planteó entonces la apelación respectiva, pero el Tribunal Superior de Trabajo confirmó el fallo del Juez y los trabajadores, no obstante haber sido advertidos de que podían perder todos los derechos adquiridos, decidieron irse a la huelga. Esta huelga duró veintidós días, los cuales fueron veintidós días de dura lucha y grandes sacrificios. Hubo choques con los cuerpos represivos del Gobierno y de los patronos. Terminó la huelga con la conquista de un aumento en los salarios, pero los trabajadores perdieron los derechos adquiridos.

Todas estas acciones combativas de los trabajadores para hacer cumplir sus conquistas desesperó a la burguesía reaccionaria. Además, no podía ver con buenos ojos el hecho de que ya en la Asamblea Legislativa habían diputados propiamente del partido de la clase obrera; de que también otras conquistas se habían logrado en beneficio de la clase trabajadora y campesina, de los estudiantes y de la clase media, y que todo ello se encaminaba en provecho del desarrollo económico del país. Los ricos, las compañías extranjeras, al darse cuenta del gran avance de los trabajadores organizados en sus sindicatos y en el Partido Vanguardia Popular, iniciaron una campaña difamatoria en contra del movimiento popular y del gobierno, una campaña de odio y confusión, usando toda clase de maniobras para dividir a los trabajadores. Esa desesperación fue una de las razones de que en 1948 la burguesía reaccionaria tomara como pretexto, la supuesta falta de libertad electoral para lanzarse a una guerra civil.

En marzo de ese año, como se preveía, vino el alzamiento armado de José Figueres. Los sindicalistas, como trabajadores, acudimos -era lógico-, a los frentes de batalla, en defensa de las Garantías Sociales y del Código de Trabajo. El sindicato de zapateros tuvo sus columnas en el campo de la lucha armada defendiendo hasta con el sacrificio de sus vidas, el pasado y aquel momento de lucha por todas esas conquistas. Las organizaciones sindicales habían hecho muchas asambleas planteando aquel momento que

se daba y la lucha que había que continuar para defender las conquistas sociales. Nosotros sabíamos que habíamos elegido a don Teodoro Picado para mantener la legislación social. Esa fue la línea. Ya en la guerra había un ambiente bien preparado para la defensa.

Es más, San José tenía la fuerza sindical más poderosa porque estaban los obreros de la construcción, zapateros, panaderos, tipógrafos, carpinteros, sastres... era una fuerza sindical poderosa y estaba en armas. Era muy difícil que Figueres pudiera tomar San José, a no ser que fuera muy ayudado por la Legión Caribe. Los trabajadores recibíamos las noticias de la radioemisora del Partido, Ecos del 56, que estaba en San Pedro. En las Actas de las asambleas extraordinarias celebradas con motivo de la Guerra y presididas por Bernardo García (Tabo), en la celebrada el 22 de marzo se encuentra el acuerdo que autoriza al Comité Central a dar ayuda económica a los zapateros que están luchando en los frentes de batalla. En la del 29 del mismo mes, se tomó otro acuerdo que decía: "ayudar con mil colones al Ejército Popular". Asimismo, se encuentran informes del Club Deportivo del Sindicato, administrado y dirigido por Emilio Moscoa y Víctor Mora, en el mismo sentido.

Yo estuve enlistado en las milicias hasta que se me dio de alta. Me correspondió formar parte de la columna de zapateros. Me enlisté en las filas que combatían para el entonces Presidente de la República, Teodoro Picado. Primero íbamos a reportarnos a las oficinas del Sindicato donde hoy está el Instituto de Seguros que era una casa que nos había cedido el gobierno para las actividades sindicales. Después fui enlistado en el Cuartel Bella Vista, hoy Museo Nacional. Ahí me dieron todos los papeles. Me entrenaron militarmente durante cinco días; luego de eso fui a pelear a las montañas de la Carpintera, en Frailes; luego, a reforzar las tropas en Tarbaca, al mando del Mayor Maximino Solano. En Tarbaca tuvimos dos fuertes combates; en el segundo fue muerto el Mayor Solano. Quedamos a las órdenes del Sargento Ananías Arrieta, quien con gran astucia nos dirigió hacia Santa Elena de

Cartago. Ahí tomamos un beneficio de café después de un fuerte encuentro con los insurgentes figueristas. Encontramos dos barriles llenos de queso y de licor. El beneficio lo manteníamos como cuartel hasta que llegó la noticia de que había terminado la Guerra. Años después me dieron una pensión de guerra durante el gobierno del hijo de Figueres. Me costó bastante conseguirla.

En ese estado de combatiente uno le pierde todo sentido a lo que posee: casa, propiedades, hijos, esposa, familia, todo. Uno sólo piensa en defenderse y en sobrevivir hasta donde sea posible. Uno está dispuesto a morir. Por eso, yo considero que se va a las armas sólo cuando un ideal ha penetrado profundamente en la persona. En el bando de Figueres habían muy pocos obreros. Carpinteros, zapateros, tipógrafos, obreros propiamente no pelearon con él como fuerza militar. Ese bando tenía campesinos, amigos y vecinos de las fincas de ellos. Yo creo que ellos peleaban, algunos por la propaganda que había contra los comunistas, tal vez porque pensaban en que hubiera progreso, pero esos no eran trabajadores, sino de la llamada clase media. La mayoría de los dirigentes sindicales se alistaron. También algunos dirigentes políticos como Ferreto. En el caso de Manuel, también, pero él estaba protegido al igual que Carmen Lyra o Luisa González. La protección se la daban amigos, dirigentes, familiares y los mismos miembros del gobierno. Manuel era la cabeza política de la lucha que dábamos los trabajadores.

La guerra terminó, pero no por el triunfo de las armas de los que abocaron al país a esas batallas sangrientas, sino por la intervención del imperialismo norteamericano que movilizó por el Norte a la Guardia Nacional de Nicaragua, invadiendo el territorio nacional hasta Ciudad Quesada; y por el Sur, con la amenaza de invadir también nuestro país por parte de los marines de la Zona del Canal de Panamá. El gobierno de Teodoro Picado prácticamente estaba aislado de las otras naciones y a pesar del apoyo del pueblo en armas, no podía resistir por la amenaza de invasión de tropas acantonadas en el Canal de Panamá. Pero fíjese en que, en San José no hubo combates. Figueres no entró a

San José. Llegó hasta Cartago. Aquí le hubieran dado una dura y muy dolorosa batalla. Pero cuando todo eso sucedía, el Presidente de la República, por razones que él llamó incontrastables, abandonó el país.

Cuando vino el Pacto de Ochomogo los trabajadores consideraban que las fuerzas de Figueres habían llegado ya a Cartago y que era de esperar enfrentamientos muy dolorosos si entraba a San José. Se vio bien que a través de ese pacto se evitara una matanza tremenda en la capital. Claro que el hecho de haberse celebrado el pacto no garantizaba que se respetara la legislación social; pero yo considero que ese hecho de que Figueres lo respetara, hay que reconocérselo, porque hubiera muerto mucha gente, también en la zona de Guanacaste y Ciudad Quesada por el ingreso de las tropas de Somoza. Ahí en Ciudad Quesada asesinaron al compañero zapatero Alejo Poveda.

Se instauró el Gobierno de Facto presidido por el señor José Figueres, que había tomado el poder. Fue el año de la represión más violenta y brutal que ha conocido la clase obrera costarricense. Muchos asesinados, miles encarcelados y desterrados, entre ellos Rodolfo Guzmán, José Antonio Barrera y Hernaldo Zeledón, zapateros. La Junta de Gobierno ilegalizó al Partido Vanguardia Popular, el partido de la clase obrera costarricense y desató contra sus dirigentes la más cruel persecución. Los locales de los sindicatos fueron allanados y saqueados. El cura Benjamín Núñez combatió en las tropas figueristas, ahí pasó después de estar en la Rerum Novarum, y después fue el Ministro de Trabajo, desde donde inició la disolución de algunos sindicatos y presentó un juicio amañado contra la CTCR demandando su desaparición legal. Después ocurrió el doloroso asesinato del Codo del Diablo, murieron dos dirigentes del sindicato y dos del partido. Mataron a uno más que no era del partido. Eso fue lo que permitió que ese crimen trascendiera. Se especulaba acerca de quién había dado la orden de ese crimen, pero no hay nada claro. Cuando la guerra, también murieron personas de Grecia como Teodorico Barquero, Rolando Arias, otro de apellido Fonseca y recuerdo a otro, Rodríguez.

V

*Las batallas  
con las banderas  
sindicales*



**C**uando la Zapatería Araujo cerró me fui a la Zapatería de Max Bermúdez, La Montecarlo, al sur del Cine Moderno. Trabajé con él 14 años. Después me pensioné. Max había sido un hombre simpatizante de las luchas de los obreros pero al ir formando capital se fue volviendo en contra del movimiento sindical pero de una forma muy curiosa, estaba en contra de ellos como movimiento, pero individualmente no; sólo le interesaba que los zapateros le trabajáramos bien. Vea cómo era eso, que una vez me prestó dinero para que fuera a Cuba después de la revolución.

En los primeros meses del año 1949, con un pequeño grupo de obreros formé parte de una Comisión Obrera Sindical, la COS, orientada por el Partido Vanguardia para trabajar por la reorganización de los sindicatos. En ella figuraron Gonzalo Sierra Cantillo y Bernardo García, entre otros. El objetivo era activar la organización sindical de la clase obrera. Los primeros en reunirse fueron los zapateros y nombraron un nuevo Comité Central quedando integrado por: Bernardo García, Secretario General. Víctor Mora, Finanzas. Juan Rafael Morales, Organización. Carlos Luis Arguedas, Actas. Fernando Vega, Propaganda. Emilio Moscoa y Manuel Badilla Mora, en las prosecretarías.

La situación política era compleja y delicada. Entonces, el trabajo de organización sindical había que realizarlo con mucha prudencia. Convoqué después a mi casa, a diri-

gentes zapateros leales. Luego, por acuerdo de esa reunión celebramos otra en Cristo Rey, en un potrero. Allí se me eligió por primera vez en la Junta Directiva del Sindicato de Zapateros de San José. Después fui Secretario de Finanzas de la Federación de Trabajadores de San José, acompañando a Gonzalo Sierra Cantillo, nombrado Secretario General. De manera que, nuevamente después de la Guerra Civil, el Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado da el impulso a la reconstrucción del movimiento obrero nacional.

En los años que continuaron a la Guerra Civil la Comisión Obrera Sindical logró desarrollar más el movimiento. Se siguió celebrando el Primero de Mayo, aún el mismo año de la Guerra. Los trabajadores y dirigentes prisioneros lo celebraron en la Pení. Los zapateros los visitamos ese día. Otro año, 1950, el Primero de Mayo se celebró en el Cementerio Obrero. Después se crearon otras Federaciones Sindicales. En 1953 en un Congreso Sindical celebrado los días 29 y 30 de marzo se constituyó la Confederación General de Trabajadores Costarricenses, CGTC. Fueron confeccionados los primeros estatutos y su declaración de principios. El local de la Central se encontraba en El Sueño de Colón, en el Barrio Los Angeles. Yo participé en la constitución de la nueva Comisión Obrera Sindical creada después de la Guerra, en la Federación de Trabajadores de San José y fui electo en su órgano directivo; asimismo, en la constitución de la nueva Central Sindical, Confederación General de Trabajadores Costarricenses fungiendo en ambas organizaciones como Secretario de Actas.

Eran tiempos de condiciones muy difíciles para el movimiento obrero clasista. Apenas habían transcurrido cinco años desde el inicio de la represión ministerial y policial que había culminado con la disolución judicial de la CTCR, a pedido del presbítero Benjamín Núñez; de la represión de los políticos que habían tomado el poder el 5 de abril de 1948. Estaba en su apogeo la Guerra Fría siendo atizada aquí por la Embajada Americana, por la United Fruit Company y los testaferros de los capitalistas extran-

jeros, del imperialismo, incrustados en la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT). El local de la CGTC fue varias veces allanado por la guardia policial y se nos detenía. En una ocasión dispararon a las ventanas del segundo piso y casi hieren a Guzmán. Mi casa fue objeto de varios registros policíacos. La guardia andaba buscando armas y decían que tenían informes de que yo las pasaba a un taller mecánico cercano. Una vez entraron a mi casa, metían las puntas de las bayonetas en los colchones, registraron la cocina y el patio trasero hundiendo cuchillos en el suelo. Entre ellos venía un primo de mi esposa Teresa que al reconocerse con ella, abandonó el servicio policial.

Entonces, para tranquilidad de mis hijos, de mi esposa y la mía, decidí trasladarme a vivir a Santo Domingo de Heredia. Mis dos hijos, Juan Rafael y Orlando, cursaron sus estudios de primaria en la Escuela Don Bosco; el menor inició esos estudios en la Escuela Mauro Fernández. El hecho de que mis hijos mayores estudiaran en centros religiosos se debía a una determinada tolerancia de los principios religiosos de mi señora. Juan Rafael terminaba ese año 55 los estudios, por lo que el año siguiente ingresaría en el Colegio de Heredia. Los otros irían a la Escuela de Santo Domingo.

Con las banderas de la CGTC nos tocó librar muchas luchas en defensa de los derechos democráticos y sindicales de los trabajadores, por el cumplimiento del Código de Trabajo y de los derechos de Seguro Social. Hicimos frente a la huelga bananera del Pacífico Sur de 1953 y 1954. Al año siguiente nuevamente nos correspondió participar activamente en otra huelga bananera. Había como un nuevo despertar de los trabajadores y ante eso, un recrudescencia la represión. En el año 1955 los trabajadores afiliados a la CGTC celebramos el Segundo Congreso. A partir de él, mis funciones de dirección sindical fueron de Secretario de Actas y Correspondencia, una función delicada, pero supe desempeñarla bien.

En labores de organización de la CGTC me correspondió visitar algunas regiones del país para poner en práctica y desarrollar los planes de mi secretaría y para llevar la orientación de la nueva Central Sindical a los trabajadores. Visité la Zona Sur. Ahí me reuní con las Juntas Directivas de sindicatos bananeros, les comuniqué el mensaje de la CGTC y recogí sus inquietudes. La dirección mandaba a algún dirigente que fuera desconocido por los funcionarios de la bananera. En una ocasión fui enviado en vísperas del Primero de Mayo, que caía un día sábado. Llevaba el permiso para los desfiles y el cierre de los negocios, extendido por la Gobernación de Puntarenas. Ahí me encontré con tres problemas para organizar la celebración, que me planteó Domingo Rojas Villarreal.

Primero que Isaías Marchena no estaría en la reunión porque se encontraba en las fincas del interior. Después, que había mucho trabajador tomado, pues era viernes después del trabajo. El alcoholismo siempre fue un problema, porque en las zonas bananeras era la forma de divertirse y de desahogarse, además de que la compañía permitía la existencia de ventas de alcohol clandestinas, camufladas. Por último, que el Jefe Político, que era el papá de Juan Rafael Solís Barboza, con quien todavía no habíamos entrado en entendimiento para dar las luchas conjuntas a la Compañía, tenía un ofrecimiento de la empresa para que los desfiles no se hicieran ese sábado. Era una forma de evitar las manifestaciones en un momento en que se estaba tramitando un Conflicto Colectivo entre el sindicato y la empresa y acababan de pasar las huelgas. Teníamos discrepancias también con los dirigentes de la CCTD y con la FETRABA.

Entonces, esa mañana le propuse a los trabajadores que nos trasladáramos a cada finca para motivar a los compañeros e invitarlos a reunirse en la noche para decidir la celebración del Primero de Mayo. Formé varios grupos y metí uno a uno a los trabajadores que estaban más tomados entre los otros, los que estaban buenos. Fue la manera que encontré de dispersarlos y distribuirlos entre los demás trabajadores para que no hicieran alborotos.

Después vino la reunión con la policía y con los delegados de la compañía para discutir si la celebración del Primero de Mayo se hacía o no se hacía el sábado que era como lo pretendían la policía y la compañía. La reunión se haría a las 8 de la noche y a las 11 o poco antes de media noche, tenían que estar cerrados los locales de venta de licor. Le sugerí a los trabajadores que fueran llegando poco a poco y que entraran en grupos pequeños como con poca gana, como quien no quiere la cosa. También, que participaran en la reunión, hablando aunque fuera paja, con el fin de prolongarla hasta bien entrada la noche.

Nos sentamos en la mesa a esperar que fueran llegando. Los representantes de la compañía entraban, me saludaban palmoteándome la espalda; son esos saludos que uno siente como puñaladas. Se discutía si la manifestación se haría en una forma o en otra. Los de la compañía se extendieron mucho para persuadir a los trabajadores. Eso a nosotros nos servía. Cuando llegó la hora en que tenía que estar cerrado, entonces saqué el permiso y le digo al Jefe Político: mire yo tengo que obedecer una orden de la Gobernación y supongo que usted también. El Primero de Mayo es mañana y el permiso de cierre es para hoy. Así que yo me acojo a eso. Ya son pasadas las once de la noche. Yo creo que usted tiene que dar orden de cierre, porque a esta hora todo tiene que estar cerrado. Después les dije a los de la Compañía: los trabajadores les agradecemos que para otro día presten los trenes para llevarlos a la manifestación, pero mañana ellos vienen a pie, o se movilizan a como sea, pues es el Día de ellos. De esa manera logré desarmar una maniobra para impedir la celebración del Primero de Mayo en las zonas bananeras del sur.

También estuve varios meses en la zona bananera de Río Frío y Guápiles, en el Atlántico. A mí me mandaron porque yo conocía lo que era el trabajo de la agricultura desde que había estado en las fincas azucareras, y ya en Turrialba sabía lo que eran las labores de la agricultura del banano. A Río Frío me enviaron para que ayudara en la solución de unos choques de dirigencia que más bien de-

sorganizaban a los trabajadores, choques entre el Cholo Campos y un hijo de Domingo Rojas Villarreal. Aquí hice uso de métodos distintos de dirección. Se podía llamar a uno de los dos dirigentes, o a los dos, y hablarles. Pero yo pensé diferente. A uno de los dirigentes le propuse que si no quería venirse a la capital a hacer estudios de sindicalismo por unos meses. Me dijo que sí y entonces le hicimos una despedida. Después tomamos el acuerdo de celebrar cada noche una reunión en las diferentes fincas. Pero, invitar también a los capataces. Porque un capataz podía sentirse herido por alguna grosería que le había hecho un trabajador y como es un hombre rudo, delante de un grupo de trabajadores podría decirse cualquier cosa, arreglar las molestias y entender que entre trabajadores se podían arreglar las cosas.

Era muy difícil organizar a los trabajadores porque también estaba metida la CCTD. Yo siempre les decía a los trabajadores que no debíamos ser enemigos de los dirigentes de otras organizaciones. Esa manera de ser me permitió encontrar coincidencias con otras personas, hasta con sacerdotes. Le voy a contar lo que me pasó con el padre Orlando Navarro, que era sacerdote y al mismo tiempo estaba en una organización llamada ASEPROLA. Ellos tenían una iglesita llegando a la Y Griega. Una vez estaba yo haciendo trabajo sindical con los obreros de La Catalana. Estábamos jugando fútbol porque yo me iba a patear bola con ellos. Un día llegó un trabajador y me dijo que el cura como que quería hablarnos a los obreros, y que está pensando en que tal vez a Ud. no le gusta. No, no, dígale que venga, le respondí. El cura llegó a hablarnos, como con cuidado. Después me dijo que quería conversar conmigo. ¿Ud. entra a la iglesia?, me preguntó. Y ahí fue donde nos conocimos.

En otra ocasión en Río Frío yo quería ayudarle a una joven trabajadora que vivía en Finca 7 y laboraba en Finca 3. Le hablé a una de las autoridades de la empresa para que la trasladara, me dijo que sí, pero no lo hacía. Una noche yo estaba con unos trabajadores en un restaurante y él con otros, en otra mesa, tomando licor. Al rato se vino con una

cerveza abierta adonde yo estaba, la puso golpeándola sobre la mesa y me dijo: tómese esta cerveza, tómese esta cerveza. Muchas gracias, le digo, yo no tomo. Entonces la volteó y me la regó toda sobre el cuerpo, desde la cabeza. Conmigo, en la mesa, estaba un trabajador negro que se levantó, se le enfrentó y se la quitó. Yo noté que ya iba siendo aceptado por los trabajadores. El gerente pudo haberme golpeado, que ahí yo no le hubiera echo frente; en otra parte tal vez sí. Al día siguiente yo tenía que ir a las oficinas de la gerencia. Llegué y cuando iba entrando, aquella autoridad de la compañía se me acercó, adelantándose, y me dice: Morales, discúlpeme. Le digo: yo lo disculpé desde anoche, pero eso a Ud como gerente no le conviene. Ahí estaban los trabajadores que lo ven como conviene. Y así conseguí que trasladaran a aquella trabajadora. Yo estuve ese tiempo ayudando en la organización para celebrar una convención colectiva, y la logramos. Para la Asamblea, algunos decían que no llenaríamos el salón del lugar y cuando la celebramos, los trabajadores no cabían, participaban desde afuera y estaba lleno hasta el centro de calle.

Hay que tener mucho tacto para orientar a los trabajadores hacia la línea política desde la línea sindical. En una asamblea por ejemplo de 100 obreros, uno encuentra algunos simpatizantes del partido de uno, otros que son del partido contrario, otros que quieren ser del partido, otros que le tienen miga. Una vez me pasó que un trabajador no apoyaba ir a una huelga porque el patrón le prestaba cien colones todas las semanas. Si ese trabajador no acuerpaba la huelga, pues no se podía ir a la huelga. Entonces a mi tocó hablar con él, y me contó lo del préstamo. Yo le dije que revisáramos cuánto le estaba pagando el patrón y vimos que no recibía ni el salario mínimo. Si le pagara lo que exige la ley, le dije, usted no tendría que pedirle prestado y más bien ganaríamos un aumento de salario. Y así fue, apoyó la huelga. Entonces yo me decía: tengo que darme a conocer más profundamente entre los trabajadores como dirigente sindical, pero guardando la línea política del partido. En esa forma,

durante el período en que fui dirigente propiamente del Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado logramos varios arreglos de conflictos colectivos con los patronos.

Pasaron los años, en 1962 me facilitaron que participara en la celebración del Primero de Mayo en Cuba recién ocurrida la invasión de las tropas organizadas en otros países por los Estados Unidos. Iba como delegado de la clase obrera costarricense. Por cierto que ese Primero de Mayo lo celebraban los trabajadores aquí también y hubo una represión tremenda. Fui con Beto Vargas Carbonell. Yo nunca había visto un movimiento tan gigantesco en un Primero de Mayo. Por una radioemisora me pidieron la impresión. Yo la comparé con lo que ocurría en Centroamérica, donde los trabajadores no podían desfilar y si desfilaban eran reprimidos hasta con tiros. En cambio los trabajadores cubanos hacían uso de su verdadero derecho de mostrar sus sentimientos en una gran manifestación. Eso que dije se publicó aquí en Costa Rica. A mi regreso rendí un informe de mis impresiones sobre el desarrollo de los objetivos de la Revolución, siendo acogido con entusiasmo.

En setiembre de ese mismo año, se me delegó como representante del sindicalismo de la CGTC en la Conferencia de Unidad Sindical Continental que se celebró en Santiago de Chile del 4 al 9 del mes de Mayo. Se trataba de disolver la Confederación de Trabajadores de América Latina, la CTAL para crear un organismo más amplio, la CPUSTAL. Ahí habían también organizaciones argentinas y estaban presentes unas centrales sindicales no unitarias. A mí me tocó presidir una sesión donde estaban las dos fuerzas de los trabajadores de Argentina: una que era simpatizante de la lucha del Che Guevara y otra central que querían controlar los grandes capitales y sus partidos. Yo conversaba con el argentino que no era de la organización de izquierda pero que estaba de acuerdo con el movimiento de unidad continental de la CPUSTAL. De nuevo, cuando regresé, di un informe a la Junta Directiva explicando cómo fue la composición de la Conferencia y su orientación sindical. A mí me acompañó otro compañero de la zona

bananera, un señor que por cierto hace poco me lo encontré vendiendo helados en una carretilla ahí por el Parque Nacional.

La CGTC, a medida que pasaban los años, trazaba métodos y tácticas para desarrollar la lucha obrera en el país y así buscar la unidad de las organizaciones y aumentar el número de sindicatos. Yo necesitaba estar ligado a toda la política para actuar con acierto. Mi labor no sólo se concretaba al cargo en la Secretaría de Actas, sino que cumplía otros, en la Federación y Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado, Cueros y Similares. Visitaba algunas regiones del país. La CGTC me designó durante tres meses en la zona atlántica bananera, en Río Frío. En otra ocasión atendí una Asamblea de Trabajadores Agrícolas, en Grecia. Recuerdo que en una reunión de Junta Directiva de la CGTC, un fuerte dolor en el pecho sorprendió al compañero Gonzalo Sierra Cantillo. Le causó la muerte.

En 1970 se celebró en Budapest, Hungría, un Congreso Sindical Mundial. La CGTC nombró la delegación nacional y en ella íbamos Alvaro Montero Vega, y yo. Ya en el Congreso, soy invitado por la delegación de Yugoslavia a visitar su país, en donde mi hijo Orlando se encontraba estudiando medicina. Al día siguiente, junto con mi hijo y un intérprete conocí ciudades maravillosas, fábricas y centros agrícolas. Ese mismo año, la Junta Directiva del Sindicato del Calzado me hizo un reconocimiento por mi participación constante en el Movimiento Obrero. El Secretario General Víctor Mora Mora, firmó la nota de estímulo.

A comenzar esa década, en la CGTC estudiábamos la crisis de la industria del calzado y las nuevas orientaciones para el movimiento sindical de la industria. Cuando el Mercado Común Centroamericano se afectaba a los zapateros en que ya se abría el campo a la entrada de zapatos, porque antes los zapateros habíamos logrado que no entraran, sino era pagando un alto impuesto. Favorecíamos con eso la industria nacional y nos

favorecíamos nosotros. Pero al establecerse el Mercado Común Centroamericano aparecen dos fábricas: la ADOC y AVANTI, ésta última que era de uno de los Figueres. Cuando nosotros estuvimos en contra del establecimiento de las fábricas no es que consideráramos que no se llegarían a establecer, sino que nos oponíamos desde el punto de vista de que se establecieran en ese tiempo y de que los gobernantes consideraran el desarrollo de la industria nacional. Logramos eso.

A Figueres le planteamos, en el segundo gobierno, que nos protegiera. No hicimos oposición. Planteábamos que a la par de las fábricas se protegiera a la industria nacional. Yo ya era entonces un dirigente con mayor capacidad. Hubo discusiones muy interesantes sobre las posibilidades de un balance entre las fábricas y la manufactura. Eramos partidarios de los aforos altos para la importación. En una conversación con Figueres nos dijo que no nos extrañáramos los zapateros por el desarrollo de las fábricas ni por la entrada del calzado extranjero; que nos quedaba el camino de la remendona. Nos enfrentamos a esa actitud durante dos Primeros de Mayo. Mi hijo dibujó un zapatero remendón y en lugar de ponerle el tirapié –que es una tira de cuero para sostener el zapato en su confección– en el pie izquierdo, se lo puso en el derecho. El cartelón atraía a gran cantidad de zapateros, tal vez no por el dibujo, sino por la posición del tirapié.

La decadencia de la manufactura del calzado, entonces, se debió a la penetración de las transnacionales como la empresa checoslovaca BATA que fabricaba maquinaria, hacia todo el proceso de cueros y elaboraba el calzado; vino también la ADOC. Estas empresas grandes podían sacrificar una cantidad enorme de millones para conquistar a un país pequeño y destruir la producción local con los productos de ellos, hasta conquistar el mercado. Así actuaron BATA y ADOC, a pesar de que entre ambas había una lucha por el mercado. Se trataba de un tiempo nuevo de transformación.

¿Qué hicieron los antiguos artesanos zapateros? Figueres se quedó corto. No nos quedó ni la remendona, porque el zapato que entraba con el Mercado Común Centroamericano era un zapato desechable. Más de un zapatero, de los mayores, sin trabajar abandonaron el oficio. Sus hijos no fueron zapateros. Ya casi no hay zapateros, zapateros, de aquellos que elaboraban el calzado y presentaban una obra de arte. Los mismos dueños de manufactura se hicieron comerciantes. Entonces, el calzado se abandonó porque los zapateros cambiaron de oficio, se educaron o se hicieron profesionales en otros campos. En los años del 40 cuando los Araujo cerraron, usaron el sistema de darle el trabajo de la elaboración del calzado a operarios finos, pero a la empresa tampoco le servía porque no se le presentaba el trabajo como ella lo producía tradicionalmente, era de otro tipo y la producción más lenta. La empresa ya no podía sostener la clientela. Ellos cerraron y se dedicaron a comprarle zapatos, al comercio del calzado. Se mantuvieron El Récord y La Renaciente que todavía están en el mercado.

En el año 1971 en la CGTC dimos otra lucha en defensa de la industria nacional del calzado. Eso fue así. Varios fabricantes de tenerías, entre ellos unos italianos, consideraron que tenían que contar con el Sindicato de Trabajadores del Calzado para llevar adelante una lucha en defensa de la industria del calzado. Entonces mandaron una nota al Comité Central del Sindicato invitándonos a una reunión y estuvimos de acuerdo. No nos íbamos a comprometer con los industriales. Había que celebrar una reunión con ellos, en la Casa Italia.

El Comité le encargó a Víctor Mora que desarrollara la posición de los trabajadores, sin comprometerlos. Era una cantidad grande de zapateros y muchas personas de la industria. Querían formar un Comité de Defensa de la Industria. Yo estaba sentado a la par de Víctor, cuando me llamaron a mí y me dijeron que Víctor está descompuesto. Me dijo Víctor: Morales le toca a usted hacer la exposición. En aquel salón lleno de personalidades, yo le dije que no aceptaba, pero me dio ánimo y entonces dije lo que pen-

sábamos. Ahí fue donde formamos una unidad entre los productores de calzado y el sindicato de zapateros. Una unidad muy interesante porque logramos establecer lo que podíamos resistir con la entrada del calzado importado y presionamos juntos para que se pusiera un impuesto. El Comité de unidad entre empresarios y trabajadores del calzado quedó integrado por los propietarios de industria, Miguel Peralta Cordero, de Cartago, como Presidente. Ricardo Badilla Mora, también empresario, en Finanzas. Y por el Sindicato, Próspero Meoño, Méndez Maté, Víctor Mora Mora y Juan Rafael Morales.

Después en tiempos de Oduber se crearon dos Cooperativas de Zapateros, grandes. Una se llamaba El Zapato, que era dirigida por un camarada. Planteamos que podíamos abastecer las necesidades de calzado del Ministerio de Seguridad. Despues tuvimos otras conversaciones con Oscar Arias. Planteó que los zapateros nos organizáramos en una sociedad fabril como cooperativa y que el Estado nos metería el hombro. Nos reunimos varias veces dirigentes sindicales y autoridades del Ministerio de Trabajo, pero cuando luego fue Presidente dijo que no quería nada con los zapateros. En otro gobierno queríamos una partida específica para esas cooperativas, pero el Presidente Carazo nos dijo que no se podía porque ya estaba asignada.

En setiembre de 1973, los días 14, 15 y 16 la CGTC celebró su Décimo Congreso, el cual llevó el nombre de Gonzalo Sierra Cantillo, como homenaje a su memoria. En este acto, la CGTC pasó a ser una central más amplia. Para recoger ese espíritu cambió su denominación, pasando a llamarse Confederación General de Trabajadores, CGT. Yo fui electo como Secretario de Actas. En julio de 1976 la CGT integró una delegación que visitó la Unión Soviética y Hungría. Nos correspondió asistir; Víctor Mora a Hungría, yo, a la Unión Soviética. Nos pusimos de acuerdo para encontrarnos en Moscú y luego regresar juntos. Víctor no llegó a Moscú pues se encontraba enfermo, en Budapest. Regresé sólo; Víctor regresó después, pero llegando a Cuba, murió. Era el día 26 de agosto. La Junta

Directiva del Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado me encargó de elaborar su biografía, en vista de que Victor y yo habíamos sido compañeros en todas las luchas de la clase obrera, e íntimos amigos. Elaboré su biografía, dándola a conocer en un acto especial en homenaje a Victor. Al año siguiente, en enero se me eligió como Secretario General de ese Sindicato. Me correspondió entonces desde ese alto cargo, ayudar a desarrollar la lucha de estos obreros. Para ello propuse realizar un plan de penetración en las fábricas, plan que fue aprobado por la Junta Directiva. Se nombraron las Comisiones y se puso en ejecución.

La ejecución del Plan se realizó entre los trabajadores de las tenerías y otras fábricas de calzado. En junio de 1978 fue negociado el Conflicto de Carácter Económico Social que presentaron los trabajadores al patrono de la tenería Primanca. Me tocó asesorar toda la negociación, alcanzando un buen convenio. También me tocó negociar otros conflictos en la Catalana y en la Kam Lun. En la fábrica de calzado OLYMPIC, el patrono, al enterarse de la organización sindical entre los trabajadores de su empresa, desató la persecución y despidió violentamente a 15 de ellos. Comunicó además que despediría a 40 más. Como Secretario General, me vi precisado a llamar a tomar medidas para impedir otros despidos. Al día siguiente 15 de junio, junto con los despedidos, tomamos por asalto las oficinas del Ministerio de Trabajo. Era una medida de presión para que el Ministerio tomara cartas sobre la persecución sindical y el pago de las prestaciones de los despedidos. Esta medida fue efectiva y sirvió para trazar una nueva táctica de lucha. Al año siguiente, en julio, el Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado llevó a los trabajadores de la fábrica de Calzado, Canada Mickey a presentar un conflicto económico social a su patrono. Me correspondió de nuevo asesorar y negociar dicho conflicto hasta alcanzar la primera firma de un convenio obrero patronal ya propiamente en la nueva industria del calzado. Eso fue en 1979.

Cuando este plan se desarrollaba, en mi hogar sufríamos el delicado estado de mi señora esposa. Un largo tratamiento se le venía aplicando por la enfermedad de la diabetes y le había sido amputado un dedo del pie derecho. Esta operación no sólo le impedía andar con seguridad, sino que la desmoralizaba y se sentía sin habilidad. Creía que si moría, su hijo Orlando que estaba estudiando en Yugoslavia, no la vería y ella deseaba oírlo y verlo. Diciembre y enero los pasó en el Hospital México, luego en abril fue internada nuevamente. Murió el 22 de abril de 1978. La agudización de la enfermedad de Teresa me obligó a pedirle a Orlando que regresara. Cuando murió todos sus hijos estaban a su lado. Así, murió primera ella, una idea que mantuvo desde el día en que nos casamos. Fue una mujer fiel, leal y cariñosa; humilde y sencilla; madre abnegada, con una gran visión. Supo orientar a sus hijos con amor para que fueran hombres de trabajo, honestos y ejemplares. Teresa vive por sus virtudes, en mis recuerdos.

Cada día que pasaba, las responsabilidades eran mayores: funciones en la Secretaría de Actas de la CGT, en la Federación Nacional de Trabajadores Industriales, FENATI, y en la Secretaría General del Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado, Cuero y Similares. En agosto del 79 fui delegado en Budapest, en la Conferencia de la Unión Internacional de Sindicatos del Vestido, Textil, Cuero y Calzado. Ese mismo año, en diciembre, la CGT me nombró su representante para participar en la Conferencia por la Paz que se celebró en Panamá.

Sin embargo, mi hogar permanecía en silencio. A mi hijo Orlando le hacía falta la madre, a mí la mujer y la esposa. El se iba para donde su hermano Olman, ya fuera por las noches o los domingos. Ahí encontró a una cuñada que sentía admiración por él y poco después contrajeron matrimonio.

Yo pensaba en aquella mujer que había conocido en mi juventud, después de mi regreso de las haciendas azucarreras de Turrialba, hacia 1933. La recordaba conociendo

los portales del Niño, andando con los cadetes de Grecia, visitándola en Puente de Piedra, recluida por disposición de su padre en un convento y yo me sentía comprometido moralmente con ella porque la habían echado de la casa. Yo la recogí y luego me la quitaron cuando la tuvieron en un convento. Yo tomé en cuenta la protección que había recibido al casarse y sentía como una alegría de eso. Todo eso fue antes de 1937, antes de casarme. Ahora sabía que su compañero había muerto. Le había enviado varios saludos desde los distintos países y lugares que visité.

En una ocasión en que fui a la región Norte para reunirme con campesinos precaristas de La Palmera, tuve la grata sorpresa de enterarme de que mi recordada Lili vivía en ese lugar, unida a un señor muy conocido en la región, Alberto Lizano, propietario de una farmacia. Traté de verla. Como no me fue posible, resolví saludarla a través de una tarjeta que le envié a su domicilio, por correo. En otra oportunidad, estando en Grecia para atender una asamblea de trabajadores agrícolas, me enteré de que Lili, la morena de mis primeras ilusiones, vivía en esta ciudad con su compañero, hombre que por su profesión y personalidad, jugaba un papel importante en el partido político calderonista y que ya ejercía el cargo de diputado. Ella viajaba con él a las sesiones del Congreso Constitucional: lo esperaba en el carro durante el tiempo que duraba la sesión. En una de esas veces la vi dentro del carro y conversé con ella. Estaba seguro que me aceptaría una invitación. Pensé y así se lo dije: sé que podemos revivir nuestro pasado, pero mejor será que seas fiel a tu compañero, que el destino será otra cosa.

Al relatar cómo fueron mis sentimientos y mi relación amorosa con la que hoy es mi segunda esposa, encontramos una serie de errores que se cometían en aquella época con los jóvenes, especialmente en cuanto al padre y el hijo, sobre todo con la mujer. Tuvimos la oposición del papá de ella y de un hermano, quienes actuaron en forma negativa contra mí. Pero en el año 81 decidí buscar a Lili. En julio visité su casa. Me recibió en forma fría. Vivía con una joven casada que crió y ve como hija. Me preguntó:

Juan ¿qué vienes a hacer? Le contesté, a verte y a saber si puedo ser tu amigo o compañero por toda nuestra vida. Lili me dio el número de teléfono y el día y la hora en que podía llamarla. Efectivamente la llamé y el día 2 de agosto nos vimos en San José.

Por mi parte, busqué los medios de enterar a mis hijos de mi deseo y de conocer sus reacciones. Hice uso de mis amigos, que a la vez eran amigos de mis hijos, y de confianza. Conocidas las reacciones de mis hijos y de mis nueras, que todas eran favorables a que me hiciera de compañera, traté lo mismo con mis hermanos y como conocían desde niña a Lili, la reacción fue idéntica. Un domingo le manifesté que no la quería como amante, que quería que fuera mi esposa. Aceptó y fijamos fecha para casarnos en enero de 1982.

En el mes de febrero de 1980, el Sindicato Nacional de Trabajadores del Calzado, Cueros y Similares en el local de la CGT, rendí el informe de labores del año 1979. En esa asamblea se expusieron los lineamientos del sindicato para el año. Se eligió la nueva junta directiva con base en las listas propuestas por los Comités. Se analizó el alto costo de la vida y el desarrollo de las luchas del movimiento sindical, en especial el proyecto de constitución de la CUT. Entonces, el Sindicato agrupaba a más de 1000 afiliados y libraba luchas por garantías sociales en más de 15 fábricas que agrupaban a alrededor de 3000 obreros, de ellos, sólo 2000 ubicados en San José.

En julio de 1980 fui designado como delegado del Sindicato del Calzado al Primer Congreso de la Confederación Unitaria de Trabajadores, la CUT. Al año siguiente, el 28 de marzo, la FENATI celebró una magna asamblea en el auditorio de la Clínica Moreno Cañas. En ese grandioso acto me fue entregado un pergaminio como Honor al Mérito por mi participación continua en las luchas de la clase obrera desde 1934 a 1981. El pergaminio fue firmado por Marielos Giralt y Eliécer Sánchez. En ese acto manifesté lleno de una gran emoción: en la vida de un hombre, 47 años de lucha continua

es mucho, pero en la vida de un pueblo es un instante. Asistieron 84 delegados en representación de 23 fábricas del Valle Central. La FENATI tenía convenciones en más de 15 empresas, una organización consolidada en más de 20 empresas y en proceso, en unas 40. En el país había más de 130 000 trabajadores industriales.

Los dirigentes sindicales estaban enterados de mis propósitos de matrimonio. Admirados por estos hechos querían que la boda fuera un acontecimiento sindical más de la clase obrera y que se celebrara en los salones de la CUT. No acepté por no conocer los sentimientos de Lilí en ese campo. Después, ella apoyó con todas sus fuerzas la relación mía con los sindicatos. Además si sabía de algún trabajador con un problema, le decía: vaya, vaya hable con Juan. Ella apoya esas luchas. Me decía: yo veo que a usted hasta los maestros le hacen preguntas sobre los hechos de la historia de los trabajadores y usted les contesta muy bien, y como que les insinúa el hecho de la agrupación fuerte. Entonces yo observaba que ella entendía, aunque solo estuvo en primer grado de la escuela.

Circunstancias imprevistas nos llevaron a celebrar el segundo matrimonio de ambos el día 18 de octubre de 1981. El matrimonio fue civil. Lilí y yo vivimos en el mismo sitio que nos conocimos cuando jóvenes, donde estuvo la casona de adobes. Sentimos que nos queremos y hemos adquirido una valiosa experiencia. Al año siguiente llegó a la CUT una invitación del exterior para que un representante de la CUT viajara a Checoslovaquia. En la reunión, Mario Devandas propuso que yo fuera porque la CUT me había ofrecido una fiestita para el matrimonio y no se había hecho. Yo acepté, pero les dije que con una condición. ¿Cuál? Me pidieron aclarar. La de llevar a mi señora Lilí. Bueno, vamos a decidirlo en la próxima reunión. Pero un compañero dijo: ¿para qué vamos a esperar si ya sabemos que vamos a votar a favor la próxima vez? En Checoslovaquia, en el hotel que estábamos nos pusieron en una mesa con la bandera de Costa Rica. Lilí vio que al otro lado, estaba también otra bandera de Costa Rica. Y ella me preguntó: ¿por qué allá hay otra bandera de Costa Rica?

Porque es la del Cónsul o Representante del Gobierno de Costa Rica, le contesté. ¿Y a usted por qué le pusieron bandera? me dijo. Diay, porque yo soy Representante de los Trabajadores de Costa Rica.

VI

*He escrito esto  
para recordarlo*



**L**a clase obrera de Costa Rica ha dado muchas, pero muchísimas luchas y nos estamos dando cuenta ya, a través de la televisión, que esto sucede en todos los países del mundo. Nos damos cuenta de que es un proceso que llevará a la clase trabajadora a transformar las relaciones en el mundo entero. Vea lo que está ocurriendo hoy. El gran despido de trabajadores del sector público, la ruina que están sufriendo las instituciones del pueblo como es el Seguro Social, bueno el deterioro de todas esas instituciones. ¿Qué va a hacer el pueblo? ¿Será capaz de defenderlo? ¿O será capaz de no defenderlo? Yo considero que nuestro pueblo las defenderá. ¿Qué hizo Figueres y qué está haciendo Rodríguez? Quieren que nuestra fuerza eléctrica pase a manos del capital extranjero.

Y es muy sencillo decirle al trabajador: figúrese que eso es tan nuestro que en aquella época conquistamos el que la luz eléctrica pasara a ser municipal. Después se logró la expropiación de la Bond and Share; después sucedió con la junta de electricidad de Heredia, cuando Ferreto era munícipe y que se creó una Junta local que administrara la electricidad. Pero lo más curioso es que la fuerza eléctrica está en nuestros ríos, en nuestras aguas. El gobierno venía echando trabajadores a la calle. Si nos descuidábamos volvíamos muchos años atrás en cuanto a derechos. Desarrollo puede haber. Puede ser que la fuerza eléctrica mejorara mucho, pero la explotación de ella ya no iba a ser para que hubiera otros medios de desarrollo nacional. El trabajador comprende todo eso bien, bien,

bien... Si somos la mayoría; en cualquier parte del mundo somos la mayoría ¿por qué no vamos organizarnos para resolver las necesidades que tenemos? Los trabajadores piensan que habrá que cambiar el gobierno. Mire como va cayendo la popularidad de los ex-presidentes Calderón, Figueroa y de los candidatos a Presidente. Prácticamente no hay un hombre líder en la política.

La falta de popularidad y la carencia de líderes está presente también en los políticos nacionalistas y en aquellos que tienen un sentido de justicia social con el pueblo. Pero así ha sido otras veces en la historia. El desarrollo político de Manuel Mora fue como una consecuencia del inicio del liderazgo de Jorge Volio. Volio fue echado del clero porque estaba prácticamente contra el capital y el clero, pero después se fue y vinieron otros, como el Dr. Moreno Cañas, Joaquín García Monge, Monseñor Sanabria y el mismo Manuel Mora y Arnoldo Ferreto. Los líderes aparecen y desaparecen. Y los cambios se producen también en los partidos populares.

A mí me sorprendió mucho, y yo lo tengo apuntado, un hecho. En Santo Domingo, yo iba a la Célula de Santa Rosa y como era zapatero de San José, me ponía el saco y la corbata y me iba para la reunión. Un domingo yo llegué, y el compañero Villalobos que era el Secretario, me paró y me dice: Morales, lo siento mucho pero hay un acuerdo, una moción presentada por Francisco Gamboa. Planteó que, ¿por qué los zapateros y algunos otros obreros llegaban con traje y corbata, si éramos obreros? Y entonces se tomó la disposición de que no había que andar con corbata, y desde esa vez ando yo sin corbata y sin saco. ¿Qué importancia tenía eso? Y de Francisco Gamboa yo tengo lo que él dijo en el periódico La Nación cuando se retiró del Partido. Que estaba convencido de que él no engañaría más a nadie, y se fue del Partido. Y vea que era el periodista y representante del Partido en Checoslovaquia. Entonces yo me puse a pensar, ¿por qué se dan estos casos?

Yo me opuse a la resolución que quería quitar a Manuel Mora de la dirección del Partido Comunista. Si hay un joven con la capacidad de Manuel, estoy de acuerdo con el cambio en el estatuto que se propuso. Pero debemos tomar en cuenta la edad. Yo se lo dije a Lenin Chacón. Yo estaba en el Partido, en Grecia. Ahí llega la noticia del cambio de Manuel, de la Secretaría General, a Presidente. Al quitar a Manuel, no propiamente del Partido sino de la dirección del Partido, mucho trabajador desconfió. ¿Qué pasa? ¿Por qué? ¿Qué hizo Manuel? Y para la clase capitalista era una avanzada. Está bueno que le dieran el benemeritazgo. Y no es por una cuestión de orgullo de partido, es porque lo merece, realmente lo merece.

A mí me parece que pueden surgir nuevos líderes. Claro que el sector que en aquella época luchó por la conquista de la seguridad social, eso ya está terminado. Tienen que surgir nuevos hombres y esos nuevos dirigentes tienen que tener un enfoque ya no nacional, sino internacional. Porque tienen que ver con que en todas las partes del mundo hay grandes protestas por los sistemas políticos que se aplican. Debe haber un cambio, un cambio muy profundo que tal vez será muy doloroso, tal vez no. Pero tiene que haberlo, porque desde que yo conozco los aspectos de la lucha religiosa, han venido cambios; y no solamente cambios de carácter general, sino inclusive en los indicios. Cuando yo me criaba, entrar en la iglesia era una cosa muy seria: la mujer toda abrigadita, los hombres como con temor y era una cosa en silencio. Ahora no vemos ni a los curas con sotana. Todos esos cambios los va exigiendo la misma sociedad. Entonces surgirán dirigentes con una capacidad de conocimiento, y con seguridad de lo que va a haber más adelante, desde el punto de vista de personas, de las necesidades que tienen, no desde el punto de vista de creencias, sino del porqué han sucedido los grandes cambios.

Una vez estaba yo viendo una película con una nuera. En la peliculilla daban a conocer los atropellos que hacían para coger a los negros y traerlos como esclavos y quedaban las madres llorando por sus hijos. Y la muchacha se

estremecía toda y últimamente me dice: no, yo ya no veo más eso. Ella estaba embarazada. Bueno eso fue el desarrollo capitalista y eso tiene que cambiar. Ese cambio tiene que tener su tiempo, no se puede acelerar. Claro que nosotros tenemos una obligación, que es la de orientar.

Después vino el cambio en los países socialistas de Europa. Cuando yo estuve en varios de esos países yo veía varias cosas. Por ejemplo en la Yugoeslavia de Tito había una atmósfera de disciplina militar, en los fuertes y en la producción de aviones. También oí acusaciones en un congreso de trabajadores y por la radio, porque se tenían fábricas en otros países. En Yugoslavia existía un gran poder económico privado. No toda la industria estaba socializada. Más que todo había un gran cariño y aprecio a Tito y se aceptaba su política, pero su socialismo tenía problemas. En otros países, en las mismas direcciones de las instituciones había personas con errores de conducción.

Ahora, la caída del socialismo no me decepciona. ¡Ah no! La mayoría, en el mundo, es de trabajadores. Los hombres somos pasajeros. Surgen nuevas generaciones que no quieren aguantar las condiciones que van sufriendo. Lo que hay que cambiar es el sistema imperialista. A mí me duele mucho ver cómo se están repartiendo ahora la misma Yugoslavia tan bien organizada, la que le dio estudio a mi hijo y que yo conocí un poquito. Yo no perdí el tiempo luchando por la causa de los trabajadores porque yo mismo he sido favorecido como trabajador. Antes no habían derechos laborales. Antes no había pensiones, ahora yo tengo pensión. Ahora no pueden despedir al obrero sin razón o sin pagarle. Todo eso da seguridad para poder vivir. Yo no creo que una fuerza fuera de la tierra, de la historia, pueda transformar la vida de la gente, de la sociedad. Yo me siento satisfecho porque miro las diferentes represiones que han tenido que sufrir los trabajadores para lograr sus condiciones de trabajo y de vida de hoy, y veo que es similar a como uno ha luchado porque los hijos tengan su propia seguridad, su propia libertad, que tengan la oportunidad de hacerse ellos mismos, como personas que son.

Yo comencé a escribir estos relatos cuando una vez llegó a las oficinas de la CGT una profesora de la Universidad Nacional. Oí que hablaba de que los artesanos y obreros escribieran su vida y la mandaran a la Universidad. Vi como que nadie se interesaba. Entonces yo le dije que me diera un poco de tiempo y que yo iba a escribir, que necesitaba como un mes. Y la escribí. Después me ayudó mucho una profesora que se llama Mayela Sánchez que vive en La Trinidad, en Barrio San Josecito de Alajuela. Estoy muy agradecido con ella que me ayudó a pasar en limpio unas hojas donde yo había escrito. También vinieron a entrevistarme la señora Elisa Donato y Víctor Hugo Acuña. Don Víctor Hugo presenta la biografía que aparece en esa Revista. También vino un estudiante de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional que me obsequió lo que él escribió sobre el movimiento obrero, se llama Marvin Sánchez. Así seguí recogiendo apuntes que he usado en conferencias como la biografía de Víctor Mora Mora y un resumen del pasado de cincuenta años de lucha de los trabajadores del calzado. De ahí salió un documento que se leyó en una Asamblea y quedó en el Libro de Actas. Quiero aclarar que el libro de Actas del Sindicato Nacional del Calzado lo entregué a Archivos Nacionales, por acuerdo de la Junta Directiva. Ahí están esas actas y fueron consideradas de valor científico cultural, según la carta que me mandaron.

Todos me han ayudado mucho en este empeño por escribir para los trabajadores, porque para serle sincero yo quería darme a conocer para los trabajadores, algo que a mí me motivó hacerlo desde que recordaba cuando oía a Jorge Volio en aquellos discursos en que hablaba de la historia de los trabajadores, en tiempos en que nadie hablaba en público de nosotros los trabajadores. Y conseguirlo, es algo que agradezco mucho a usted, don Carlos, a ASEPROLA y a ese señor don Joaquín Bernardo Calvo de la UNED. Para ser sincero he hecho eso para recordarlo porque yo no tenía, no tengo, medios como para que otros obreros puedan leer esto. A pesar de eso, la autobiografía que escribí en el concurso de la Universidad Nacional la han leído muchas personas, con todas las faltas de

ortografía, la han leído. También, era que a mi padre le gustaba eso, escribir. Yo creo que estas narraciones también dejan enseñanzas, siempre que sea verdad.

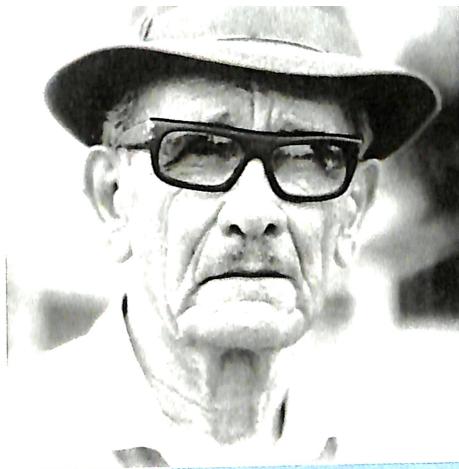
Hay una cuestión interesante. Esta revista (de Historia) la solicitan en el Centro de Cultura de Grecia sólo mujeres. El dato que tengo yo, es que sólo mujeres la han llegado a pedir y se las facilitan. Tal vez algo que impresiona a la mujer es el hecho de las relaciones mías con Lilí, pero no dejan de leer la lucha del movimiento obrero. Es muy interesante la historia de la clase trabajadora porque la historia de Costa Rica yo creo que no enseña mucho propiamente de ese pasado. Los que leyeron mi biografía en esa Revista dicen que ellos quisieran tenerla. Que ahí hay otros escritos sobre aspectos de la clase obrera costarricense, pero que no son muy revolucionarios, digamos; los que escriben ahí lo hacen como para otra gente, no para el obrero. Al obrero le gusta la cosa clara y simple.

## *CONTENIDO*

IX	<i>PRESENTACIÓN</i> JOAQUÍN BERNARDO CALVO
XI	<i>PRÓLOGO</i> CARLOS A. ABARCA V.
1	I. Mis padres, la escuela y los primeros trabajos
25	II. Año de luchas contra la injusticia y la represión fue 1934
63	III. Mi conciencia ideológica y clasista se fue desarrollando
87	IV. El Código de Trabajo rompió todas las tradiciones
109	V. Las batallas con las banderas sindicales
129	VI. He escrito esto para recordarlo

*Escribo para recordar*  
se terminó de imprimir digitalmente  
en el mes de marzo del año 2000  
en los Talleres Gráficos de Imprenta García Hermanos.  
Su edición consta de 1000 ejemplares  
impresos en papel bond 75 gramos,  
con forro de cartulina barnizable.

Estuvo al cuidado  
de la Dirección Editorial de la UNED.



### JUAN RAFAEL MORALES ALFARO

Destacar la figura de un luchador social costarricense como lo es Juan Rafael Morales Alfaro, abre la posibilidad de determinar su aporte y de retrotraer las vivencias de un protagonista de los anhelos de nuestro pueblo por alcanzar una vida más digna, y cuyos aspectos esenciales quedan reflejados en aquella historia que transcurre entre los años 1930 y 1995. Referirse a Juan Rafael Morales Alfaro es resaltar la figura de aquel dirigente obrero, que siempre dijo ¡presente! durante más de 60 años, en la historia de lucha de nuestra nación, asumiendo un compromiso de verdadero dirigente de artesanos desde aquellas trincheras que fueron los talleres de zapatería tanto en la ciudad de Grecia como en San José.

Joaquín Bernardo Calvo



**ASEPROLA**

ASOCIACIÓN SERVICIOS  
DE PROMOCIÓN LABORAL



**UNED**

UNIVERSIDAD  
ESTATAL A DISTANCIA



**EUNED**

EDITORIAL UNIVERSIDAD ESTATAL A DISTANCIA